

*Y acompasar nuestros
pasos por la acera...*



R. FREIRE

**Y acompasar nuestros
pasos por la acera**

R. FREIRE

*“La cobardía es asunto
de los hombres, no de los amantes,
los amores cobardes no llegan a amores
ni a historias, se quedan ahí...
y ni el tiempo los puede salvar,
ni el mejor orador conjugar...”*

Silvio Rodríguez

Contenido

[La cita a ciegas](#)

[El nuevo vecino](#)

[El ballet](#)

[París](#)

[Un partido de tenis](#)

[Y la vida sigue](#)

[La isla habitada](#)

[El desastre](#)

[Cuatro años después](#)

La cita a ciegas

¿No habéis tenido nunca la sensación de que vuestra vida parece estar instalada en la rutina durante un tiempo indefinido hasta que, de repente, algo gira en la rueda del destino y entonces todo tu mundo cambia en unos días lo que no había cambiado en años? Seguro que sí.

Mi historia comienza en uno de esos momentos bisagra que ponen tu existencia patas arriba y que, años después, eres capaz de identificar sin ningún género de dudas como un instante clave de tu biografía. De todos modos, y si debo ser sincera, aquel viernes yo no era consciente todavía de lo que se avecinaba, y cuando Belén me telefoneó a media mañana no tenía el menor motivo para suponer que algo inusual estuviera a punto pasar. De hecho, y desde mi dolorosa ruptura con Luis, mi fiel amiga se encargaba de mi vida social con tal solicitud que lo extraño habría sido más bien no recibir su llamada.

—¿Nuria? —oí su voz al otro lado de la línea—. ¿Estás liada?

—Tranquila, podemos hablar.

Afortunadamente, mi explotador jefe había salido a hacer unas gestiones, así que bien podía aprovechar para recuperar parte del tiempo que la empresa me robaba a cambio de unos míseros euros.

—¿Tienes planes para esta noche?

De sobra sabía Belén que no. Durante los últimos seis meses, mis únicas salidas habían consistido en ir con ella al cine o a cenar a algún sitio no demasiado caro, e incluso eso me parecía a veces un esfuerzo para el que me faltaba el ánimo necesario, tal era el vacío y desencanto que sentía.

—¿Te apetece ir al cine? —pregunté no obstante mientras guardaba el archivo que tenía en pantalla.

—En realidad yo tengo un compromiso —respondió enigmática.

—Oh, no te preocupes por mí, pediré una pizza y veré algo en la tele, ya quedaremos mañana y charlamos un rato.

—Nada de eso, nada de eso —me interrumpió con la risa nerviosa que ya conocía bien-. No puede ser que sigas malgastando así tu juventud: tengo un plan perfecto para ti.

—¿Otra vez con lo mismo? Ya te he dicho mil veces que no estoy preparada para conocer a nadie.

—¿Sabes qué te digo? Que Luis era un cretino, que no eras feliz a su lado y que lo mejor que te ha podido pasar es librarte de él.

¡Qué fácil resultaba para ella decirlo! Y lo peor era que yo sabía que tenía razón, pero cuando una es la protagonista de la historia y cuando todavía duelen las heridas, no es tan sencillo hacer borrón y cuenta nueva.

—Así que no acepto excusas —siguió mi amiga sin la menor compasión hacia mí-, en cuanto salgas esta tarde de trabajar quiero que vayas a casa, te pongas guapa y te presentes a las diez en la dirección que te voy a mandar por correo. Esta noche tienes una cita a ciegas.

—¿Bromeas? Sabes que no lo haré.

—Vamos Nuria, haz una locura por una vez en tu vida.

De ningún modo podía acceder a lo que me pedía, ¡entrar en un bar y citarme con un desconocido! Eso sólo podía salirle bien a otro tipo de personas, yo era introvertida, insegura y poco sociable, ¡no entendía cómo mi amiga podía insistir tanto en que hiciera algo tan poco acorde con mi personalidad!

—Escucha Belén, hemos hablado de esto muchas veces y...

—Escúchame tú a mí por favor. Esta persona lleva meses hablándome de ti,

está muy interesada y no hace más que agobiarme pidiéndome que os prepare un encuentro.

—¿Meses? —pregunté intrigada—. Pero si nunca nos hemos visto.

—En realidad sí. Os presenté en mi fiesta de cumpleaños, pero había tanta gente que probablemente tú ni siquiera te acuerdes.

En efecto, era difícil que yo recordara nada de aquel día. La fiesta había tenido lugar apenas quince días después de mi ruptura sentimental, y aparte de haber saludado a mucha gente, no podría decir nada más concreto del evento. Mi mente había estado ausente, recreando las últimas palabras de Luis, que me habían hecho tanto daño que rememorarlas todavía hoy me provocaba un nudo en el estómago.

De cualquier modo, lo cierto es que estaba intrigada, ¿quién podía haberse prendado de mí de aquel modo sin que yo hiciera lo más mínimo para provocar su interés? Siempre que no fuera una estrategia de Belén, claro está, pero la idea de que mi amiga tuviera que suplicar a algún hombre que saliera conmigo era tan humillante que preferí desterrarla de inmediato.

—Y... ¿cómo se llama mi... pretendiente? —pregunté al fin intentando no parecer demasiado interesada.

—Entonces, ¿vas a ir?

—Ni mucho menos, sólo quiero saber si consigo acordarme de él.

—Lo siento, tengo órdenes estrictas de no decir su nombre ni comentar nada sobre su aspecto. Si quieres saciar tu curiosidad, tendrás que acudir a la cita.

—Vamos Belén, no me fastidies. Dime al menos si es atractivo, ¿cuántos años tiene, en qué trabaja?

—Para no tener intención alguna de conocer a nadie, te interesas mucho por

los detalles.

Tenía razón, y por un instante me enojé conmigo misma por haber caído en un juego que siempre me había parecido tan pueril y ridículo. Supongo que si Belén me hubiera dicho “se trata de fulanito de tal, el chico alto que hablaba con menganito de tal”, yo habría identificado a mi pretendiente y el misterio habría desaparecido de inmediato. Sin embargo, mi amiga se mostraba tan reservada que no podía evitar, a pesar de que de ningún modo pensaba ir a la cita, intentar descubrir más detalles sobre mi admirador.

—Está bien —claudicó a medias Belén—, te diré que es una persona culta, con buena conversación, bien situada económicamente y de absoluta confianza. No pensarás que voy a ponerte en contacto con alguien poco de fiar.

No sonaba mal, desde luego, pero yo me sentía tan afligida, tenía tan poca confianza en mí misma... Claro que, bien mirado, uno de los mayores chascos que te puedes llevar en un encuentro a ciegas, el de no gustarle a tu pareja, parecía descartado. Si debía creer a Belén, mi cita llevaba mucho tiempo soñando con un encuentro conmigo, así que, en el peor de los casos, un poco de conversación y una cena agradable parecían aseguradas... ¿de verdad estaba planteándome aceptar? Tal vez, como la propia Belén decía, yo misma no era consciente de lo sola y necesitada de calor humano que había estado últimamente.

—Mira Belén, lo siento —contesté sin embargo, mucho más segura pisando terreno conocido—, la verdad es que ando muy mal de dinero y no...

—Vamos Nuria, no me fastidies. Vas a ir de invitada y te van a tratar como a una reina. No tienes nada que perder, vas, cenas y, si no te interesa, te despides educadamente. Te puedo asegurar que hablamos de una persona muy intuitiva: si no lo pasáis bien, no insistirá en volver a verte.

—No sé, yo...

Estaba casi decidida a ir, pero algo me impedía dar el salto definitivo. Era como si deseara ser empujada, que otros tomaran la decisión por mí de modo que pudieran ser considerados los responsables de todo lo que pudiera salir mal. Afortunadamente, Belén me conocía desde hacía muchos años:

—Voy a llamar ahora mismo para decir que estarás allí a las diez, procura ser puntual.

—No, escucha, tengo que pensarlo.

—¿Qué demonios hay que pensar? Voy a colgarte. Mira tu correo, ya te he mandado la dirección.

—No Belén, espera...

—Adiós, mañana me cuentas.

—¿Belén?, ¿Belén? ¡Te odio!

Mi mejor amiga no llegó a oír mis últimas palabras. Casi sin darme cuenta, había aceptado una cita con un desconocido. Sería la primera vez, después de más de seis meses, que tendría que cruzar miradas con doble sentido, cuidar cada una de mis palabras, vigilar mis gestos, ¿flirtear?

Estaba muy nerviosa, pero a la vez me notaba llena de una energía que hacía muchísimo tiempo que no sentía.

No sé cuántas veces maldije a Belén aquella tarde mientras, ante el espejo del cuarto de baño, me maquillaba para la ocasión. ¿En qué había estado pensando para dejarme engatusar de aquella manera? Menuda encerrona me esperaba, a mí que no me gustaban los lugares comunes ni las típicas conversaciones con hombres que en realidad sólo quieren una cosa: tenerte en posición horizontal lo antes posible.

Mil veces me dirigí al teléfono para poner cualquier excusa y obligar a Belén a cancelar la cita... y mil veces aborté la llamada y seguí con el concienzudo proceso que tenía por objeto convertir a una chica mona pero normalita en una mujer de bandera. Zapatos de tacón, vestido estampado con un escote generoso pero discreto (nunca me han gustado las cosas demasiado obvias), un recogido en el pelo destinado a lucir mi cuello esbelto y delicado... Supongo que parecerá extraño pero, si alguien me preguntara, contestaría que mi cuello es la parte favorita de mi cuerpo. “Almena de nata giratoria” que diría el poeta. Es mi zona sensible, mi debilidad, mi talón de Aquiles. Era indignante para mí que Luis, después de tanto tiempo juntos y después de haberme reprochado infinidad de veces mi frialdad, no alcanzase nunca a sospechar el modo en que debía seducirme. Pero nada de pensar en Luis, eso estaba terminantemente prohibido durante toda la noche.

Media hora antes de las diez, observé el resultado de mi esfuerzo. Calificación: notable alto, claro que yo no era una juez muy imparcial. De cualquier modo, si el tipo en cuestión se había fijado en mí en la fiesta de Belén, sin arreglar y con unas ojeras que sin duda me hacían parecer enferma, por fuerza esta noche tendría que parecerle atractiva.

Mientras me dirigía a la dirección que mi amiga me había enviado, no podía dejar de preguntarme cómo era posible estar tan nerviosa y excitada ante la perspectiva de una cita que, en realidad, no me interesaba lo más mínimo y quería zanjar cuanto antes. ¡Con lo agradable que habría sido pasar la noche en pijama viendo algún estúpido programa de cotilleos!

Agradable... y mortalmente aburrido.

Tuve que reconocer que mi admirador secreto tenía buen gusto: el lugar elegido para nuestro primer y único encuentro era un pequeño restaurante

francés situado en el casco antiguo de la ciudad, uno de ésos en los que la luz crea sombras que favorecen la intimidad, donde una música suave te mece como en una cuna y donde la carta, incomprensible, parece encerrar secretos imposibles de descifrar. Ni en un millón de años podría haber soñado con que Luis me llevara a un sitio semejante. ¡Otra vez con eso!, me había prometido a mí misma que mi ex no podría arruinarme aquella velada, así que respirando profundamente reprimí el cosquilleo de mi estómago y me dirigí al lugar donde un ceremonioso maître, de pie ante un atril con la lista de reservas, procedía a acomodar a dos parejas muy emperifolladas.

Dado que el hombre con el que estaba citada sí me conocía a mí, no tenía más que esperar a que el galán en cuestión se acercase a mi encuentro. Por eso, con creciente nerviosismo comprobé que, a pesar de llegar con casi quince minutos de retraso, no había rastro alguno de mi misterioso enamorado. En efecto, aparte de las dos parejas, una de las cuales ya había desaparecido tras el maître, sólo una joven rubia de pelo corto y engominado parecía esperar a alguien. ¿Habría algún error con la dirección? Belén había insistido en que fuera puntual, ¿sería mi partenaire incluso más relajado que yo en lo que se refiere a respetar los horarios?

Aquello era lo último que me faltaba. Si no estaba lo suficientemente insegura, la idea de aguantar sola y decirle al maître que esperaba a un hombre que tal vez no se presentara me parecía tan ridícula que mi único pensamiento fue el de salir corriendo. Sí, eso haría, todavía estaba a tiempo de volver a mi plan inicial para aquel viernes, al día siguiente llamaría a Belén y...

—Hola Nuria, me alegro mucho de que hayas decidido venir.

Quien así se dirigía a mí, tras sorprenderme con dos cálidos besos en las mejillas a modo de saludo, era la rubia engominada.

—Hola...

—Veo que no te acuerdas de mí —rió ella con calma pero tal vez un poco envarada- soy Daniela.

—Encantada —respondí como una estúpida sin comprender nada y sin preguntarme cómo era posible que aquella joven supiera mi nombre.

Mientras esto sucedía, la segunda pareja había sido avisada para ocupar su mesa, así que por un instante quedamos las dos solas en el pequeño pero coqueto recibidor del restaurante. Estaba a punto de reaccionar y preguntar a la tal Daniela de qué me conocía y a quién esperaba ella cuando, intuyendo tal vez mi falta de comprensión, fue la propia joven la que tomó la iniciativa:

—Verás yo... soy tu cita a ciegas.

—¿Perdón?

O Daniela era una excelente actriz o mi desconcierto no era algo que la tomara por sorpresa, porque sin cambiar su tono de voz suave y sosegado amplió su sonrisa e insistió en la idea que yo no lograba asimilar:

—Tu cita a ciegas, ¿recuerdas? Soy la persona de la que te habló Belén.

Por un instante no supe qué contestar. Como broma, y en otro contexto, tal vez podría haberlo encontrado divertido, pero sabiendo lo mal que lo estaba pasando me parecía de una crueldad impropia de Belén montar aquel cambalache.

—Disculpen señoritas —nos interrumpió entonces el maître-, pero hay un pequeño problema con su reserva, ¿podríamos invitarlas a una copa mientras esperan? No será más de diez minutos.

Mi primera intención fue la de poner pies en polvorosa, sin dar explicaciones y sin mirar atrás. Pero lo ocurrido era tan descabellado que, más que enfadada, estaba sorprendida, así que sin darme cuenta me encontré en la esquina más remota de la barra, con una copa de vino blanco en la mano y con

Daniela mirándome fijamente con sus enormes ojos azules.

—No entiendo de qué va esto —confesé cuando el camarero se alejó y las dos estuvimos solas.

—No hay mucho que entender. Me fijé en ti en la fiesta de cumpleaños de Belén y no podía dejar de mirarte. Llevo desde entonces queriendo quedar contigo, pero nuestra común amiga me dijo que no era el momento oportuno, así que he esperado pacientemente.

—Esto es increíble.

—Lo sé, tengo que pedirte disculpas. Temí que no vinieras si Belén te contaba que soy una mujer.

—En efecto, no habría venido. Esto no tiene ningún sentido.

—Siento oír eso —sonrió sin dar síntoma alguno de pesadumbre-, ¿no estás al menos un poco intrigada?

Lejos de desanimarse, Daniela parecía divertida con la situación, como si para ella fuese natural intentar flirtear con chicas que no compartían su inclinación sexual.

—Por supuesto que no. Yo soy heterosexual —aclaré con firmeza pero en voz baja y mirando de reojo por si alguien nos escuchaba.

—Sí, Belén me ha hablado de ese pequeño defecto tuyo —rió mi incalificable acompañante.

—Entonces, ¿puedes explicarme qué hacemos aquí?

—Pues... la idea es cenar mientras charlamos y nos conocemos un poquito mejor. Pero tranquila, nunca intento besar a mis conquistas en la primera cita.

Me parecía insultante su desfachatez, ¿no sólo no parecía resignada por mi abierta hostilidad sino que incluso daba la impresión de encontrarla

estimulante! Aquello tenía que terminar; dejando mi copa, hice ademán de marcharme, pero entonces Daniela puso su mano, de dedos largos y finos, sobre mi brazo.

—Espera por favor, no te vayas enfadada. Déjame al menos invitarte a cenar, te aseguro que este sitio es excelente.

—Es que... no veo a dónde puede llevarnos.

—¿Y por qué habría de llevarnos a algún sitio? ¿No pueden dos mujeres, una *heterosexual*, por supuesto –añadió con cierta sorna-, cenar amistosamente? Además... si yo hubiera sido un hombre y no te hubiera gustado, ¿habrías salido corriendo?

—No, supongo que no –tuve que admitir.

—Entonces, y aunque ha quedado claro que no hay posibilidad alguna de que llegue a haber algo entre nosotras, ¿no te parece injusto dejarme plantada con la reserva hecha?

No supe qué contestar a eso. Visto de ese modo, tenía razón. Ante una pareja masculina que no me resultara atractiva, lo correcto habría sido mantener la compostura, tratar de disfrutar de la velada y, al despedirnos, responder con evasivas. ¿Cambiaba algo el hecho de que ella fuera de mi mismo sexo? Ciertamente había sido atraída allí de un modo un poco taimado pero, ¿acaso no decimos siempre que en el amor todo vale? Por otro lado, al ver que mi pareja era una chica había desaparecido la incómoda tensión sexual de todo primer encuentro, así que de pronto descubrí que estaba hambrienta, que de la cocina del restaurante salía un olorillo delicioso y que, aunque jamás lo admitiría en voz alta, mi curiosidad femenina me hacía sentir enormes deseos de saber más acerca de Daniela, de su interés por mí y de su relación con Belén.

Cinco minutos después, estaba sentada frente a mi nueva amiga en una discreta

mesa, ojeando una carta que no entendía y pensando que, al menos, aquello era mucho más emocionante que pasar otra solitaria noche de viernes frente al televisor.

—Te sugiero el pato a la rouennaise, es verdaderamente excelente.

Dejando de lado el hecho de que no hablo nada de francés y de que la carta no estaba traducida, la voz de Daniela sonaba tan segura que no tuve nada que objetar a su propuesta.

—¿Puedo ofrecerles un Dom Pérignon reserva del 2004? —intervino entonces un camarero que parecía un mayordomo de una película de cine clásico por sus modales y atuendo.

—Buena elección, gracias.

No dejaba de sorprenderme la desenvoltura de mi admiradora. Su mirada era cálida, sus movimientos suaves y relajados, su manera de mirarme... extraña. Realmente no hubiera sabido cómo definir el modo en que Daniela me observaba. Una está acostumbrada a interpretar las miradas de un hombre, sus rápidas ojeadas a tu escote, sus estúpidos esfuerzos por intentar aparentar que controla la situación en todo momento... Ahora, sin embargo, tenía delante de mí a una chica, y el mero hecho de pensarlo dotaba a la situación de tal sensación de irrealidad que no conseguía aclarar mis pensamientos. Casi esperaba que en cualquier momento Belén apareciese a nuestro lado y las dos rompieran a reír, confesando que sólo se trataba de una broma de dudoso buen gusto. Sin embargo, algo en el brillo de los ojos de mi acompañante me avisaba de que la cosa iba en serio, y de que tendría que ser yo misma la que pusiese los límites a aquella nueva amistad. Desde luego, saber que sólo de mí dependía la decisión final era tranquilizador; al fin y al cabo, ya tenía experiencia en desestimar requiebros de hombres que ejercían el mismo papel

que ahora intentaba protagonizar Daniela.

—Háblame de ti —me sacó la joven de mis ensoñaciones-, ¿te gusta tu trabajo?

—Lo detesto. Es aburrido, no tiene futuro y está mal pagado.

—Vaya, suena terrible.

—Sí -suspiré resignada-, así es mi vida: terrible y desgraciada. ¿Y qué me cuentas de ti?

—Bueno, soy arquitecta y...

—¿De veras? Qué interesante.

Lo había dicho con sinceridad. Ahora que la observaba con más atención, me daba cuenta de que Daniela era una mujer de aspecto sofisticado. Llevaba un traje de raya diplomática que le proporcionaba un aire serio, pero en absoluto desfavorecedor. Siendo honesta, debía reconocer que era una joven atractiva, y no era difícil imaginar a los hombres rondándola con el mismo interés que ella demostraba hacia mí.

Porque lo cierto era que no me quitaba la vista de encima, y que en sus sonrisas, en sus preguntas e incluso en su manera de escucharme, no podía dejar de notar lo mucho que yo le interesaba. Imagino que aquello debería haber resultado halagador, después de todo, pero en aquel momento estaba tan absorta descubriendo cosas que apenas podía reparar en ello.

—No creas que lo es tanto, en realidad la arquitectura no me gusta.

—Entonces...

Daniela se encogió de hombros antes de contestar:

—Supongo que ya había dado demasiados quebraderos de cabeza a mis padres con mis... peculiaridades, así que por una vez decidí ser una buena chica y seguir la tradición familiar al menos en algo.

—Vaya, eso sí que suena terrible —por primera vez las dos nos reímos sinceramente al unísono—, ¿qué te habría gustado hacer en realidad?

—¿Qué se yo? Pintar, escribir... creo que soy una persona muy creativa. Pero en fin, nadie cumple todos sus sueños, supongo.

Al decir esto, Daniela me miró de un modo cómplice que me hizo sentir un escalofrío. Debía reconocer que resultaba una compañía agradable y que su conversación era mucho más interesante que la de Luis, por ejemplo. Sin embargo, no conseguía relajarme del todo, me sentía como si temiera recibir un ataque para el que no estaba preparada. Ataque que, por otro lado, de momento no se producía, por lo que me reprendí a mí misma, recordándome una vez más que todo era tan sencillo como decir no a cualquier cosa que no fuese de mi agrado.

—Ummm, el pato está excelente —tuve que reconocer cuando nos trajeron el plato principal.

—Me alegra que te guste. Belén es tan sosa con las comidas que temí que tú fueras igual.

—Es verdad, sólo le gusta el pollo frito, es la reina del pollo frito.

De nuevo, las dos reímos con espontaneidad, y de inmediato me pareció sentir una corriente de simpatía hacia Daniela.

—¿De qué conoces a Belén? —pregunté entonces queriendo indagar en el tortuoso camino que me había llevado hasta aquella alocada velada.

—Somos amigas desde hace un par años, nos conocimos en unas vacaciones por Grecia, ¿te gusta viajar?

—Creo que sí, pero a Luis...

Me mordí el labio. Contra mi voluntad, Luis había salido a colación, y por la

expresión de Daniela comprendí que Belén se había soltado de la lengua más de lo deseable. Desde luego, a la mañana siguiente mi vieja amiga iba a tener que darme muchas explicaciones.

—¿Han terminado con el pato?

—Sí, gracias. Estaba exquisito, ¿puede recomendarnos algún postre?

—Las tejas de almendra han tenido mucho éxito esta noche.

—Creo que no seré capaz de terminarme un postre yo sola, ¿compartimos plato?

La propuesta de Daniela me pareció lo más natural del mundo, así que poco después tuvimos ante nosotras un plato exquisitamente presentado y dos cucharillas con las que dar cuenta de su contenido. No sé si sería su aire relajado, el efecto del vino o la amena conversación, pero lo cierto es que la velada me estaba resultando agradable, hasta el punto de que me reproché a mí misma haber sido tan mojigata apenas un par de horas antes. ¿Qué había de malo o peligroso en lo que estaba haciendo? Muy bien, Daniela era lesbiana y yo le gustaba, tanto mejor para mi autoestima. Ella era una mujer atractiva, con un buen trabajo y un nivel social muy superior al mío, que yo pudiera resultarle interesante no podía por menos que halagarme, aunque desde luego aquella cita no se repetiría nunca. Por otra parte, mi acompañante no había dicho nada que pudiera resultarme incómodo, debía reconocer que había hecho gala de un comportamiento exquisito durante toda la cena, así que mientras nos servían los cafés juzgué que podía relajarme y hacer preguntas un poco más interesantes con las que satisfacer mi curiosidad.

—Así que estuviste en la fiesta de cumpleaños de Belén.

—Es duro para mí comprobar que no me recuerdas, pero sí, estuve.

—Disculpa, yo... no estaba atravesando una buena época.

—¿Quiere eso decir que en otras circunstancias me recordaría?

—Por supuesto, bueno... no sé... como amiga, claro.

No pude evitar enrojecer al decir esto, ¿cómo podía soltar semejantes estupideces? Y lo peor de todo es que yo solita había sacado el tema, porque hasta ese momento Daniela se había conducido como, como... ¡como un perfecto caballero!

—Ay Nuria, eres una monada, me encanta cómo te pones colorada.

Inquieta, carraspeé y miré alrededor. Era imposible que desde las mesas próximas nadie se percatase del tema de nuestra conversación y, además, ¿a quién le importaba si nuestra relación era de un tipo u otro? Pero lo cierto era que se trataba de un restaurante muy apropiado para cenas románticas, y al pensar en ello mi inseguridad volvió tan rápidamente como se había ido. Sin demasiado disimulo, consulté mi reloj.

—¿Estás cansada?

No, no estaba cansada, y para ser sincera tenía montones de preguntas que pugnaban por salir de mis labios, pero algo en mi interior me decía que era peligroso seguir por aquella senda, y que lo mejor sería poner punto y final a aquel inimaginable encuentro. Por alguna razón, la proximidad de Daniela alteraba mi personalidad habitual, y contra mi costumbre cambiaba de estado de ánimo a la velocidad del rayo, lo cual me sorprendía y preocupaba a partes iguales.

—Un poco —mentí contestando a su pregunta—. Hoy he madrugado mucho, y además vivo un poco lejos.

—Lo comprendo, pago y nos vamos, no te retendré más.

Ahora me hacía sentir culpable la docilidad con la que asumía su derrota. Dadas las circunstancias, ¿no debería yo pagar al menos mi parte?

—De ninguna manera —me cortó tajante cuando lo propuse—, ha sido un verdadero placer cenar contigo.

—Siento haber... no sé, defraudado tus expectativas.

¿Por qué hablo tanto cuando estoy nerviosa?, ¿por qué no puedo permanecer callada y dejar que las cosas se agoten por sí mismas? Por lo visto, Daniela distaba mucho de estar decepcionada con el resultado de nuestra cita:

—Sólo pretendía pasar una velada agradable frente a una mujer hermosa, y eso lo he conseguido.

Aquella era la primera vez que mi acompañante elogiaba de un modo explícito mi belleza. Lo curioso era que, al mismo tiempo que me ofuscaban sus palabras, no dejaba de halagarme el modo en que ella era capaz de apreciar el esmero que yo había puesto en arreglarme cuando pensaba que iba a encontrarme con un hombre. Afortunadamente, el camarero llegó con la cuenta y yo pude aprovechar tal circunstancia para dejar pasar su comentario y fingir que no había reparado en él.

—Puedo coger un taxi, no tienes que molestarte —dije cuando al fin estuvimos en la calle.

—No es ninguna molestia. Además, vivo muy cerca de ti.

No sabía si era buena idea, pero teniendo en cuenta lo difícil que es encontrar un taxi pasada determinada hora, lo carísimo que resulta y que era cierto que Daniela no tenía que desviarse demasiado, accedí a su amable propuesta.

No hablamos mucho durante el trayecto. Mi nueva amiga había puesto algo de música de fondo y, arrellanada en el cómodo asiento delantero de su Audi, dejé que mi mente se adormeciera por unos instantes. A mi lado, notaba los movimientos de Daniela al volante, ágiles, dotados de una armonía extraña. ¿Estaría aquella enigmática joven calibrando el mejor modo de despedirse de

mí? La sola idea me hizo dar un respingo preocupado, ¿y si intentaba besarme? No, no podía ser. Ella misma había dicho que en la primera cita... ¿pero iba a fiarme de eso? De todos modos, el ambiente entre nosotras había sido más distendido de lo esperado pero en absoluto un preámbulo de nada. Por supuesto que hay muchos hombres poco hábiles que confunden las cosas, pero me costaba pensar que Daniela pudiera ser tan torpe. Recordé entonces las palabras de Belén, “hablamos de una persona muy intuitiva: si no lo pasáis bien, no insistirá en volver a verte”.

A pesar de eso, cuando Daniela detuvo el coche delante de mi portal no pude evitar un pequeño estremecimiento de angustia, como cuando tememos que suceda algo para lo que no estamos preparados y ante lo que no sabemos muy bien cómo responder.

—Bueno, aquí estamos...

—Muchas gracias, has sido muy amable.

—Nuria.

Todos mis nervios se pusieron en tensión al oír mi nombre en sus labios. Si intentaba coger mi mano, si me proponía subir a...

—Lo he pasado muy bien, ha sido muy agradable.

—Sí, ha sido... peculiar. Mañana tendré una conversación muy larga con Belén.

Aunque sentía verdadera curiosidad por ella, una alerta silenciosa me decía que era mejor no indagar, despedirnos como amigas y no volver a vernos nunca. No quería que se hiciera falsas ilusiones ni hacerla daño, había que cortar de cuajo unas raíces que de ningún modo podían germinar.

Tenía ya la mano en el picaporte de la puerta cuando su pregunta consiguió

acelerar el pulso en mis venas y poner todos mis músculos en tensión.

—¿Puedo llamarte otro día?

—Escucha Daniela, no... no veo a dónde puede llevarnos... no me...

—Lo sé, lo sé, no te gustan las mujeres.

Más que sus palabras, su gesto entre irónico y burlón hizo que las dos nos riéramos, quitando algo de tensión al momento. Ya de pie en la acera, rebusqué en mi bolso las llaves mientras ella hacía una última tentativa.

—Espero que no te moleste si te digo que me encanta tu cuello. Llevo toda la noche preguntándome cómo sería besarlo.

Me quedé helada al oír aquello. Era absurdo, sin duda una mera coincidencia, pero que precisamente hiciera mención a mi cuello me dejó descolocada. Por otro lado, me pareció ridículo seguir allí plantada, como si tuviera a mi enamorado delante cuando en realidad tenía a una chica, ¡una chica! diciéndome requiebros que no podían sino incomodarme.

Dando media vuelta, me metí en mi portal sin mirar atrás y sin dar muestra alguna de rendición.

Lo curioso fue que esa noche no conseguí pegar ojo. Mientras daba vueltas en la cama, repasaba una y otra vez cada palabra pronunciada por Daniela y me preguntaba el motivo por el que esa estúpida cita había conseguido alterarme tanto. Con estupor descubrí que me resultaba imposible encontrar una explicación.

El nuevo vecino

El sábado por la mañana, sin ducharme y llena de justa rabia, corrí a casa de Belén sin avisarla siquiera. Sin duda, hay conversaciones que no se pueden tener por teléfono.

—Pasa chica, ¿te has caído de la cama?

Todavía en pijama y con los ojos hinchados, Belén me miraba entre divertida y expectante ante mi reacción.

—¿En qué estabas pensando? ¡Menuda encerrona me preparaste ayer!

No me gustaba nada la voz chillona que salía de mi garganta, pero no podía evitar hablar atropelladamente y casi sin respirar.

—No entiendo cómo pudiste prepararme una cita semejante, pensé que eras mi mejor amiga, ¿es que quieres volverme loca?

—Vale, escucha, tranquila...

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Joder Belén, me preparaste una cita a ciegas... ¡con una chica! ¿Acaso tengo yo pinta de lesbiana?

—Por favor Nuria, tranquilízate. Anda, vamos a tomarnos una café y te lo explico todo con calma.

Apaciguado a medias el estallido inicial, Belén procedió a justificar lo que bajo mi punto de vista no tenía justificación alguna: había conocido a Daniela durante su crucero por las islas griegas y, aunque no se veían con frecuencia, desde el primer momento habían establecido una sólida amistad. Mi pretendiente era una bellísima persona, y había sido tan insistente, había mostrado tanto interés en conocerme, que al final Belén había aceptado servir de intermediaria entre nosotras.

—Es inaudito –protesté-, ¿cómo pensabas que iba a reaccionar yo?

—Vamos, no te enfades. Ella también es mi amiga, y la veía tan... —Belén dudó un momento antes de decirlo, pero finalmente lo soltó tal y como lo pensaban encoñada.

Dios, oírlo en boca de otra persona me provocó un escalofrío. Efectivamente, una mujer estaba encoñada conmigo, me deseaba, quería hacer conmigo cosas que...

—No puedes ni imaginártelo. Desde que te vio en mi famosa fiesta no ha parado de llamarme y preguntarme por ti. Si tenías pareja, qué te gustaba, si pensaba que tal vez...

—¿Y qué le dijiste —estallé indignada-, que sí, que probara suerte?

—Nada de eso. Sólo pensé que podía ser divertido.

—¿Divertido? ¿Te has parado a pensar cómo me sentí yo ayer?

Ésa era una buena pregunta, porque si yo misma no sabía cómo me encontraba, difícilmente podría adivinarlo Belén. Pero dejando de lado tan complejas cuestiones, lo principal era que mi amiga asumiera su parte de culpa, cosa que por lo visto no estaba dispuesta a hacer.

—Tal y como yo lo veo... ayer te invitó a cenar una mujer inteligente que se derretía por ti, tú la rechazaste y asunto concluido. No me parece tan terrible, Daniela es una compañía divertida y no tenías un plan mejor.

Un tenso silencio siguió a sus palabras. Desde hacía poco más de doce horas, tenía la sensación de haber perdido el punto de equilibrio que define a mi carácter. Huraña, insociable, excesivamente tímida... Lo reconozco, tengo todos esos defectos, pero a cambio soy estable, fiable, en absoluto voluble. Sin embargo, en este aspecto no conseguía ver con claridad, me sentía confusa y cambiaba de opinión a cada instante. ¿Estaba montando una escena por nada o mi enfado era justificado? Incapaz de adivinar la respuesta, perdí los

nervios y me levanté fingiendo una indignación que en el fondo no sentía:

—Así que no es tan terrible. Después de lo que me dijo Luis al romper tú intentas emparejarme con una tortillera. ¿Tengo pinta de lesbiana, alguna vez he intentado ligar contigo? ¡Ja, ya te gustaría!

Yo misma notaba que mi estallido estaba fuera de lugar. La velada con Daniela había sido inesperada, extraña, pero de ningún modo desagradable. Parecía que algo en mi interior me obligaba a sentir una ira que era impostada, extraña a mi naturaleza, y ahora Belén me miraba tan sorprendida como si no me conociera.

—Si tanto daño te he hecho, te pido disculpas.

—¿Y crees que con eso se arregla todo?

Con pasos rápidos, me dirigí a la puerta de la calle dispuesta a zanjar la conversación. Ya estaba en el descansillo esperando el ascensor cuando Belén, con gesto descompuesto, se dirigió a mí en un tono suave pero lapidario:

—Enfádate cuanto quieras, pero si te digo esto es porque te quiero: si de verdad tienes tan clara tu sexualidad... tal vez deberías preguntarte qué es lo que te parece tan peligroso en Daniela.

Fue como un mazazo inesperado. Las rodillas parecieron flaquearme, el pelo de la nuca se me erizó y las yemas de los dedos me cosquillearon con crueldad. ¿Todos a mi alrededor se habían vuelto locos? El ascensor había llegado y con manos torpes forcejeé inútilmente intentando abrir la puerta.

—Escucha cariño, ¿por qué no vuelves a entrar y hablamos de ello con...?

Sin responder, bajé corriendo las escaleras. Una lágrima caía por mi mejilla izquierda, pero yo no era consciente de ella. Estaba furiosa, enojada con un mundo que me negaba la felicidad, que parecía ponerme la zancadilla

continuamente y que no me dejaba respirar con libertad.

—Hola, soy Alberto, tu nuevo vecino.

—Hola, yo soy Nuria.

—Me he mudado hace un par de semanas al edificio.

—Sí, ya lo he notado... estás justo encima de mí.

—¿Hago mucho ruido?

Risas nerviosas, una mano que roza un antebrazo, miradas furtivas... media hora después, había concertado mi primera cita en seis meses: una cita de verdad, entre dos personas que se conocen, se gustan y se eligen libremente. Una cita entre un hombre y una mujer.

No era ni mucho menos habitual en mí aceptar una invitación de desconocidos, pero al fin y al cabo Alberto parecía un buen chico y era un vecino. Además, estaba dispuesta a demostrarle al mundo que yo era una mujer autónoma y con las ideas claras, que no necesitaba que nadie me arreglara la vida ni tomase decisiones que sólo a mí me correspondía tomar.

Se iba a enterar Belén de quién era yo.

El ballet

Las siguientes semanas fueron tan agitadas que apenas tuve tiempo para pensar. Alberto me llevó un par de veces al cine, y la segunda noche, al pasar por el descansillo de mi puerta, me besó sin más preámbulos. Nunca me había acostado con un chico en la segunda cita, pero aquella ocasión me pareció la apropiada. Tenía que conseguir dar carpetazo a la historia con Luis, ordenar mis ideas y disfrutar un poco de la vida, y aunque estaba segura de que mi relación con mi vecino no tenía ningún futuro, nunca está de más darle una pequeña alegría al cuerpo. Era además nueva para mí la sensación de practicar el sexo con alguien hacia quien no sentía ningún tipo de atadura emocional y, bueno, si bien es cierto que no tembló el suelo, también es verdad que resultó agradable.

En cuanto a Belén, no dio señales de vida, y aunque ardía en deseos de rebozarle mi nueva relación por las narices, juzgué que era ella la indicada para dar el primer paso en pos de la reconciliación, así que me dediqué a dejar pasar los días, a relajarme y a procurar no dar demasiadas vueltas a las cosas.

Afortunadamente, por lo visto Daniela se había dado por vencida y no había intentado volver a ponerse en contacto conmigo. Debo reconocer que los primeros días sentía inquietud cada vez que oía sonar el teléfono o recibía un wasap. Aunque no tenía más que declinar la proposición que me hiciera, siempre era desagradable tener que rechazar a alguien que se había mostrado tan interesado y atento hacia ti.

Fue muy útil tener a Alberto a mi lado en aquellos días: salir con él me distraía y me quitaba tiempo para repasar una y otra vez las conversaciones con Daniela y Belén, hábito obsesivo y sumamente frustrante al que tiendo a dedicar horas cada vez que algo me preocupa. Identificar el motivo por el que

tanto me inquietaban los últimos acontecimientos ya era una cuestión más profunda a la que de momento no tenía ganas de enfrentarme.

Así las cosas, los días fueron pasando, hacía casi tres semanas de mi cena con Daniela y ya empezaba a relajarme y bajar la guardia cuando una tarde, cinco minutos antes de salir de la oficina, mi móvil sonó y por primera vez en mucho tiempo respondí sin fijarme en quién llamaba.

—¡Hola, soy Daniela!

Pocas veces tres simples palabras han podido crear tal desasosiego. ¡Daniela, otra vez ella! ¿No era increíble? Su voz sonaba alegre y desenvuelta, sin asomo alguno de embarazo, ¿qué podía esperar de mí después de nuestra primera y única entrevista? Bueno, sólo era cuestión de atenderla amablemente y, con la misma amabilidad, poner una excusa cualquiera a lo que me propusiera. Además, yo estaba saliendo con Alberto, y si era necesario se lo haría saber, sin importarme si eso la hacía daño o no.

—¿Nuria?

—Sí, sí, estoy aquí.

—¿Qué tal todo?

—Bien –contesté brevemente, aunque tuve que morderme la lengua para no decir “tengo un novio nuevo”.

—Escucha, tengo dos entradas para el ballet y he pensado que tal vez te apetecería venir, ¿te apuntas?

El ballet. Nunca había estado, y siempre me había llamado la atención. Realmente, la dichosa Daniela parecía tener un sexto sentido para adivinar cómo tentarme, pero de cualquier modo la respuesta sólo podía ser una.

—Te lo agradezco de veras, pero no creo que sea buena idea.

—Vamos, ámate, son muy buenas entradas. Es difícilísimo conseguirlas, es una oportunidad única.

La verdad es que el plan me parecía sugerente. A los hombres no les suele interesar ni mucho ni poco el ballet, y aunque en más de una ocasión le había sugerido a Luis que me gustaría ir aunque fuera una vez, él siempre había pretextado que era muy caro, lo cual era cierto... tan caro como los partidos de fútbol a los que sí acudía él de tarde en tarde. Por otro lado, debía reconocer que Daniela era simpática y agradable, ¿estaría abusando demasiado de su prodigalidad si aceptaba?

—De acuerdo –contesté tras titubear un poco y preguntándome si no había cedido demasiado pronto-, pero que quede claro que sólo podemos ser amigas.

—Por supuesto. Aunque no lo creas, la comunidad gay es muy capaz de respetar la sexualidad de los demás –comentó en un tono jovial que quitaba gravedad a sus palabras-. Ahora en serio –agregó-, el otro día te hice una pequeña encerrona y me gustaría compensarte para que no me guardes rencor. Sólo pretendo ser tu amiga, nada más.

Me sentí extraña al colgar el teléfono, y lo peor es que era incapaz de identificar el origen de mi desazón. ¿Era por haber aceptado una segunda cita con Daniela? Al fin y al cabo, volver a salir con ella era el mejor modo de demostrarle a Belén que yo tenía clarísima mi sexualidad. En menos de un mes había conseguido un novio y volvía a citarme a solas con una lesbiana, ¿qué más pruebas necesitaba?

Sin embargo, un runrún indefinible seguía molestándome. Había algo que no me permitía olvidarme del asunto y zanjar el tema hasta mi próximo encuentro con Daniela. Tal vez, sus últimas palabras... “sólo pretendo ser tu amiga”. Era una tontería, por supuesto, yo jamás querría darle pie a que esperara nada más

y me alegraba de que se olvidara de mí pero, al mismo tiempo... no podía negar que era agradable saber que alguien me encontraba tan atractiva como para hacer cualquier locura para conquistarme.

Quizá me decepcionaba un poquito que Daniela se rindiera tan pronto.

—Vaya, había hecho planes para esta noche.

—Deberías haberme consultado, lo siento.

Alberto me miraba con gesto compungido desde el descansillo de la escalera. Había tocado en mi puerta a primera hora de la tarde y cuando le dije que ya tenía un compromiso se había mostrado sinceramente apenado.

—¿Puedo al menos pasar un rato?

—Está bien, pero tendrás que marcharte enseguida, tengo que arreglarme.

—¿Con quién has quedado?

—Voy a ir al ballet con una amiga.

No juzgué necesario dar más explicaciones, aunque no dejaba de ser curioso que, pudiendo salir con Alberto, prefiriera hacerlo con Daniela. ¿Era por remordimiento entonces por lo que accedí a dejar que mi novio me desabrochara la blusa con precipitación, a pesar de que en aquel momento no me apetecían demasiado sus caricias?

Sus manos sobre mis pechos, en mi caderas, en la cara interna de los muslos... a veces no puedo desterrar la impresión de que el sexo es algo sobrevalorado, demasiado previsible y repetitivo. Alberto forcejea sobre mí, y su peso se me antoja molesto; a decir verdad, no estoy en absoluto concentrada para tales menesteres, y no es agradable descubrirme a mí misma pensando en qué ropa será la apropiada para acudir al ballet.

Entre empujón y empujón, razono que una no siempre tiene que estar dispuesta y que, al fin y al cabo, es lo más natural del mundo que a una chica le guste ir vestida del modo adecuado.

—¡Uff, cariño... ha sido genial!

Alberto yace derrumbado sobre mí, exhausto y feliz. ¿Qué demonios funciona mal conmigo? ¡Apenas he notado nada! ¿Tendría razón Luis en sus reproches? “Eres fría como un témpano”, me dijo el día de nuestra ruptura definitiva, y más que sus palabras me dolió su mirada, su modo de dejar a las claras que estar conmigo era lo mismo que estar con una muñeca de cristal, hermosa pero desprovista de la menor brizna de pasión.

Notando cómo mi humor amenaza con cambiar de nuevo, forcejeo por evadirme de la presa en la que aquel nuevo ejemplar masculino me tiene envuelta.

—Ahora tienes que irte.

—¿Tan pronto?, ¿no puedo quedarme al menos un rato mientras te vistes?

—No, tengo que ducharme y sé que harías que me retrasara. Anda, sé bueno.

—Está bien, está bien. ¿Llegarás muy tarde? Podrías pasarte por mi casa y ver una peli juntos.

—No lo sé la verdad, es mejor que no me esperes despierto.

—De acuerdo, ¿nos vemos mañana entonces?

—Supongo que sí... anda, márchate ya, no seas pesado.

—Eres preciosa.

—Lo sé, me lo dices a diario.

—Un beso, venga, el último.

—¡Alberto, por dios, voy a llegar tarde!

Cuando al fin pude desembarazarme de él, me senté pensativa en la cocina con un vaso de leche caliente delante. Desde luego, y como dije al principio de estas notas, aquel era uno de esos momentos bisagra que de vez en cuando salpicaban mi vida. Seis meses sin hacer otra cosa que lamerme las heridas y, de pronto, había dos personas pendientes de mí y aparecidas como por arte de magia.

Me tenía un poco preocupada, Alberto. Se suponía que los tíos están encantados si conocen a una chica que no pone demasiados problemas para entrar en su cama y que no busca una relación duradera. Sin embargo, todo apuntaba a que mi vecino estaba tomándose muy en serio nuestra aventura: me llamaba a todas horas, me escribía mensajes continuamente, quería verme a diario...

No era eso lo que había buscado en él. Aunque, siendo sincera, ¿qué era realmente lo que yo pretendía? ¿Un par de polvos rápidos y satisfactorios? No, el sexo no era una prioridad para mí... como bien había adivinado Luis. ¡El maldito Luis!, ¡y maldito también Alberto, y todos los hombres, y la propia Daniela! Dios, ¿por qué no podían ser las cosas más sencillas para mí, por qué no podía disfrutar de lo que la vida me ofrecía sin darle tantas vueltas? Eso hacía todo el mundo, y por lo visto todos eran mucho más felices que yo.

Cada vez me sentía de peor humor, tal vez debería llamar a Daniela y romper definitivamente nuestra “relación”. Luego, podría ir al video club, alquilar alguna comedieta tonta y... Las lágrimas me sorprendieron por la celeridad con la que aparecieron. Pensar que teniendo dos planes a elegir me planteara quedarme sola en casa me produjo una infinita tristeza, ¿qué me estaba pasando?

Obligándome a superar la ansiedad que me bloqueaba, me di una larga y

prolongada ducha y procedí a vestirme para mi primera visita al ballet. Aunque le había dicho a Alberto que ya llegaba tarde tenía tiempo más que de sobra, así que saqué todos mis vestidos y los puse sobre la cama de mi habitación. Uno por uno, fui descartándolos por los más incoherentes motivos: demasiado largo, demasiado provocativo, demasiado azul...

Con una rabia inexplicable, terminé por enfundarme unos vaqueros y una blusa; quería estar fea, poco atractiva, quería que Daniela se desencantara y dejase de molestarme. Si en nuestra primera cita me había visto con todas mis armas de mujer, hoy tendría que consolarse con verme sin peinar (nada de cuellos, esta vez), sin maquillaje y con ropa de diario, ¿no era ése el mejor modo de demostrarle que no tenía el más mínimo interés en gustarle?

Habíamos quedado en la puerta del teatro, y cuando vi aparecer a mi amiga me quedé muy sorprendida. Esa noche era ella la que llevaba un vestido negro elegantísimo que dejaba sus hombros al descubierto y que hacía que todos los hombres la mirasen de reojo. No me quedaba más que reconocer que estaba guapísima, que a su lado yo parecía el patito feo y que, si a cien personas les preguntaran quién de las dos estaba prendada de la otra, al menos noventa y nueve responderían que la lesbiana a la que iban a dar calabazas era yo.

—Me parece que no he acertado con mi vestuario —confesé arrepentida después de los preceptivos besos de saludo.

—Qué tontería, soy yo la que se ha arreglado demasiado.

—Es que nunca había estado en el ballet y...

—¿Te digo un secreto? Yo tampoco.

Eso sí que era una sorpresa, si ella no era asidua a tales espectáculos, ¿cómo se le había ocurrido la idea de invitarme a mí?

—Bueno —sonrió con expresión culpable cuando se lo pregunté—, Belén me llamó y me contó vuestra pelea, y entre las dos decidimos que ésta sería una buena forma de pedirte perdón.

—¿Va a venir Belén con nosotras?

—No... pensó que quizá sería mejor dejar pasar un tiempo, creo que vuestro último encuentro no fue muy afortunado.

—Nada que no pueda arreglarse.

—Escucha Nuria, si dije o hice algo que te hiciera sentir incómoda lo siento de veras.

—No, tranquila, fue culpa mía. Esos días estaba muy nerviosa, pero ahora estoy saliendo con un chico encantador... estamos muy ilusionados, ha sido muy repentino pero muy bonito.

—Oh, vaya, me alegro por ti, de veras.

¿Qué estaba haciendo, qué necesidad tenía yo de contar semejante sarta de estupideces? Daniela me miraba seria, y por su expresión no era capaz de adivinar si mi revelación la desilusionaba o no. En cuanto a mí, ¿había sentido alivio o tristeza al enterarme de que Belén no estaría con nosotras? Su presencia habría resultado tranquilizadora y habríamos podido limar asperezas, pero pese a todo algo me decía que prefería no ver a mi amiga aquella noche.

¿El ballet? Supongo que en otro momento habría sido algo de lo que hubiera podido sacar más jugo, pero el torbellino que recorría mi mente me impedía concentrarme en el espectáculo. A mi lado, Daniela, quieta y aparentemente muy concentrada, no movía ni un músculo hacia mí, pero a pesar de ello sus hombros desnudos estaban muy cerca de los míos y nuestras rodillas, una o dos veces, se rozaron al movernos en tan reducido espacio.

Pasé la mitad de la obra preguntándome qué debía hacer con respecto a Alberto, y la otra mitad intentando decidir si aceptaría tomar una copa con Daniela al salir, en caso de que ella lo propusiera. Cuando el telón bajó, no había tomado ninguna decisión definitiva con respecto a ninguna de las dos cosas.

—¿Te ha gustado? A mí me ha encantado.

—Ha sido muy interesante —mentí.

—¿Se te ha hecho largo?

—No, en absoluto.

Rodeadas de gente mientras descendíamos las escaleras, pensé que al menos la segunda de mis respuestas era sincera. En efecto, durante el tiempo que había permanecido en mi butaca no había tenido que tomar ninguna decisión, y casi hubiera deseado permanecer así eternamente, anclada en un mundo donde todo era tranquilo y previsible.

Ya estábamos en la calle. En cualquier momento Daniela me propondría entrar a tomar algo en un garito y yo tendría que elegir: aceptar su invitación o volver a casa. Todavía era pronto y Alberto se alegraría mucho si me presentaba por sorpresa.

—A ver si quedamos algún día las tres juntas.

¿Era eso una despedida? Definitivamente, para ser una mujer “encoñada” conmigo, no le había sido demasiado difícil superarlo.

—Desde luego.

—Seguro que podremos echarnos unas risas recordando todo este embrollo.

—Seguro que sí.

—Si quieres puedo acercarte a algún sitio, tengo el coche aquí mismo.

—¿No tienes tiempo para tomar un café?

No sé quién estaba más sorprendida, Daniela o yo misma. Tantas excusas preparadas para salir huyendo y ahora era yo la que le proponía alargar la velada.

—Claro, conozco un sitio monísimo aquí cerca.

Las dos caminamos en silencio durante unos segundos, tiempo durante el cual razoné que mi conducta era completamente respetable: lo menos que podía hacer después de la cena de la otra noche y las entradas de ésta era invitarla a tomar algo. Cualquier otra cosa habría sido una descortesía por mi parte.

Sentadas en una pequeña mesita y con dos cafés humeantes frente a nosotras, me pareció que podía reconciliarme con la vida. Suele pasar con frecuencia que, después de un tiempo de dudas e incertidumbre, aparezca un periodo de calma engañosa, que nos hace relajarnos y bajar las defensas. Como había dicho Belén, mi nueva amiga tenía una conversación muy estimulante. Cine, libros, viajes, podía hablar de todo sin resultar pedante y sin que diera la impresión de monopolizar la charla. Daniela había estado en todas partes, lo había leído todo, y a su lado yo me sentía pequeñita y muy insignificante. Realmente, era para mí una fuente de orgullo que semejante mujer hubiera podido sentirse atraída por mí, aunque fuera en el pasado.

Para mi desgracia, Daniela también sabía escuchar. Así que cuando me llegó el turno de contar algo de mi vida, me encontré con que yo apenas había salido de mi pueblo, con que no tenía estudios y con que tenía muy poquitas cosas interesantes que decir. Resultado: sin saber cómo, terminé hablándole de los cinco años al lado de Luis y de cómo nuestra relación había terminado en un punto muerto del que habíamos salido sólo porque él había tenido el valor que a mí me faltaba para coger el toro por los cuernos.

—A veces es difícil tomar decisiones duras, ¿verdad?

—¿A ti también te pasa?

—Por supuesto Nuria.

—Tú pareces tan valiente, tan decidida.

—Simplemente, he tenido que enfrentarme a problemas desde que cumplí los catorce, y al final una se endurece.

—Supongo que a esa edad no es fácil ser...

—¿Lesbiana? —rió ella ante mi pudor-. No, a veces no lo es.

Me encontraba cada vez más a gusto y estaba empezando a adentrarme en territorios que no había osado visitar en nuestra primera cita. Sin darme cuenta de la hora, pedí una segunda ronda de café. Daniela no parecía tener prisa y yo me encontraba a gusto en su compañía, ¿qué había de malo en que dos buenas amigas charlaran de sus cosas hasta tarde?

—Me encantaría ser tan fuerte como tú. A veces me siento tan sola...

Mi amiga me miró extrañada, como si algo no le cuadrara en mi comportamiento. Un par de chicos se acercaron a nuestra mesa, y debo reconocer que sus piernas, cruzadas bajo el vestido, debían tener un gran porcentaje de culpa en ello. Con un gesto escueto que no ofrecía lugar a dudas, Daniela se desembarazó de ellos y luego se inclinó en su asiento hacia mí antes de retomar la conversación.

—¿Te sientes sola? Pero ahora tienes a tu novio...

—¿Alberto? Nada de eso, en realidad no es nada serio.

—Dijiste que estabas muy ilusionada.

Recé para que la oscuridad del local disimulara el rubor de mis mejillas. No soy una mentirosa, y es frecuente en mí meter la pata cuando intento dar gato por liebre. ¿Qué pensaría ahora Daniela, qué explicación podía darle?

Aunque, para ser sinceros, más que molesta parecía vivamente intrigada por el nuevo giro de los acontecimientos.

—¿Dije eso? Bueno, supongo que es él el que está más interesado.

—Apuesto a que sí.

¿Por qué tenía Daniela aquella expresión de estar sumando dos más dos? De un modo imperceptible, su rostro había cambiado, y de pronto me pareció estar viendo más a una pretendiente que a una amiga. Sus grandes ojos azules tenían un brillo innegable, su sonrisa era más cálida y sus manos se movían muy cerca de las mías... ¿o todo eran imaginaciones mías y confundía los verdaderos motivos de su interés hacia mí?

—¿Alguna vez en tu vida has estado tan confusa que no sabías hacia dónde tirar?

—¿Estás confusa ahora?

—Luis, Alberto... ninguno de ellos me llena, con ninguno conecto de verdad, no sé qué es lo que me pasa, es como si...

—¿Cómo si qué?

Ahora no me engañaba, estábamos tan próximas que podríamos habernos besado sin dificultad. Como si reparara en ello al mismo tiempo que yo, Daniela reuló sobre su asiento y esbozó una sonrisa amistosa.

—Perdona –traté de cambiar de tema-, te estoy aburriendo con mis problemas.

—Es imposible que tú me aburras.

Daniela me miraba fijamente a los ojos, sin pestañear, y tuve que ser yo la que desviase la mirada. De nuevo el runrún de los nervios, la evidencia de que aquella no era una simple amiga con la que intercambiar confidencias y buscar consejos.

—No sé si... si tú eres la persona adecuada para hablar de estas cosas.

—No imaginas cuánto me gustaría serlo.

De pronto Daniela parecía de acero. Su mirada me taladraba, su proximidad me quitaba el aire. Sus manos estaban tan cerca de las mías que con sólo estirar un meñique habría podido tocarme... pero no lo hacía. Respetaba mi espacio al mismo tiempo que llamaba imperiosamente a mi puerta, y yo no sabía qué hacer ni qué decir.

—No soy lesbiana —fue lo más inteligente que conseguí articular.

—Y sin embargo estás aquí, conmigo, en lugar de en la cama con tu novio.

—Sólo quería charlar, me caes bien, me...

—Nuria, me gustas mucho.

—Creo que deberíamos irnos, se ha hecho muy tarde.

—No puedes irte así —me detuvo con un gesto—. Por favor, siéntate y cálmate.

—Es que no sé qué me pasa, no logro comprenderme —de nuevo, y empezaba a ser habitual, las lágrimas empezaban a resbalar por mi rostro.

Por primera vez, Daniela puso su mano sobre la mía. Lo hizo de un modo amistoso que no podía asustarme, y su contacto me pareció sorprendentemente cálido y suave.

—Tranquilízate cariño, comprendo tus dudas, todo esto es muy nuevo para ti.

¿De verdad me comprendía? Yo no era lesbiana, de eso estaba segura; lo que me fustigaba por dentro era descubrir qué tenía de especial aquella bruja moderna que conseguía alterar cada fibra de mi ser. Sí, ya no podía negarlo, a su lado me sentía extraña, distinta, a ratos feliz y a ratos horrorizada. Si hubiera tratado de besarme en aquel momento, habría salido corriendo sin mirar atrás y jamás habría vuelto a dirigirle la palabra; pero al mismo

tiempo... al mismo tiempo la idea de cortar de cuajo nuestra relación me resultaba inexplicablemente dolorosa.

—¿Puedes llevarme a casa por favor? Me duele un poco la cabeza.

Otra vez en su coche. ¿No es eso lo que hacen los novios?, llevar a su chica y esperar a que entre en el portal antes de despedirse. Estaba agotada, sobrepasada por la situación, incluso me parecía que empezaba a odiar un poco a esa joven que tantos quebraderos de cabeza me estaba provocando.

Cuando Daniela detuvo el motor, ambas nos miramos expectantes. ¿Qué hacer, dios mío, cómo terminar aquella noche absurda? Arriba estaba Alberto, un hombre, y mi sitio estaba con él. Mi vecino representaba la seguridad, el respeto a las normas, cumplir con lo que se esperaba de mí. Yo siempre había querido ser madre, parir mis propios hijos, y las propuestas de Daniela me parecían respetables, pero desde luego inapropiadas de todo punto para mí. ¡Definitivamente, yo no era homosexual!

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Debes pensar que estoy loca.

—En absoluto. Sólo estás confundida. Deberías llamar a Belén y hacer las paces, creo que ella podrá aconsejarte mejor que yo.

No podía quejarme del trato que me había dado Daniela. Dulce, atenta, cariñosa... ¿por qué me sentía entonces tan desilusionada? ¿Qué esperaba, qué pretendía escuchar de sus labios? Cuando volví a hablar, me pareció increíble ser yo la que pronunció las palabras que siguieron:

—¿Volveremos a vernos? Me gustaría charlar otra vez contigo.

La sonrisa de satisfacción de Daniela iluminó por sí sola la oscuridad del coche.

—Está bien, te llamaré de nuevo. Pero debo ser sincera contigo.

—...

—Voy a dejarte unos días para que ordenes esa linda cabecita. Porque has de saber que, si vuelves a quedar conmigo... será una cita en toda regla.

—...

—Ya no será una encerrona, ni una aparente reunión de amigas. Si vuelves a quedar conmigo intentaré seducirte, iré a por ti sin freno y sin compasión y, al final de la noche, te besaré.

Vaya, así que no era tan fácil olvidarse de mí. Alberto, Daniela... por lo visto mi capacidad de seducción excedía con mucho mis mejores expectativas. Realmente, no sabía qué contestar, por la sencilla razón de que no tenía ni idea de qué deseaba yo que pasara, así que en silencio me bajé del coche y le agradecí a mi amiga haber sido tan amable conmigo.

—Te prometo pensar en ello —la aseguré desde la acera antes de desaparecer tras el portal.

París

No hay nada que pensar. A la mañana siguiente salto de la cama, me lavo los dientes y, con un albornoz por toda vestimenta, subo al piso de arriba y toco en la puerta de Alberto.

—Has madrugado hoy –bosteza al abrirme la puerta.

Sin decir palabra, entro en su casa y dejo caer el albornoz a mis pies.

—Vaya, a esto lo llamo yo empezar bien el d...

No le dejo terminar. Poseída por una especie de furor poco frecuente en mí, le agarro por el cuello de la camiseta y le obligo a tumbarse en su desvencijado sillón. Luego, subida a horcajadas sobre él, le monto como un animal en celo, sujetando sus muñecas y exprimiendo (no hace falta demasiado esfuerzo) hasta la última gota de su hombría. En cada empujón me va algo más que la vida: me estoy jugando mi estabilidad emocional, y cuanto más cabalgo más me convengo a mí misma de que aquel es mi sitio, junto a un hombre y notando su verga adentrarse en mis entrañas con toda la fuerza de su naturaleza.

—Jo... joder –suspira debajo de mí Alberto-, ha sido... increíble. Espera, ¿dónde vas?

Tan abruptamente como he entrado, recojo mi albornoz y salgo de allí. Un minuto después estoy en mi bañera, envuelta en mis propios brazos y meciéndome como una niña mientras mis lágrimas se mezclan con el agua de la ducha.

—Me alegro de que hayas subido a verme, la verdad.

—No sabes qué peso me quitas de encima, estabas tan enfadada la última vez que hablamos. Nunca te había visto así...

Belén me miraba con cariño al tiempo que daba pequeños sorbitos a la taza de café caliente que acababa de servirle. Era la primera vez que nos reuníamos después de la desagradable pelea de marras, y el abrazo en que nos habíamos fundido nada más vernos nos había llenado de alegría a las dos. Lo cual no era óbice, sin embargo, para que mi amiga me hablara con tiento y procurando no meterse en charcos:

—Me ha dicho Daniela que lo pasasteis muy bien la otra noche.

Mirando obcecadamente mi taza de café, intenté disimular el rubor que sin duda coloreaba mis mejillas.

—Fue muy interesante, nunca había estado en el ballet.

—¿Vas a volver, ya sabes...?

—¿A quedar con ella? No lo creo.

Me pareció que el rostro de Belén se nublaba, aunque tal vez fuera producto de mi imaginación.

—Quizá no debería tocar estos temas, no querría disgustarte.

—En absoluto –sonreí tratando de parecer desenfadada–, no tengo ningún problema en hablar de ello.

Belén carraspeó, inquieta. Era obvio que no sabía cómo encarar lo que tenía que decirme, y después de la última escena no podía culparla de ello. Pero éramos amigas de toda la vida, casi hermanas, y yo sabía que ella me quería lo suficiente como para arriesgarse a una nueva bronca.

—Verás, Daniela me dijo que, la última noche... en fin... que cree que tal vez tú...

Ahora fui yo la que se removió en la silla. No podía negar que mi comportamiento después del ballet no había sido del todo coherente, y no era

difícil que Daniela hubiera podido hacerse unas ilusiones que de ningún modo iban a cristalizar.

—La otra noche estaba muy confusa —me defendí—. Daniela es una chica atractiva, lo reconozco, y tal vez durante un instante me dejé... embaucar. Pero fue sólo un instante, tengo clarísimas mis preferencias sexuales, por cierto que tengo que presentarte a Luis... a Alberto de una vez ¡estoy muy ilusionada con él!

No me gustaba cómo me miraba Belén. Daba toda la impresión de no creer una sola palabra de lo que le decía, y yo misma tenía la sensación de no estar siendo demasiado convincente. Un nuevo acceso de ira estuvo a punto de invadirme, ¿por qué tenía yo que demostrar de repente a todo el mundo que no era lesbiana?

—Tengo que marcharme —se levantó entonces mi amiga—, me gustaría charlar otro día contigo, con más calma.

—Cuando quieras.

—Con respecto a Daniela, sé que tiene pensado llamarte el fin de semana que viene. Lo digo para que no te pille por sorpresa y tengas claro lo que vas a decirle.

—Por supuesto que lo tengo claro.

Un poco cabizbajas las dos, la acompañé hasta la puerta de la calle. La conocía lo suficiente como para saber que había algo más que quería decirme, y aunque en ese momento hubiera preferido no seguir hablando sobre el tema, sabía que mi amiga sólo tenía la intención de ayudarme cuando empezó a hablar.

—Escucha Nuria, sólo quiero que sepas que, tomes la decisión que tomes, yo estaré de tu parte.

—No hay ninguna decisión que tomar, yo no soy lesbiana y punto.

—De acuerdo, entonces, no hay más que hablar.

—Espera, no puedes venir aquí a soltarme ese tipo de cosas y no darme explicaciones.

Un negro nubarrón amenazaba con volver a descargar sobre nosotras, ¿sería posible que tuviéramos una segunda pelea en apenas un mes? Últimamente, tan pronto me entraban ganas de llorar como de discutir con el mundo entero, y francamente, resultaba agotador.

—Yo sólo quiero lo mejor para ti, lo sabes.

—¿Y de dónde sacas que lo mejor para mí pueda ser una mujer?

—Es mejor dejarlo, lamento haberte molestado.

Sujetándola por el brazo, volví a cerrar la puerta que ella había empezado a abrir y la obligué a mirarme.

—¿Por qué concertaste esa cita a ciegas? ¿Qué te hacía pensar que tal vez Daniela pudiera interesarme? Si de verdad eres mi amiga, contesta a esto: ¿habrías preparado una cita igual para Lourdes o Marisa, por ejemplo?

Ahora era Belén la que parecía a punto de echarse a llorar, y antes de contestarme me dio un sentido abrazo y me besó en la mejilla.

—No sé qué pensar Nuria, tu relación con Luis era un desastre. Pero no se trata sólo de Luis, es tu falta de interés por el sexo, conviertes a los hombres en amigos, los llevas a tu lado como llevas el bolso, por rutina...

No podía hacer otra cosa que mirarla horrorizada. ¿Todas esas cosas pensaba mi amiga de mí... y nunca me había dicho nada? Yo era coqueta, muy femenina, ¿de qué me estaba hablando? Por lo visto, Belén había roto todas las compuertas y ya no podía reprimir lo que llevaba dentro.

—... y luego estaba tu historia con Rocío, y entonces apareció Daniela y pensé que...

—¿Rocío, qué tiene que ver Rocío con esto? Sólo éramos dos buenas amigas, igual que tú y yo.

—No Nuria, no erais amigas. Tú y yo somos amigas, lo tuyo con ella era una obsesión.

Me sentí como si hubiera recibido un portazo en pleno rostro. Oír en boca de otros pensamientos y dudas que crees perfectamente encerrados en tu propio cerebro es doloroso. Rocío había sido mi amiga especial, todo lo hacíamos juntas, y cuando empezó a salir con Julián... Pero no quería recordar eso, había sido duro para mí y sólo la llegada de Luis pareció, al menos por un tiempo, ayudarme a cerrar las heridas.

—También sé cómo son tus padres, cuánto te presionan y lo difícil que sería para ellos...

—Vete, por favor. Necesito estar sola.

—No te enfades conmigo Nuria, sabes que te quiero de verdad.

—Vete.

—¿Me llamarás?

Belén tenía los ojos empañados e intentaba acariciar mis brazos como lo haría una madre con su hija. Siendo justa, no podía estar enfadada con ella por sacar a la luz cosas que yo misma no me atrevía a desenterrar. Ya con la puerta abierta y con la voz temblona, antes de irse añadió:

—Daniela es una persona estupenda. No se merece que juegues con ella.

—No tengo ninguna intención de hacerla daño. Cuando me llame la diré que no quiero volver a verla nunca más.

—Está bien. Pero piensa que la persona a la que más daño puedes hacer es a ti misma.

Ni siquiera cuando rompí con Luis me había sentido tan desdichada. Aquello había sido duro, me había sentido sola, pero era mejor estar sola que, sencillamente, no saber quién era yo realmente.

¿Cuáles habían sido mis verdaderos sentimientos hacia Rocío? Me resultaba imposible responder a esa pregunta. Lo que sí podía decir sin temor a equivocarme era que nunca había disfrutado demasiado del sexo, o al menos no con la intensidad con la que se supone que debería haberlo hecho. Siempre había intentado decirme que esas pasiones abrasadoras eran cosa de novelas y películas, que la vida real es mucho más prosaica y los colores menos vivos que lo que nos quieren hacer creer. Pero entonces, ¿por qué esas risas nerviosas de mis amigas, esas mejillas encendidas cuando conocían a algún chico? ¿Por qué tantas energías dedicadas por el mundo entero a algo de lo que yo podía prescindir sin demasiado problema?

No quiero decir que no me gustara hacer el amor, pero recordaba el rostro de Alberto, la mañana en que le abordé con el albornoz por toda vestimenta, y entonces la envidia recorría todo mi cuerpo. ¡Yo quería experimentar esa pasión, ese abandono, ese estremecimiento que por unos instantes borra todo lo que hay a nuestro alrededor! Quería ser feliz, sentir una pasión abrasadora, enamorarme perdidamente de la persona apropiada. Pero... ¿quién era la persona apropiada para mí?

Faltaban sólo tres días para el fin de semana y la previsible llamada de Daniela me producía un terror desorbitado. Desde luego que no podía aceptar otra cita, no tenía razón de ser. Sólo al imaginarme desnuda junto a ella en la cama me daban escalofríos, ¿cómo podría explicarles algo así a mis padres?

Estaba decidida a mantenerme firme en mi idea de romper toda relación con ella cuando una pregunta terrible me golpeó con fuerza: ¿y si Belén la llamaba y le contaba la charla que habíamos tenido en mi casa? Con toda seguridad, Daniela se desanimaría y comprendería que era mejor no tener nada que ver con una persona tan inestable como yo.

¡Dios, no iba a llamarme! Lo que antes me abrumaba ahora parecía faltarme, ¡me estaba volviendo loca! Pasé el jueves deshojando una y otra vez la margarita, incapaz de serenarme y cometiendo un fallo tras otro en el trabajo. El viernes, puse el móvil a mi lado, y las horas se desgranaron con una lentitud cruel y silenciosa que me quitaba la vida. Ni mucho menos tenía claro qué debía responder a Daniela si me llamaba, pero era angustioso pensar que no iba a hacerlo. ¿Y si estaba a punto de tirar por la borda mi última oportunidad para ser feliz?

Al salir del trabajo perdí toda esperanza: era evidente que mi admiradora había decidido renunciar a seguir aquella historia de perspectivas más que dudosas. Lo curioso es que de pronto me sentí muy relajada, casi contenta. Era una boba de categoría que hacía un mundo de cualquier cosa, permitía que gente de temperamento novelesco como Belén me llenase la cabeza de pájaros y me hiciera creer cosas absurdas. Esa misma noche aceptaría la invitación de Alberto (llevaba días proponiéndome ir a una fiesta en casa unos amigos), bailaría, lo pasaría bien y después dormiría en la cama de mi cariñoso y solícito amante.

Cuando a las siete de la tarde sonó el teléfono, algo en su tono me advirtió de quién estaba al otro lado antes incluso de descolgar.

—Hola Nuria, ¿qué tal estás?

Las rodillas me temblaban y las piernas parecían flaquearme. Me sentía como una chiquilla que recibe por fin la llamada tanto tiempo anhelada.

—¿Te apetece salir conmigo mañana?

La dulzura de su voz, cálida y acogedora como una hoguera en un día de lluvia, suplantó de repente y sin remedio todo cálculo por mi parte. En ese instante supe que no tenía escapatoria, que no podía quedarme sin explorar aquel camino, me llevase donde me llevase.

—Vale —contesté con un hilo de voz.

—Genial, tengo un plan estupendo. Te recojo a las siete en tu portal, espero que no te importe madrugar.

—¿Madrugar?

—Sí —la risa de Daniela al otro lado era cantarina y contagiosa—, me refiero a las siete de la mañana.

—¡¿A las siete?! Pero, ¿dónde vamos?

—Tú confía en mí. Eso sí, ponte calzado cómodo, ¿de acuerdo?

Cuando colgué el teléfono tuve que sentarme, agotada. No podía creer lo que acababa de hacer: al día siguiente tenía una cita romántica, una cita cuyo sentido último podía ser tener sexo tarde o temprano... ¡con una mujer! Estaba asombrada de mí misma, aterrada, llena de nervios, pero también notaba un runrún en las entrañas que me producía una sensación no del todo desagradable, una mezcla de intriga, orgullo... ilusión.

Cuando Alberto bajó a buscarme para ir a su fiesta, le dije que habían llamado mis padres y que no contase conmigo en todo el fin de semana.

Sábado, doce y diez de la mañana. Una sensación de irrealidad absoluta me rodea, hasta el punto de que, literalmente, cada poco tengo que pellizcarme para comprobar que lo que veo está sucediendo realmente. ¡Dios mío, estoy

con Daniela... en París!

Las cinco horas precedentes han sido una verdadera locura: despierta desde las cinco, me decido al final por unos pantalones cortos y una blusa veraniega, me hago una coleta de caballo (concesión que espero no resulte demasiado obvia) y salgo con cuidado de no ser descubierta por Alberto. Es lo malo de tener al novio en el mismo edificio, ¿qué podría decirle si descubre que tengo una cita con Daniela y no con mis padres? ¿Cómo explicarle que quedar con una simple amiga suponga para mí tantos quebraderos de cabeza? Afortunadamente, mi chico (aunque no estoy muy segura de que deba llamarlo así) nunca se levanta antes de las once los fines de semana, así que consigo llegar al portal sin ser descubierta.

La primera sorpresa se produce al ver aparecer a Daniela en un taxi, en lugar de en su Audi habitual. Se ríe cuando le pregunto dónde vamos, y no consigo sonsacarle información alguna. Está muy guapa, con unos vaqueros ajustados, una camiseta deportiva y una breve mochila que, a juzgar por su volumen, debe pesar demasiado.

No hablamos mucho. Además de la hora temprana, la presencia del taxista, que no hace más que mirarnos en su espejo retrovisor, hace que ambas prefiramos esperar a llegar a nuestro destino. ¡Y qué destino! Veinte minutos después, estamos en el aeropuerto, y no doy crédito cuando Daniela me dirige al mostrador más cercano de salidas internacionales. Yo, que nunca he cogido un avión, ¿voy a salir de España? No es posible pero, sin embargo... mi amiga saca las tarjetas de embarque, me coge por el codo y no me queda más que seguirla dócilmente, abrumada por esta cita que cada vez tiene un halo más mágico y cautivador.

Durante el vuelo, no puedo dejar de mirar por la ventanilla, y a mi lado Daniela sonrío y, de vez en cuando, busca mis ojos con complicidad. Yo no me

atrevo a devolverle la mirada.

—¿Te gusta?

—Es impresionante.

Quietas delante de la Torre Eiffel, Daniela pidió en inglés a unos turistas japoneses que nos hicieran una foto juntas. Luego, se situó junto a mí y, enlazando mi brazo con el suyo, las dos posamos sonrientes.

Qué pequeña y provinciana me sentía. Mi amiga sabía moverse como pez en el agua en una ciudad extranjera, y yo, que parezco un pato mareado en cuando entro en una gran estación de tren, no podía dejar de envidiar su desenvoltura y su experiencia de la vida. Era la tercera vez que Daniela visitaba París y, aunque parecía encantada de ejercer de guía conmigo, yo me preguntaba violenta cuánto le habría costado aquella excentricidad, y qué pasaría cuando inevitablemente descubriera que todo era en vano.

Porque, desde luego, eso era lo que iba a suceder. Era innegable que yo estaba muy a gusto en su compañía, no tenía reparos en reconocer que, si le dábamos oportunidad, la nuestra podría llegar a ser una amistad muy especial, más incluso que la que me unía a Belén. Pero llegar más lejos... era sencillamente imposible. Todo el viaje en avión había estado rumiando mi responsabilidad en todo aquello, ¿debería haberme negado a embarcarme? Seguramente sí, ¡pero Daniela parecía tan entusiasmada, sus ojos despedían tanta luz y tanto brillo!

—Nos dará tiempo a subir arriba esta noche —me interrumpió mi amiga señalando a la cúspide de la Torre-, merece la pena ver todo París encendido a tus pies, ¡la ciudad de la luz!

—Como quieras, pero insisto en que me dejes pagar las entradas, todo esto te

habrá salido carísimo.

—¿Otra vez con eso? No te preocupes por el dinero, vengo de buena familia... soy un buen partido —dijo riendo mientras arrugaba la nariz en un simpático gesto.

Daniela estaba siendo muy cauta, aunque no intentaba ocultar lo mucho que yo le gustaba. No se resistió a elogiar la coleta que dejaba mi cuello libre a sus miradas y, en el taxi, dos o tres veces la había descubierto apreciando mis piernas, desnudas hasta medio muslo por la postura. Sin embargo, y a pesar de que había organizado un viaje relámpago para mí a una de las ciudades más románticas del mundo, hasta el momento no había sucedido nada que no pudiera justificarse apelando a la simple amistad entre mujeres.

—Tengo todo perfectamente planificado —me informó mientras nos alejábamos del campo de Marte—, nos da tiempo a visitar las zonas más emblemáticas de París antes de coger el vuelo de vuelta.

Así que las dos empezamos a caminar por la orilla del Sena, y el recuerdo que tengo de aquella mañana es hoy tan vívido que creo que podría recrear cada palabra y cada instante. Pero no quiero aburrirlos, así que de momento sólo mencionaré los hermosos barcos, los majestuosos edificios y los encantadores puestos donde se vendían libros de segunda mano.

Todo era nuevo para mí, y mientras caminaba junto a Daniela me sentía como una niña en una tienda hecha de chocolate, y no podía dejar de pensar que, si Luis hubiera tenido un detalle así conmigo, aún seguiríamos juntos. Claro que, por otra parte, Alberto sí era un chico cariñoso y atento... y tampoco terminaba de llenarme.

¡Dios, qué complicado era todo! Daniela resultaba encantadora, simpática, divertida. Parecía encontrar siempre la palabra precisa, manejar a la perfección los tiempos y anticiparse a mis deseos antes incluso de que yo los

diera forma en mi mente. Era guapa, inteligente, culta... Sólo tenía un defecto: era una chica. ¡Casi me enfadé con ella por eso! Sin duda, si hubiera sido un hombre, en ese preciso instante yo ya estaría perdidamente enamorada y dispuesta a entregarme a él en una de las preciosas buhardillas del Barrio Latino.

—Ésta es mi parte favorita –anunció entonces Daniela-, Notre Dame y, detrás, la isla de La Cité, el origen de la ciudad.

—Es... precioso.

El río se abría como en un inmenso escenario envolviendo la pequeña isla, repleta de bellísimos edificios y coronada por la espectacular catedral que hasta entonces yo sólo había visto en fotografías o videos. Estaba tan anonadada que apenas podía pensar. Una y mil veces había calibrado esa misma noche cómo responder a la insinuaciones que sin duda me haría Daniela, pero de ningún modo había podido imaginar que nuestro día en común tendría lugar en París, que se me antojaba entonces un decorado gigante erigido sólo para nosotras dos. En efecto, ¿seguiría existiendo la ciudad cuando ocho horas después cogiésemos el avión de vuelta?

—¿Tienes hambre? Llevamos muchas horas levantadas.

—Sí –mentí, pues con tantas emociones mi estómago parecía sellado-, elige el sitio y te invito a comer.

—Nada de eso, lo tengo todo previsto.

Entonces, Daniela me hizo seguirla por unas callecitas estrechas, dudó un par de veces, preguntó a un guardia muy serio y, finalmente, encontró lo que estaba buscando: un pequeño y recóndito jardincito situado directamente sobre las aguas del Sena.

—¿No te parece un rincón encantador?

Sin duda, mi amiga podría haber sido un general excelente en tiempos de guerra. Todo estaba perfectamente organizado: de su mochila sacó unos sándwiches y las dos nos sentamos en un banco casi colgado sobre el caudaloso río. Las vistas eran magníficas, y por un instante deseé que aquel momento no terminase nunca, y que el resto de mi vida consistiera en estar junto a Daniela, solas las dos y sin tener que dar nunca incómodas explicaciones, ni al mundo en general ni a mi familia en particular.

—¿Habías estado antes aquí?

—Una vez, hace mucho tiempo.

—¿Con alguien especial?

Me arrepentí al instante de haber hecho esa pregunta, ¿acaso estaba celosa de algo? ¡Que ridiculez!

—Nada de eso —rió ella feliz—, fue en un viaje de fin de curso. La ciudad me sedujo de tal modo que traté de grabar en mi memoria cada detalle, cada pequeño rincón. En especial, éste me pareció particularmente apropiado: no está lleno de turistas, no sale en todas las postales... era el sitio perfecto para cumplir un día mi pequeño plan.

—¿Tu plan?

—Traer aquí a alguien especial. Alguien que me gustara mucho y a quien deseara seducir.

El corazón me dio un vuelco y tuve que hacer un esfuerzo para disimular mi turbación. Daniela me miraba muy seria, sin perder su aplomo pero muy atenta a mi reacción. ¿Por qué me sorprendía tanto aquella primera escaramuza? Se suponía que estaba claro para qué estábamos allí, yo era adulta y había aceptado a sabiendas su invitación. ¿Por qué tanto miedo de repente? Irritada con mi propia mojigatería, carraspeé incómoda, ¡era horrible que Daniela no

se llamase Daniel!

—Yo, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

Para mi sorpresa, Daniela no parecía defraudada por la tibieza de mi respuesta. Más bien, recordaba la imagen de un jugador de ajedrez que mueve concienzudamente sus fichas, sin premura y sabiendo que la victoria no se le puede escapar.

—No tenemos ninguna prisa Nuria —dijo entonces corroborando mi impresión—. Acompasaré mi paso al tuyo, como hacen las parejas que pasean por el Sena.

Un calor indescriptible me inundó por sorpresa, su interés por mí resultaba halagador, y la paciencia que demostraba me hacía sentir, de algún modo, dueña de la situación.

—Pensarás que soy una tonta. Acepto tu invitación pero no termino de...

—Nada de eso. Para ti esto es muy nuevo y no es fácil, lo comprendo. ¡Vamos, tenemos el tiempo justo para un café en el Barrio Latino!

Era imposible no dejarse embrujar por las pintorescas calles llenas de preciosos cafés y coloridas tiendas. No sabía qué me depararía el futuro ni a dónde podría llevarme aquella relación, pero sí sabía que, en aquel preciso momento, todo lo que deseaba era estar allí con Daniela, sin testigos y sin otra responsabilidad que la de dejarme mimar y observar atónita cuanto me rodeaba.

Al doblar una esquina, nos sentamos en una pequeña terracita en la que tomamos un café delicioso mientras unos músicos callejeros tocaban para nosotras. Incluso eso, que en mi ciudad natal me habría resultado molesto, allí me pareció dotado de lirismo y poesía. Daniela hablaba por los codos, me

contaba anécdotas de sus numerosos viajes, me hacía promesas que tenían que ver con ciudades de ensueño: Venecia, Londres, Estambul... ¡sería tan maravilloso visitarlas todas a su lado!

Era ya media tarde cuando volvimos sobre nuestros pasos hacia el Sena. Había innumerables tesoros de la ciudad que quedarían sin explorar, pero las dos estuvimos de acuerdo en que era perfecto dejarlo así, algo inconcluso que algún día podríamos terminar. Caminábamos despacio cuando Daniela, consultando su reloj, dio la voz de alarma:

—Tenemos que darnos prisa si queremos que nos dé tiempo a subir a la Torre.

Entonces, con toda naturalidad, me cogió de la mano y tiró de mí riendo... y las dos seguimos nuestro paseo con las manos entrelazadas.

¡Qué dulce era caminar junto al río con sus dedos enredados entre los míos! En realidad, en absoluto habíamos aumentado el ritmo de la marcha, más bien nos dedicábamos a pasear con calma, sin importarnos llegar o no a tiempo a nuestro destino. En comparación con los de Luis o Alberto, los deditos de Daniela me parecían increíblemente pequeños y suaves, y no podía dejar de tener la sensación de que era sorprendentemente cómodo caminar así a su lado. Casi podría parecer que la naturaleza había diseñado nuestras manos pensando especialmente en aquel momento y en aquel paseo...

¿Qué me estaba pasando? A ratos me parecía perder el sentido de la realidad, estar a punto de despertar de un sueño o carecer de una base sólida de apoyo. Era como estar asomada a un abismo inmenso, con la diferencia de que, por lo visto, la temible caída no llegaba a producirse nunca. Lo que más me extrañaba era mi propia calma: estaba paseando cogida de la mano con una chica... y no me sentía incómoda. Supongo que se debía a estar en París, una ciudad donde nadie me conocía y donde a nadie tendría que dar explicaciones. Allí todo estaba permitido, allí era libre de probar, de dar rienda suelta a mis

deseos y dejarme llevar por la corriente. Por unas breves horas, el destino parecía decidido a concederme la felicidad.

Por poco, pero conseguimos subir a la Torre Eiffel. El ascensor se elevó, subió tan alto que parecía que iba a despegar del suelo, y entonces nos encontramos en la cúspide del mundo. Siempre sin soltar nuestras manos, salimos a la pequeña plataforma exterior.

La ciudad se extendía a nuestros pies y, como había dicho Daniela unas horas antes, el espectáculo era soberbio. La noche nos envolvía con su manto protector y millones de luces semejaban luciérnagas puestas allí sólo para nuestro deleite. Nunca me había sentido tan viva, parecía como si de repente me hubiera quitado un peso terrible que sin tan siquiera notarlo hubiera estado oprimiendo mi corazón desde siempre.

—Es lo más hermoso que he visto nunca —comenté volviéndome hacia mi amiga.

Daniela es un poco más alta que yo. Acodadas sobre la barandilla, colgadas sobre París, su rostro quedaba unos centímetros por encima del mío. Con calma, con delicadeza, como pidiendo permiso, mi amiga aprovechó el instante perfecto para, con una ternura infinita, rozar mis labios con los suyos.

Una inmensa flojera de piernas sacudió mi cuerpo, pero esta vez no desvié la mirada. Por unos instantes, las dos quedamos en silencio, yo expectante y ella sin duda calibrando el mejor modo de “acompañar su paso con el mío”. Luego, sin decir palabra, Daniela volvió a besarme.

Esta vez fue un beso largo y prolongado. Me parecía increíble estar siendo la protagonista de aquella historia, ¡una chica me estaba besando... y me gustaba! Su lengua se insinuó entre mis labios, primero como temerosa, progresando con cautela. Luego, más decidida, se paseó entre mis dientes, avanzando cual explorador en peligrosa selva. No había cuidado, mi propia lengua salió a

recibirla, y entonces ambas parecieron cobrar vida propia y funcionar con total autonomía, enredándose, saludándose e intercambiado nuestras respectivas salivas con placentera satisfacción.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Lo que más me sorprendía era mi propia indiferencia a cuanto nos rodeaba. No me importaba que la gente nos mirase, que hiciera comentarios sobre nuestra apasionada actuación, ¡qué maravilloso sería vivir en París! Cuando finalmente nos separamos, Daniela me miró afectuosamente y retiró un mechón rebelde que había escapado de mi coleta.

—Quise hacer esto desde la primera vez que te vi.

No pude hacer otra cosa que mantener su mirada y dejar que volviera a besarme.

Dos horas después, nos encontrábamos de nuevo en los asientos de un avión, aunque esta vez nuestras manos estaban entrelazadas y no sobre el brazo de los asientos. Apenas hablamos durante el viaje de vuelta, yo tenía demasiadas cosas que asimilar y Daniela parecía adivinar que era mejor dejarme tiempo para pensar en lo que había sucedido.

De nuevo en nuestra vieja y aburrida ciudad, la fuerza que me había animado en París parecía retroceder. Tuve que hacer un esfuerzo para salir de la terminal de la mano de Daniela, ¿y si alguien conocido nos descubría? Me sentía mezquina y miserable, pero las cosas no me parecían tan sencillas en casa como lo habían sido apenas unas horas antes, subidas a la Torre Eiffel y con el mundo puesto a nuestros pies como un trofeo.

—¿Nos vemos mañana?

La pregunta de Daniela ante la parada de taxis encerraba una secreta angustia, y supe sin lugar a dudas que mi amiga era plenamente consciente de mi

pequeño retroceso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué no has reservado una habitación en París para esta noche?

Antes de contestar, Daniela me miró seriamente, casi con temor.

—No quiero que vengas a mí así. Como te dije, estoy dispuesta a caminar a tu ritmo.

No sé hasta qué punto sería consciente Daniela de lo acertado de su estrategia. Creo firmemente que, de haber pasado aquella noche juntas en París, mi amiga habría tenido mi cuerpo, pero nunca habríamos vuelto a vernos.

Por supuesto, acepté salir con ella al día siguiente.

Un partido de tenis

Las semanas que siguieron fueron las más extrañas de mi vida. ¿Tenía novio, novia... las dos cosas? Alberto me llamaba constantemente, y yo le ponía las excusas más variadas porque los días estaban reservados para Daniela. Por las noches, sin embargo, al volver a casa mi vecino se plantaba en mi puerta, y frecuentemente terminaba por pasar la noche en mi cama.

La situación me sumía en una congoja terrible, pero no era capaz de evitar salir de ese círculo vicioso. Me encantaba pasear con Daniela, estaba a gusto a su lado, sentía que era una persona cada vez más importante en mi vida... pero me resultaba imposible romper definitivamente con Alberto. En mi descargo, diré que no era el placer o el deseo de hacer algo prohibido lo que me movía. En mi fuero interno creía intuir que Alberto era una red de seguridad porque, si él desaparecía, quizá tendría que admitir de una vez por todas que yo no era heterosexual, o al menos no de un modo estricto.

Por otro lado, y por más que intentase mirar en mi interior con total honestidad, de ningún modo podía pensar en mí misma como lesbiana. Las mujeres no me gustaban, no me atraían. Entonces, ¿qué buscaba yo en aquella relación? No era capaz de responder a eso, pero tampoco podía obviar que me encantaba estar con Daniela, que me gustaba ser besada por ella, que mi amiga era un caso aparte al que no era capaz de poner etiqueta alguna. ¿Se parecían mis sentimientos hacia ella a los que había sentido por Rocío tantos años atrás? Otra buena pregunta para la que no tenía respuesta.

A ratos creía sentir un afecto inmenso por mi nueva amiga; otros la odiaba. No en vano, me había seducido en París, con todo lo que esa ciudad podía significar para una joven inexperta como yo, ¡cuánta maldad y perfidia por su parte, qué calculadora y fría había sido! Cuando pensaba en eso, deseaba cortar con ella de inmediato y volver a la seguridad de mis relaciones

habituales. Pero entonces Alberto me proponía ir al cine, y luego sonaba el teléfono y escuchaba la voz cantarina de Daniela... y no había color.

Por su parte, mi amiga seguía su acoso constante pero en absoluto apremiante. Con ella hice tantas cosas nuevas que no sabría por dónde empezar: el ballet, París, museos, teatros... Nunca me preguntaba por Alberto, nunca me besaba en la calle o donde pudiéramos ser descubiertas, nunca me presionaba ni me exigía explicaciones.

Me hubiera sentido culpable de no ser por una pequeña travesura a la que últimamente me había aficionado mucho. En efecto, desde que habíamos vuelto de París, cada vez que Alberto me hacía el amor... yo cerraba los ojos e imaginaba que era Daniela quien estaba sobre mí.

Hacía una semana que el verano parecía haberse instalado definitivamente, y una mañana cualquiera mi amiga me llamó por teléfono y me propuso, como siempre, hacer algo en lo que yo sería una completa neófita:

—He pensado que tal vez te apetecería venir a mi casa después del trabajo y jugar un partido de tenis. Luego podríamos cenar.

—No sé jugar al tenis.

—¿Qué importa? Yo tampoco soy Serena Williams. Será divertido, puedo preparar algo sencillo.

—De eso nada, cocino yo, soy una cocinera excelente —contesté tras unos segundos de vacilación.

Lo cierto es que el tenis no me preocupaba ni mucho ni poco. Sabía que Daniela vivía en una urbanización con cancha privada y jugar un partidillo podía ser una buena manera de pasar aquella estupenda tarde de verano. Lo que me quitaba el sueño, lo que me había puesto en un estado de inmensa

agitación, era lo que vendría después: cenar en su casa... las dos solas.

Podrá parecer ridículo, pero el mero hecho de pensar que aquella noche podría ser “la noche” hizo que mi estómago se llenase de mariposas y las piernas me flaquearan. Bien mirado, era de agradecer la paciencia que Daniela mostraba conmigo, ya habían pasado más de quince días desde nuestro primer beso y desde entonces no habíamos avanzado mucho: apenas algún pequeño roce furtivo o un cogerse de las manos en la oscuridad de un cine.

En París todo se había desarrollado de un modo lógico y natural; en mi propia ciudad, tenía la impresión de que millones de ojos escrutaban cada uno de nuestros movimientos. Hasta ese día, además, Daniela nunca había propuesto subir a mi casa o invitarme a la suya, y yo me preguntaba con ansiedad cuánto tiempo podría durar aquello. Por muy paciente que fuera, yo leía el deseo en sus pupilas cada vez que me despedía en el portal, sabía que deseaba con locura que llegase el día en que yo, por propia iniciativa, le franquease la puerta. ¿Se puede anhelar que suceda algo y rechazarlo con terror al mismo tiempo? Yo soy la prueba viviente de que sí.

Me apetecía cenar con Daniela, las dos solas, sin testigos, sin nadie a quien dar explicaciones. Me apetecía, pero también me daba un miedo infinito.

—Juego, set y partido —rió Daniela dando pequeños saltitos.

Como era de suponer, mi amiga me había dado una paliza en toda regla en la cancha de tenis. Era lo de menos, las dos habíamos pasado un par de horas agradables; el sol sobre la cara, una brisa de finales de junio que era una delicia, unas carreras, un poco de ejercicio saludable...

Daniela estaba preciosa con su conjunto de tenis digno de una profesional. Sus

piernas, largas y más delgadas que las mías, lucían un moreno impropio de principios del verano. Su corto pelo rubio reflejaba la luz de un modo encantador, haciendo que su propietaria pareciese más joven que nunca. A pesar de lo impecable de su atuendo, más parecía una modelo que una profesional del tenis. En cuanto a mí, no he vuelto a hacer deporte desde que dejé el instituto, así que lo más apropiado que pude encontrar en el armario fueron los pantalones cortos de un chándal viejo y una camiseta negra que al menos estilizaba mucho mi figura. Como ya era habitual últimamente, llevaba el pelo recogido en una coleta, pero a pesar de eso no podía desterrar la poco reconfortante sensación de que, de poder elegir, nueve de cada diez hombres (o mujeres) la preferirían a ella antes que a mí. Por fortuna para mi mermada autoestima, había tomado la precaución de meter ropa de recambio en una mochila, así que esperaba estar un poco más mona durante la cena.

—¿Te ha gustado? —me preguntó mientras atravesábamos la urbanización de camino a su casa.

—Ha sido divertido, ¿juegas muy a menudo?

—Cuando tengo tiempo me gusta venir un par de veces por semana. Me parece una forma muy entretenida de hacer ejercicio. Buenas tardes Mariano.

Cuando Daniela saludó al portero del edificio no pude evitar sentirme un poco incómoda, ¿sabría él que la inquilina del quinto derecha era lesbiana? En ese caso, ¿en qué categoría me habría situado a mí: amiga, novia, amante? De nuevo, experimenté la sensación que ya había tenido muchas veces esos días, la de que todo sería mucho más sencillo para mí si Daniela y yo viviéramos en una isla desierta, donde nunca más tuviéramos que ver ni hablar a nadie.

Una vez entramos en su casa, las dos sonreímos un poco cohibidas. ¿Esperaría Daniela algo más que yo de aquella noche? Si ella fuera un hombre, resultaría inimaginable que no pretendiera acostarse conmigo en aquel punto de nuestra

relación. Pero era una mujer, y yo otra, y aquello no era normal, yo necesitaba tiempo, y todo era horrible, y...

—Ven, voy a enseñarte mi casa.

Como siempre, mi amiga encaraba las cosas de un modo mucho más natural, haciendo que todo fluyera sin aparente esfuerzo. Su piso, comparado con el mío, era un verdadero palacio. Sólo tenía dos habitaciones, pero todas las estancias resultaban amplias y luminosas, la cocina era el triple que la mía y una hermosa terraza permitía unas agradables vistas sobre la cancha de tenis donde habíamos jugado minutos antes.

Evité cuidadosamente cruzar mi mirada con la suya cuando me enseñó su dormitorio. Ahí estaba, el lugar que tantas veces había imaginado. La enorme cama de matrimonio se me antojó excesiva para una persona soltera... aunque pensándolo bien no era sencillo figurarse a Daniela sin pareja durante un periodo de tiempo prolongado. ¿Cuántas amantes habrían pasado por aquellas sábanas? De repente se me ocurrió una pregunta que nunca me había hecho y me llenó de incertidumbre: ¿qué significaba yo para Daniela? ¿Qué pretendía obtener exactamente de mí? Empezaba a agobiarme y sabía por experiencia que no me convenía entrar en mis habituales espirales de cuestiones sin respuesta, así que agradecí sinceramente que mi amiga me propusiera visitar el otro cuarto, mucho más pequeño y que solía utilizar como despacho.

—Cuando tengo mucho trabajo me instalo aquí, es pequeño pero confortable.

—Me encanta —confesé con sinceridad—, lo tienes todo puesto con muy buen gusto.

Desde luego, se notaba que el dinero no era un problema, el piso entero parecía decorado por un verdadero profesional: muebles de diseño, hermosas láminas en las paredes, un televisor que parecía una pantalla de cine... y todo colocado y puesto tan cuco que parecía que nadie viviera allí.

—No siempre está tan ordenado —rió Daniela-, quería causarte una buena impresión.

—Celebro oírlo, temí que fueras una maniática del...

Un beso largo y apasionado cortó mi frase. A pesar de estar esperándolo, no dejó de sorprenderme, y cuando sentí sus manos en mis nalgas perdí la compostura y la alejé de mí suavemente.

—Es... es que yo...

—Perdona.

—No, eres tú la que tiene que perdonarme, soy una estúpida.

Por un instante Daniela había suspirado y esbozado un gesto de contrariedad. Fugazmente, vi en sus ojos la certidumbre de haber cometido un error de cálculo, el arrepentimiento que mostramos al descubrir que nos hemos precipitado. No obstante, enseguida recuperó la sonrisa y volvió a ser la chica atenta y complaciente de siempre.

—Escucha Nuria —dijo cogiendo mi barbilla entre sus delicados dedos-, iremos al ritmo que tú propongas, ¿de acuerdo?

A punto de echarme a llorar por mi cobardía, asentí en silencio repetidas veces mientras ella besaba mis mejillas y acariciaba mi pelo.

—De momento me conformo con que me mires a los ojos y me digas que estás a gusto conmigo y que no quieres irte.

Daniela esperaba mis palabras con una atención infinita, se diría que no respiraba y que todos los músculos de su cuerpo estaban sometidos a una tensión inimaginable. Despacio, con un susurro de voz y obligándome a mí misma a mantener su mirada, respondí como me pedía.

—No quiero irme.

Su rostro se distendió en una sonrisa encantadora, volvió a besarme en los labios y pellizcó una vez más mi barbilla antes de añadir:

—Estupendo. ¿Por qué no te duchas y te cambias de ropa mientras yo voy sacando de la nevera las cosas que me pediste?

A solas en el cuarto de baño, me reproché cruelmente mi falta de coraje. ¿Por qué no era capaz de dejarme llevar? Daniela me gustaba, sus besos me hacían estremecer, me encantaba tener sus manos entre las mías, ¿cuál era entonces el problema? Ahora mismo, sin ir más lejos, ¿por qué había echado el pestillo de la puerta?, ¿temía acaso que mi amiga intentara forzar la situación?

Con rabia, descorrí el cerrojo y empecé a desnudarme. Los dedos me temblaban mientras me quitaba la ropa, ¿cómo podía estar tan nerviosa? Parecía una chiquilla ante su primera vez aunque, bien mirado... si finalmente llegaba a algo con Daniela, de algún modo sería *mi primera vez*. ¡Tenía tanto miedo de no estar a la altura de sus expectativas!

Una vez estuve totalmente desnuda, entré en la ducha sin dejar de mirar la puerta del cuarto de baño. Mi piel agradeció la caricia del agua caliente y por unos segundos me pareció recobrar la calma. Un momento, ¿se había movido el picaporte de la puerta? La ducha de Daniela estaba protegida por una sola hoja de cristal completamente transparente, y el mero hecho de pensar que ella pudiera entrar y sorprenderme en cueros me pareció tan terrible que sentí deseos de salir de debajo del chorro y bloquear de nuevo la puerta antes de completar mi baño.

No, era una falsa alarma, Daniela jamás se atrevería a invadir de ese modo mi intimidad. Claro que, si lo hacía... ¿cómo reaccionaría yo? Notaba acelerarse el pulso en mis sienes, no podía quitar el ojo de la cerradura, segura de que en cualquier momento mi amiga entraría con cualquier excusa y me vería tal como

mi madre me había traído al mundo. Lo curioso era que, a pesar de lo mucho que me aterraba tal posibilidad, prolongué la ducha mucho más de lo que en mí es habitual, siempre mirando el dichoso picaporte, siempre temiendo verlo girar pero al mismo tiempo un poco irritada por su absoluta inmovilidad.

Sí, lo reconozco, si repartieran el Nobel a la incongruencia, yo sería la candidata número uno año tras año.

Por fin, terminé mi baño y, mientras me secaba, mi cerebro seguía martilleándome sin piedad: ¿de verdad podría ser posible?, ¿de verdad me imaginaba a mí misma haciendo el amor con Daniela? Me había hecho esa misma pregunta montones de veces las últimas semanas, pero nunca como en ese momento la cuestión adquiría tal peso. Ella estaba a unos metros de mí, dispuesta a ayudarme a entrar en un mundo nuevo y desconocido. Bastaría con llamarla y... No, no era capaz, ¿cómo podría explicarles a mis padres que ya no habría nietos, que su hija...? Era de locos, aquello tenía que terminar.

Pero no era tan sencillo, porque cada vez que tomaba la decisión de cortar de raíz mi relación con mi nueva amiga, me asaltaba un pensamiento tan poderoso como lacerante: en lo más profundo de mi corazón sabía que, si alguien pudiera asegurarme que nadie iba a enterarse jamás... aquella noche preferiría ser rodeada por los brazos de Daniela antes que por los de Alberto. El problema venía sobre todo de pensar en el día siguiente, en qué hacer y cómo encarar una nueva vida en la que tendría que cambiar todos los valores que la sociedad me había inculcado.

¿Estaba dispuesta a tirar todo por la borda y hacer borrón y cuenta nueva?

—Estás preciosa.

Las palabras de Daniela siempre conseguían reforzar mi autoestima. Nunca me

he considerado una belleza, pero sí una chica atractiva. El problema era que, a su lado, me parecía salir perdiendo en todas las comparaciones. Ella era tan esbelta y elegante que mis marcadas curvas femeninas me parecían demasiado toscas y evidentes. De ahí la cuidada elección de mi atuendo para esa noche: zapatos de tacón, minifalda muy mini con la que me había pasado horas en casa ante el espejo ensayando posturas anticelulitis (odioso defecto que en vano había buscado en mi amiga), y blusa un poco más escotada de lo acostumbrado. En cuanto a mi rizado pelo castaño, un absurdo instinto de protección me había impulsado a dejarlo caer sobre los hombros y, por increíble que pueda parecer, eso me hacía sentir un poco menos expuesta y vulnerable. Llegados a este punto, tengo que confesar que pocas veces en mi vida me había arreglado tan calculada y concienzudamente.

—¿Puedo besarte? Prometo no estropear tu maquillaje —preguntó ella en tono burlón.

—Puedes.

No importaba cuántas veces se repitiera aquello, cada vez que Daniela me besaba me parecía que mis pies se elevaban del suelo, que el mundo dejaba de girar y que todo a mi alrededor tenía otro sentido. Invariablemente, al notar nuestras lenguas en contacto, pensaba asombrada “!estoy besando a una chica, estoy besando a una chica!”. El acto en sí me parecía sublime y deliciosamente transgresor, y una parte de mí se preguntaba abatida por qué no podía reducirse todo a eso; en efecto, sería maravilloso poder sellar el amor como en las películas antiguas: un delicioso beso y asunto concluido.

—Esta noche estás radiante. Espera un momento, voy a hacerte una foto.

Las palabras de Daniela resultaban tan espontáneas que conseguían hacerme sentir mucho más atractiva de lo que realmente era. Rebuscando en un cajón, mi amiga sacó su cámara de fotos, la misma con la que habíamos

inmortalizado nuestro viaje relámpago a París.

—Sonríe... así, perfecto. Espera, otra más...

Su mirada resbalaba por mi cuerpo con evidente satisfacción, y sus piropos resultaban tan sinceros que no podía dejar de sentirme halagada. Era obvio que Daniela me deseaba tanto como Alberto, y al recordar que yo me había entregado a mi vecino apenas unos días después de conocernos, no pude evitar preguntarme por qué ahora me resultaba tan difícil romper absurdos tabúes propios de mentes estrechas y cerradas.

Mucho antes de que yo me cansara de aquel juego, Daniela pareció considerar que ya era suficiente, así que soltando la cámara me prometió no tardar mucho en volver a mi lado:

—Me doy una ducha rápida y te ayudo a preparar la cena.

Tal vez fue su forma de respetar mi inseguridad, o el brillo cómplice de sus hermosos ojos azules, no lo sé. Quizá sentía que le debía algo, una explicación, una compensación por mi pueril comportamiento. El caso es que antes de que ella saliera del salón las palabras empezaron a salir de mi interior como si no fuera yo quien las emitiera:

—Daniela...

—¿Sí?

—Tú también estás muy guapa esta tarde. Me... me gustas mucho.

Ya estaba, ya lo había soltado. Era la primera vez que le decía algo así de un modo explícito, y ser capaz de hacerlo me llenó de orgullo. En cuanto a Daniela, me miraba sonriente y ebria de satisfacción desde el marco de la puerta, y fugazmente pensé que, cualquiera que nos viera así, devorándonos con la mirada desde lados opuestos del salón, habría pensado que la situación resultaba un tanto cómica.

Por un instante temí sin embargo haber ido demasiado lejos, ¿no era aquello una manera de incitar a que Daniela diera un paso al frente? Aún no me sentía preparada para nada que fuese ir más allá de nuestros cálidos y embriagadores besos, de modo que a medias por romper el incómodo silencio y a medias porque realmente me apetecía hacerlo, le propuse sacarle yo también un par de fotos:

—Estás monísima con ese conjunto de número uno del tenis.

Daniela no se hizo de rogar. Era obvio que bebía con ansia cada palabra agradable que saliera de mis labios, así que con un pícaro gesto posó para mí, asiendo levemente con una mano el borde de la faldita de su uniforme y levantando una pantorrilla para componer un gracioso escorzo.

Disparé dos o tres veces la cámara. Mi amiga giró sobre sí misma, y no pude sino envidiar su desenvoltura. Yo había posado quieta como un palo, esbozando una sonrisa mecánica y rígida. Ella, en cambio...

—Pareces una modelo profesional.

—Siempre he sido muy coqueta —rió sin dejar de moverse ante mí.

Un cosquilleo extraño empezó a recorrer mi cuerpo. Volvía a notar el ambiente cargado de electricidad, del mismo modo que lo había notado mientras Daniela me enseñaba su dormitorio. Sabía que estaba entrando en un terreno peligroso, hubiera sido mejor dejar que mi amiga se duchara mientras yo me dedicaba a preparar la cena que le había prometido, pero lo cierto es que en aquel instante en lo último que podía pensar era en cocinar.

¿Notó Daniela que mi predisposición era mayor que una hora antes, cuando al sentir sus manos sobre mis nalgas me había replegado como una tortuga en su caparazón? Puede que sí, o simplemente puede que no fuese capaz de reprimir más sus instintos y que deseara forzar la situación. Aunque de algún modo las

esperaba, sus palabras siguientes no dejaron de sacudirme por dentro como un cataclismo:

—¿Te gustaría sacarme unas fotos sexys?

—Bueno –respondí sin saber muy bien a qué se refería y con un nudo en la garganta.

—Estupendo. ¿Qué quieres que haga?

—¿Yo?

—Tú eres la fotógrafa, ¿no? Estoy a tus órdenes.

Las yemas de los dedos me dolían, me costaba ocultar mi respiración agitada y procuraba mantener la cámara delante de mi rostro el mayor tiempo posible para ocultar el rubor que sin duda cubría mis mejillas. En cuanto a Daniela, ¿qué se proponía exactamente? A simple vista, parecía tranquila y segura de sí, y de nuevo tuve que envidiar el modo en que sabía disfrutar de la vida sin dar tantas vueltas a las cosas como yo.

—Me encantan mis pies –tomó entonces ella la iniciativa viendo que yo no era capaz de reaccionar-, ¿te gustaría hacerme unas fotos descalza?

—De acuerdo.

Daniela se sentó un instante en el borde de un sillón y, con dedos ágiles, se desprendió de sus zapatillas blancas de deporte y de sus pequeños calcetines. Aunque a mí nunca me han llamado la atención los pies, tengo que reconocer que los de mi amiga resultaban muy fotogénicos: pequeños, con dedos tan finos como los de sus manos y con las uñas, pintadas de rojo, primorosamente cuidadas. En silencio, tomé un par de primeros planos y una foto de cuerpo entero. Descalza, Daniela parecía más vulnerable, más accesible, y gracias a mis zapatos de tacón por primera vez podía mirarla un poquito hacia abajo, lo que me dio una absurda sensación de seguridad.

Seguí disparando la cámara durante un tiempo que se me hizo eterno. Era consciente de que no podía continuar refugiándome detrás del objetivo, tenía que tomar una determinación, la que fuese: seguir adelante con aquel juego sin duda interesante pero al mismo tiempo arriesgado, o pretextar que el pescado iba a estropearse y romper de un modo definitivo la magia del momento.

—¿Quieres que te tome alguna foto en ropa interior? —pregunté con un hilo de voz y casi sin respirar.

—Como quieras, tú mandas —fue su rápida respuesta.

Sin vacilar, Daniela se desprendió de la camiseta y de la pequeña faldita de su uniforme. Casi me daba miedo ver su determinación, parecía evidente que tendría que ser yo la que pusiera punto y final a aquello, pero de momento estaba demasiado interesada en apreciar la magnífica silueta que lucía mi anfitriona en ropa interior: alta y delgada, transmitía elegancia en cada movimiento, hasta el punto de que parecía difícil creer que una joven tan hermosa se dedicara a algo tan serio como la arquitectura.

—Túmbate en el sillón —respondí por decir algo ante su mirada inquisitiva—. Así, perfecto.

Era increíble que pareciera mucho más tranquila que yo. Resultaría inimaginable para mí hacer algo parecido con Alberto antes incluso de haber tenido relaciones íntimas. Sin embargo, y aunque estaba abrumada y cohibida por la situación, no podía negar que me gustaba el talante desinhibido de Daniela, y que poder recrearme en la contemplación de su piel desnuda conseguía levantar en mi interior ecos que creía irremisiblemente vedados para mí.

Era bonita y sexy, la ropa interior de mi amiga. Lucía unas braguitas blancas tipo pantaloncito que ya había alcanzado a vislumbrar cada vez que se agachaba para recoger alguna pelota durante el partido, y un sostén del mismo

color que realzaba su busto pequeño pero que yo imaginaba infinitamente seductor. Sin parecer en absoluto incómoda con la situación, mi amiga posó para mí tumbada en el sillón, sentada en una silla, de pie y apoyada en el marco de la puerta...

Empezaba a ser tarde, si queríamos que el salmón estuviera listo para la cena deberíamos ponernos manos a la obra de inmediato. Loca de ansiedad, cerré los ojos y traté de dilucidar qué prefería yo. Debía olvidarme del mundo, disfrutar del presente sin importarme las consecuencias que pudieran derivarse de aquella noche. Si al día siguiente me arrepentía de todo, ¿qué podría pasar? Al fin y al cabo, no tenía por qué contar nada a mi madre ni a Alberto... ¡nadie lo sabría jamás!

—¿Te... te importaría quitarte el sostén?

Había hecho la pregunta con miedo, temiendo de un modo absurdo que Daniela no quisiera llegar tan lejos, pero mi amiga accedió con tal celeridad a mis deseos que no pude sino avergonzarme de mi talante pusilánime. Como imaginaba, sus senos eran bellísimos. Más pequeños que los míos, pero terriblemente prietos y coronados por dos pezones encantadores que parecían apuntar al cielo.

Daniela me miraba con una media sonrisa que no le conocía y que parecía demostrar cuánto le gustaba lo que estábamos haciendo. Ni en un millón de vidas mi propio pudor me hubiera permitido llevar a cabo algo semejante, y con sorpresa me encontré pensando cómo sería tocar aquellos pequeños senos, pellizcar los deliciosos botones que los adornaban y sentirlos crecer y endurecerse entre las yemas de mis dedos.

¡Dios! ¿De verdad estaba pensando eso? Un mes atrás, me hubiera parecido imposible, y de repente estaba casi sin aliento observando a una mujer medio desnuda. Era increíble, pero su cuerpo me parecía mucho más hermoso que el

de Alberto, todo lleno de vello y de músculos demasiado evidentes. Daniela era suave, dulce, y lo único que sentía al verla era deseos de tocarla, de pasar despacio la palma de mi mano por su piel y...

—¿Qué quieres que haga?

—Bueno, no sé... creo que tú sabes mucho más que yo de esto.

¿Cómo podía ser tan sosa? Tenía a la más encantadora de las modelos a mi disposición y todo lo que se me ocurría era decir una cosa con el glamour de un caracol. Afortunadamente, Daniela disponía de muchos más recursos que yo. Haciendo gala de una falta de pudor que no dejaba de sorprenderme, se situó delante de mí en actitud desafiante, las piernas separadas y los pechos cubiertos por sus propias manos.

Disparé una, dos, tres veces. La luz empezaba a declinar pero no me atreví a sugerir nada que pudiera poner punto final a aquella improvisada sesión de fotos. Estaba abducida, hipnotizada, no podía dejar de mirar los pechos de mi amiga, que deliberadamente jugaba con las leyes de la gravedad, agachándose, dando pequeños saltos, adoptando todo tipo de posturas sin dejar de buscar mis ojos con los suyos.

Nunca había vivido un instante tan erótico. Lo curioso era que miles de veces había visto desnuda a Belén, o ella a mí. Sin embargo, esto era radicalmente distinto. Daniela ya no me parecía un hombre o una mujer: era un ser especial, distinto, una suerte de musa que el destino me enviaba... y no podía desperdiciarlo.

Cada vez lo tenía más claro, tenía que descubrir a qué a sabía esa piel dorada, probar su olor, su tacto, sentir sus labios recorrer mi cuerpo. No importaba el día siguiente, para eso faltaba un mundo, ya llegaría el momento de preocuparse por ello. Con voz ronca que no parecía mía pero que sonó mucho más segura de lo que podría esperarse, la incité a terminar su seductor

striptease.

—Ahora, quítate las braguitas.

Daniela me miró fijamente, y tuve que hacer un esfuerzo para sostener su mirada. Por primera vez, me pareció notarla agitada, tan enardecida como yo por la situación. De pie ante mí y sin vacilar ni un segundo, mi amiga introdujo los pulgares en el elástico de su última prenda. Luego, despacio y acompasando el movimiento de sus caderas con el de sus manos, hizo que ésta se deslizara poco a poco a través de sus larguísimas piernas.

Tuve que reprimir una exclamación de sorpresa cuando vi su pubis totalmente depilado. Nunca había pensado que unos genitales pudieran resultar hermosos, siempre había pensado además que los atributos masculinos eran feos, ridículos y demasiado ostentosos. Sin embargo, la vagina de Daniela era dulce, delicada, parecía un animalito que daban ganas de acariciar y proteger. Sus labios mayores, perfectamente dibujados, eran la flor de un sublime oasis culminado por el poderoso monte de Venus. En cuanto a la propietaria de tal maravilla, lejos de parecer incómoda por la absorta atención que yo dedicaba a la más delicada parte de su anatomía, se mostraba orgullosa, la boca levemente entreabierta y el rosado color de las mejillas traicionando levemente su aparente tranquilidad.

¿Debía acercarme a ella, tocarla? Estaba a punto de hacerlo cuando Daniela, que a buen seguro estaba disfrutando tanto como yo de la experiencia, pareció deseosa de prolongarla un poquito más.

—¿Cómo quieres que me ponga?

—Pues...

De nuevo los nervios atenazaban mi garganta, cualquier pose me parecía perfecta, cualquier ángulo el apropiado para asistir al espectáculo. Girando

sobre sí misma, Daniela se apartó unos metros de mí con el pretexto de acercar una silla, momento que aproveché para admirar la dureza de sus glúteos y la rotundidad de sus caderas, más amplias y femeninas de lo que su esbelta figura pronosticaba.

No sin tristeza constaté que Daniela era una auténtica belleza. De nuevo, tuve la dolorosa certeza de que a su lado, por mucha minifalda y mucho maquillaje que empleara, yo siempre sería el patito feo del cuento. Sin embargo, ella, que podría tener a cualquier hombre o mujer que se propusiera, me había elegido a mí. Había tenido que cortejarme y llenarme de atenciones, y todo lo que había recibido por mi parte eran dudas y medias palabras.

Pero tan interesantes elucubraciones sobre los caprichos del juego amoroso se vieron bruscamente interrumpidos cuando mi amiga, entregada por completo a su papel de modelo erótica, empezó a adoptar las más dispares poses sobre la silla.

Sin hacerme de rogar, ebria yo también de sensualidad, me acerqué a ella cámara en mano, rodeándola, enfocando y disparando desde todos los puntos posibles. Ningún ángulo me parecía desfavorecedor, Daniela resultaba espléndida en su desnudez, y el hecho de que me la ofreciera sin exigir nada a cambio me enardecía de tal modo que a veces me costaba no caer rendida a sus pies, incapaz ya de resistir más aquella deliciosa tortura. No sabría decir durante cuánto tiempo estuvimos así, sólo sé que jamás habría sospechado que recorrer con la mirada un cuerpo de mujer pudiera provocar en mí tal exaltación de los sentidos.

—¿Nos hacemos una foto juntas?

Daniela parecía resistirse a dar por finalizado el juego, y mientras preparaba el automático de la cámara estábamos tan juntas que sus senos desnudos casi rozaban mi blusa y podía notar el calor que desprendía la piel de sus caderas.

—Ya está lista, ven conmigo.

Mi modelo particular me tomó de la mano, y las dos juntas corrimos sin aliento al otro extremo del salón, donde posamos enlazadas por la cintura esperando el primer disparo de la cámara. Tenerla en cueros a mi lado mientras yo permanecía completamente vestida le daba un toque morboso a la situación que a ninguna de las dos le pasó desapercibido. Deseaba abrazarla y tocarla como nunca antes había deseado a nadie, pero no me atrevía a ser yo la que tomase la iniciativa.

—Ahora, una sentadas —prosiguió ella, insaciable.

Tras ajustar de nuevo el dispositivo de la cámara, Daniela me pidió que me sentase en su cómodo sofá... y procedió después a sentarse en mi regazo. Siguiendo sus instrucciones, la rodeé con mis brazos sintiendo la tibieza de su cuerpo. Mi barbilla descansó suavemente sobre sus hombros, mi mano izquierda rozó accidentalmente uno de sus pechos, provocándome un escalofrío en absoluto desagradable.

Era liviana como una pluma, y yo apenas podía disimular el temblor de mi cuerpo. Cada poro de mi piel parecía preparado para dar el siguiente paso. Podía oler su aroma, sentir su calor a través de mi ropa, y era como estar cerca de una hoguera que quemaba sin producir dolor. El flash de la cámara saltó por sí solo de nuevo, pero ya apenas fui consciente de ello. Lejos estaba yo de adivinar que, en un futuro cercano, esa última foto se convertiría en mi más preciada propiedad...

Sin saber cómo, me doy cuenta de que estoy tumbada en el sofá y de que tengo a Daniela echada sobre mí. Sus labios besan mi cuello con pequeños picotazos que me hacen cerrar los ojos estremecida. Mis manos se deslizan por su espalda, y su piel me parece de una suavidad irreal, mágica.

Cuando Daniela empieza a forcejear con mi blusa me invade un momento de terror. Dios, ¿de verdad va a pasar?, ¿de verdad voy a hacer el amor con una mujer?! El último residuo de pudor o rechazo a tan innovadora idea desaparece momentáneamente cuando mi amiga consigue liberar mis pechos y siento sus labios succionando mis pezones: ¡qué maravillosa sensación!

Tengo que hacer un esfuerzo para no empezar a gemir, no recuerdo haber estado nunca tan excitada, jamás con Luis o con Alberto sentí esta flojera de piernas, este abandono que me convierte en una marioneta a merced de las caricias de mi amante. Y Daniela parece intuirlo, porque sin darme tiempo para recobrar me regresa hacia mi cuello, vuelve a besarme en los labios y me susurra palabras cariñosas mientras, más abajo, noto cómo me baja la cremallera de la minifalda.

Obediente, arqueo los riñones y le permito despojarme de la breve prenda pero, cuando intenta hacer lo mismo con las braguitas, un súbito temor que no consigo entender me obliga a retroceder, y con voz ahogada suplico:

—No... no...

Pero en realidad tampoco quiero que aquello pare, así que cuando Daniela entierra su cabeza entre mi blusa abierta yo pongo mis manos sobre su nuca y le devuelvo extasiada sus caricias. Mi respiración es tan agitada como si hubiera subido corriendo las escaleras de un ático, mi pecho sube y baja, mis pezones están duros como piedras y...

De pronto, sin previo aviso, una de las manos de Daniela se ha metido por dentro de mis bragas y ha avanzado despacio, como un animal temeroso de ser descubierto. Es abrasador, una parte de mí todavía se resiste y hago un tímido intento por detenerla, pero es tan delicioso notar cómo juega con mi abundante vello púbico, haciendo pequeños tirabuzones y acariciándolo como si se tratase de un gatito, que pronto me veo absolutamente privada de la menor

capacidad de resistencia.

Ahora, Daniela se tumba a mi lado y me hace girarme hacia ella. Las dos de costado, nuestros rostros quedan frente a frente y, mientras me besa en la boca concienzudamente, su mano traviesa avanza poco a poco en mi entrepierna, sin importarle en absoluto la ineficaz protección de mi ropa interior.

Cuando mi amante coloca la palma de su mano abierta sobre mi sexo, creo morir de placer. Cualquier parecido entre esto y lo que durante tantos años experimenté junto a Luis es mera coincidencia. Lo que antes era rutina, ahora es un abismo lleno de sorpresas; donde antes había un ligero temblor, ahora hay un verdadero terremoto.

Estoy totalmente sobrepasada. Daniela sigue besándome mientras su brazo izquierdo me rodea el cuello y me acaricia la espalda a través de la blusa que no ha conseguido quitarme del todo. Yo devuelvo sus besos del mejor modo del que soy capaz, porque ahí abajo, sus dedos parecen haber cobrado vida propia, y sin prisa pero sin pausa juegan alrededor de mi vagina, se insinúan, me rozan apenas... me quitan la vida.

No puedo evitar soltar un gemido profundo cuando noto que Daniela está entrando en mi interior. Con los ojos cerrados, giro mi cabeza con desconsuelo y separo las piernas levemente. No hay peligro ni posibilidad alguna de error, mi amante se muestra segura y dueña absoluta de la situación. Sin dejar de besar mi rostro con dulzura, encuentra mi clítoris y lo celebra como se merece. Se demora allí, le hace doblar su tamaño, lo masajea de un modo inconcebible.

Estoy sudando, jadeo de un modo que me da miedo, ¿qué me está pasando? Jamás había sentido nada parecido, nunca pensé que el sexo pudiera ser algo tan majestuoso, tan...

Todo mi cuerpo se convulsiona cuando Daniela me penetra. Sus dedos se

deslizan en mi interior como en un tarro de miel caliente, y no puedo ni quiero evitar que mi cuerpo entero se abra, se derrita, se rinda sin remedio ante su empuje. Aunque sé que es imposible, siento que Daniela se adentra más profundamente de lo que jamás hombre alguno ha hecho antes.

Sus dedos tienen vida propia, son a un tiempo delicados y fuertes, suaves y poderosos. Barrenan dentro de mí con un ritmo enloquecedor, entran y salen sin clemencia ni descanso. Noto acercarse algo indescriptible, un calor que inunda mi vientre y que me hace temblar de la cabeza a los dedos de los pies. Mi mano busca la mano libre de Daniela, mis dedos se enredan en los suyos y mi boca encuentra su boca cuando, entre sublimes espasmos, mis riñones se arquean, mi cuerpo entero se tensa como un arco y, asombrada ante tanta maravilla, disfruto del primer orgasmo de mi vida.

Estamos sentadas una junto a la otra en el sofá. Daniela sigue completamente desnuda, y yo conservo las braguitas y la blusa medio abierta. Mi amiga me mira atentamente, como intentando adivinar qué pasa por mi mente. Yo misma me siento anonadada por la naturalidad con la que ha sucedido todo. Apenas una hora antes, aún no me sentía preparada y, de repente, esto...

No es hasta pasados unos minutos cuando Daniela se atreve a romper el silencio:

—¿Estás bien?

¿Teme tal vez que me arrepienta de haberme dejado llevar? Mi éxtasis ha sido intenso, eterno, majestuoso, y ella no ha podido dejar de sentirlo. Sin embargo, su prudencia la lleva a mirarme con cautela, como si yo fuera un pajarillo al que el más leve contratiempo pudiera asustar y hacer salir huyendo. Al notar su preocupación, una oleada de ternura hacia ella me hace tomarla de la mano.

—Ha sido... puff.

Hago un gesto elocuente al hablar, y ella se ríe y parece relajarse al comprobar que, una vez pasado el embrujo del orgasmo, sigo allí a su lado. No sé muy bien qué hacer a continuación, temo no estar a la altura, no tengo su experiencia ni su determinación. Bajo la atención de sus sabias manos he sido feliz pero, ¿seré yo capaz de devolverle al menos la mitad de lo que me ha dado?

Sin embargo, Daniela no parece esperar nada a cambio, porque poniéndose en pie busca con la mirada los restos de su ropa, que están diseminados por toda la habitación, y sin dejar de sonreír me recuerda que hemos dejado el salmón fuera de la nevera:

—Nuestra cena corre peligro.

Me conmueve su falta de egoísmo, y un súbito impulso me hace saltar por encima de todos mis temores. Cogiéndola de nuevo de la mano, hago que se sienta otra vez junto a mí, y ahora soy yo la que la besa y, suavemente, la obliga a recostarse en el sofá.

—No es... necesario —susurra con una voz encantadora, aunque no del todo sincera.

No hace falta ser una experta para notar su respiración agitada y leer el anhelo en su mirada. En eso, somos iguales hombres y mujeres, pienso mientras beso su cuello y acaricio sus senos. Es sorprendentemente agradable tener el tacto de unos pechos que no son los míos en las manos. Su piel es tan suave que podría estar horas acariciándola, pero sus gemidos son ya tan evidentes que me impiden distraerme de mi labor.

No, no tengo experiencia y no me considero hábil en las tareas amorosas, pero de pronto confío en mi instinto y, como si lo hubiera hecho miles de veces, me

acercó a uno de sus pezones, lo beso, lo introduzco en mi boca y... ¡me encanta! Se ha puesto durísimo y ha doblado su tamaño en menos de un segundo, así que sin perder un instante repito la operación con su hermano gemelo, y el resultado es idéntico.

Una fuerza animal me arrastra, me parece que no soy yo la que, despacio, continúa besando la piel de Daniela, descendiendo centímetro a centímetro. Es delicioso encontrarme con su pequeño ombligo, y cuando hundo mi lengua entre sus pliegues, mi amiga se retuerce y suspira con un quejido cautivador.

Es otra Nuria la que actúa, una Nuria que me sorprende y asusta a partes iguales, pero a la que no puedo ni quiero dominar. Vagamente soy consciente de no haber perdido nunca el control como en ese instante, de haber hecho siempre el amor como siguiendo un código y unos pasos preestablecidos. Por primera vez, me siento libre y traviesa, con ganas de jugar y experimentar. Debajo de mí tengo un cuerpo desnudo, hermoso y caliente, y en ese preciso instante poco me importa que sea el de una mujer. Pertenece a alguien que me gusta, es el de una persona con la que me siento cómoda y dichosa... y estoy dispuesta a demostrarlo.

Como si fuera lo más natural en mí y llevara meses deseándolo, me sitúo entre las piernas de Daniela y beso despacio la cara interna de sus muslos. Un "oooh" de satisfacción por encima de mí me enardece tanto que tengo que contener mis deseos de hacer presa con los dientes y apretar. Poco a poco, me acerco al sexo de mi amiga, que parece abrirse como una promesa de placer infinito.

Al llegar a sus ingles, me detengo un instante y aspiro el inconfundible aroma. Jamás habría creído que pudiera resultarme excitante. No puedo evitar acordarme de Luis, de su machacona insistencia en conseguir de mí algo que en absoluto me atraía, y cómo, las pocas veces que accedía, lo hacía

intentando terminar lo antes posible y sin conseguir nunca que él se sintiera verdaderamente satisfecho. Ahora, nadie me exige, nadie me lo pide y, sin embargo... descubro asombrada que es a mí a quien le apetece hacerlo.

Cuando mis labios besan por primera vez su sexo, Daniela salta, se incorpora a medias y abre mucho los ojos.

—No tienes que...

Tarde. Mi lengua ha tocado a degüello entre sus exquisitos pliegues, y mi amante no puede mantener la compostura. Sin fuerzas, se derrumba de nuevo mientras gime, y sus pequeños hipidos no hacen sino incitarme a hurgar más adentro y más profundo. No entiendo qué me pasa, pero lo cierto es que yo misma empiezo a estar de nuevo muy excitada, y que mientras la beso con avidez y noto cómo sus fluidos inundan mi rostro, mi mano derecha ha descendido con autonomía propia, ha forcejeado durante unos segundos con el elástico de mis braguitas y, finalmente, ha desaparecido entre mis piernas.

Es imposible describir lo que sigue a continuación. Casi con violencia introduzco los labios de Daniela en mi boca, los lamo, los atrapo como si no fuera a soltarlos nunca. Mi lengua encuentra su clítoris, lo golpea, lo siente encabritarse. Me adentro en su interior con un movimiento de espiral, recorro cada centímetro de su vagina como si quisiera fijarla en mi memoria y, mientras hago esto, mis dedos dentro de mi cuerpo me anuncian otra vez la llegada insospechada del éxtasis.

Los gemidos de Daniela se confunden con los míos. Me gustaría meterme entera dentro de ella, fundir su sexo con mi boca en un solo ser. El orgasmo me sacude con fuerza, me hace encoger, disfruto por segunda vez en menos de una hora de lo que nunca había experimentado antes, pero no por ello interrumpo ni un instante mi apasionado beso.

Noto cómo se remueve Daniela debajo de mí. Sus músculos se tensan, su voz

se quiebra en un sonido parecido al llanto, sus manos en mi nuca me empujan hacia sí. Cuando su pelvis se iza levemente, aprovecho para hundirme más aún entre su pubis; me duele la lengua, estoy agotada, pero aun así continúo hasta el final, gozando de su orgasmo como si fuera mío, perseverando hasta que, poco a poco, su cuerpo pierde rigidez, se relaja y, finalmente, cae desvencijado y como muerto ante mí.

—Ay Nuria... ay Nuria... -jadea mi desfallecida amante-, ¡te quiero tanto!

Ha sido el mejor encuentro sexual de mi vida. Todavía con su sabor en mi boca, soy consciente de haber descubierto algo en cuya existencia no había creído hasta esa tarde. Sin embargo, soy incapaz de contestar nada.

Y la vida sigue

Alberto se mostró visiblemente desolado cuando le anuncié que lo nuestro se había terminado. Aunque notaba que algo no iba bien, de ningún modo se esperaba un desenlace tan abrupto. ¿Qué era lo que había hecho mal? No, no era culpa suya, yo me hacía enteramente responsable del fracaso de nuestra relación. ¿Acaso había conocido a una tercera persona? Por supuesto que no; simplemente, me encontraba en una etapa de la vida en la que necesitaba estar sola y pensar.

De ningún modo estaba mintiendo. Daniela no era la razón de nuestra ruptura, o al menos no la fundamental. Es cierto que mi amiga me había ayudado a quitarme el velo de los ojos: ahora sabía que no necesitaba a Alberto... aunque seguía sin saber qué necesitaba realmente. Por mucho que me gustara el sexo con Daniela, en el fondo de mí sentía que aquello era una simple aventura, una ruptura de las normas que por su novedad me resultaba especialmente atractiva, pero que por supuesto no podía durar. Al final, me repetía completamente convencida, todo volvería a la normalidad.

En cuanto a Belén, llevada días llamándome y dejándome mensajes por todas partes, pero por el momento estaba demasiado alterada como para contestar. Mi vieja amiga me conocía demasiado bien, y yo temía mucho nuestra próxima entrevista.

Desde que se había producido nuestro primer encuentro, la rutina era siempre la misma: después de trabajar, yo iba a su casa y pasaba allí la tarde. Hacíamos el amor durante horas y, sólo cuando era bien entrada la noche, Daniela me llevaba a casa y me despedía dentro del coche con un casto beso frente a mi portal.

Eran encuentros deliciosos y dotados de una magia inexplicable. Cada día descubría una nueva acepción de la palabra orgasmo; era como si a través del sexo me fuera dado descubrir facetas de mi ser que antes habían estado dormidas. Decididamente, aquel era otro deporte distinto al que tantas veces había practicado entre bostezos con Luis y para el que yo misma me consideraba ya poco menos que un caso perdido. Junto a Daniela, mi cuerpo experimentaba una miríada de sensaciones distintas cada tarde. Con ella todo era juego y misterio, los prolegómenos importaban tanto o más que el resultado final y el tiempo parecía quedarse en suspenso durante horas.

Cuando de pronto alguna de las dos reparaba en que hacía rato que el Sol había desaparecido, mi amiga sugería que me quedase a dormir en su casa, pero yo siempre le ponía alguna excusa. No quería que ella se engañara como Alberto: lo nuestro era una pequeña travesura sumamente placentera, pero que de ningún modo debía considerarse como una relación de pareja.

Por eso, cuando aquel sábado llegué a su casa y me encontré con la mesa del comedor preparada para una cena de cuatro personas, todos los nervios de mi cuerpo se pusieron en tensión al unísono.

—He invitado a un par de amigas a cenar, ¿te parece bien?

Daniela me miraba expectante y con un ligero rictus de preocupación. ¡Apenas hacía una semana que éramos... bueno, lo que quiera que fuésemos! Sin lugar a dudas se había precipitado, y sin que yo tuviera que decir nada ella misma se excusó por su torpeza:

—Lo siento, no debería haberlo hecho. Es que... les había hablado tanto de ti.

—¿No podrías cancelarlo?

—Viven muy lejos —Daniela parecía realmente apenada—, y a estas horas seguro que ya están de camino.

De ningún modo me sentía preparada para una “presentación en sociedad”. De buena gana me habría largado de allí en ese mismo instante, no podía explicarme cómo había podido ser tan torpe mi amiga, ¡ella que siempre parecía intuir mi estado de ánimo!

—Te prometo que será una cena rápida. Y luego —Daniela me guiñó el ojo con picardía- tengo una pequeña sorpresa para ti...

¿Qué tipo de embrujo ejercía sobre mí aquella joven? La sola mención a lo que sucedería cuando la inoportuna visita se marchase conseguía ponerme en un estado de ansiedad que apenas podía disimular. Había pasado de frígida a adicta al sexo en sólo unos días, aunque más bien debería decir... adicta a Daniela.

Y es que, en realidad, poco o nada había cambiado en mi concepción de la vida. No podía salir del armario por la sencilla razón de que seguía sin considerarme lesbiana. Lo que estaba pasando entre Daniela y yo era sólo una excepción, un paréntesis en mi vida, y jugar a las parejitas con dos mujeres casadas era lo que menos necesitaba en aquel momento.

Sin embargo, y a pesar de lo fácil que hubiera sido presionar a mi amante para que cancelara la cita, no tenía ninguna intención de hacer nada que estropeará el ambiente necesario para que su prometida sorpresa fuera un éxito.

—Nuria, éstas son Marta y Sonia.

—Eres guapísima —dijo Marta, o Sonia, mientras me besaba-, ahora entiendo por qué Daniela llevaba tanto tiempo detrás de ti.

En otro contexto, las palabras de la recién llegada tal vez me hubieran halagado, pero estaba tan confusa que todo lo que podía hacer era intentar componer una sonrisa más o menos aceptable y no decir nada inoportuno.

Dios, ¡ellas pensaban que yo era la novia de nuestra anfitriona! Se comportaban del mismo modo en que tantas veces mis amigas o yo misma nos habíamos conducido cuando alguien del grupo presentaba un chico nuevo. Todo eran atenciones, palabras medidas, miradas de reojo para dar “el visto bueno”.

¡Qué incómodo me resultaba todo! Yo no era como ellas, no entendía sus chistes ni la doble intención de sus palabras; no sabía lo que era un sitio “de ambiente”, nunca había estado en ningún colectivo homosexual y me parecía que sus problemas no me afectaban en absoluto. Yo era, simplemente, una mujer hetero que, un poco saciada de los hombres, tenía una aventura pasajera. Por decirlo de algún modo, era como una esposa enamorada de su marido que tiene unos cuantos escarceos sin importancia con el lechero. Por muy estimulante que sea su traición, en el fondo sabe que al final se quedará para siempre junto a su esposo.

¿Qué puedo decir sobre las amigas de Daniela? Por lo visto, se habían conocido en el instituto, así que llevaban juntas más de diez años, aunque sólo hacía dos que se habían casado. No me parecieron ni guapas ni feas, sencillamente eran chicas... y a mí no me gustaban las chicas.

Afortunadamente, y tal vez porque hubieran sido aleccionadas por Daniela, las dos fueron discretas en lo que se refería a mi pasado sentimental y no hicieron alusión alguna a mi recientemente descubierta afición lésbica. Hubiera sido terrible para mí tener que dar explicaciones que sin duda estaban fuera de mi alcance, pero a pesar de que las tres se esforzaron por incluirme en la conversación y hacerme sentir a gusto, durante toda la velada estuve envarada y rígida. No me gustaba que nos preguntaran qué pensábamos hacer esas vacaciones, que dieran por hecho que las pasaríamos juntas y que hacíamos planes como si fuéramos una sola persona.

A ratos, deseaba interrumpir su charla, levantarme indignada ante aquella encerrona y explicar que tan sólo estaba experimentando cosas nuevas, igual que una persona amante de la carne puede una noche probar el pescado para variar. Un par de veces abrí la boca dispuesta a dejar clara mi postura pero, en ambas ocasiones, mi mirada se detuvo un instante en el rostro de Daniela, y entonces tuve que enmudecer.

Mi amante estaba radiante aquella noche. Sus pupilas brillaban con luz propia, sus mejillas estaban encantadoramente sonrosadas, su sonrisa era amplia y sincera... y todo eso se debía a mí. Con frecuencia, su mirada buscaba la mía y, cuando lograba su objetivo, me sonreía siempre con gesto cómplice. Nunca la había visto tan bonita y tan feliz. Parecía orgullosa de presentarme a sus amigas y, si debía creer las palabras de éstas, llevaba hablándoles de mí desde mucho antes de nuestra primera cita.

Dios mío, ¡Daniela se estaba enamorando de mí! Pensar en ello me halagaba y repelía a partes iguales. ¿Cómo había podido pasar? ¿Hasta qué punto era yo culpable de que ella se hiciera falsas ilusiones? Nadie establece las normas a seguir al empezar una relación, y si alguno de los miembros de la pareja espera más de lo que el otro puede ofrecer... Es desesperante comprobar la irracionalidad del amor. Surge donde quiere y cuando quiere, sin motivo y sin justificación alguna. A veces basta un segundo y no importa tener al mundo entero en contra.

Ya no sabía qué hacer o qué decir; la charla de Sonia y Marta me resultaba intrascendente e insufrible. Ellas tenían suerte, habían encontrado una persona con la que conectaban, ¿tenían por eso que restregárselo al resto del mundo? Daniela y yo pertenecíamos al gremio de los corazones solitarios, y cuando ellas se fueran debería dejarlo claro. Por mucho que me gustara entrar en su cama, le debía al menos la sinceridad de exponerle mis verdaderos

sentimientos igual que había hecho con Alberto. ¿Qué sucedía conmigo últimamente? ¿Es que todos los que me rodeaban se quedaban prendados de mí?

Sin ver ninguna gracia en el asunto, decidí que en cuanto terminara la velada hablaría con Daniela y dejaría clara de una vez por todas la naturaleza de nuestra relación.

—¿No te han caído bien? Has estado muy seria.

—Sí, son muy agradables, es sólo que...

—Debería haberte consultado, lo siento de veras. No volverá a pasar.

Nunca hubiera supuesto, al inicio de nuestra relación, que de las dos yo sería la más fuerte. A pesar de mi falta de experiencia y de todo su mundo, en sus ojos leía claramente el miedo. Sí, Daniela tenía miedo de perderme, de cometer alguna torpeza irreparable. Se había dejado llevar por sus deseos, y ahora se arrepentía de haber dado un paso en falso que podía hacer girar el rumbo de nuestra historia. Era nuevo para mí tener esa sensación de poder que da el saber que la otra persona no puede pasarse sin ti, que necesita tu presencia tanto como el respirar o el comer. Una hora antes estaba dispuesta a poner punto y final a nuestros escarceos; ahora la veía tan hermosa, tan deseosa de complacerme, que me daba cuenta de que mi curiosidad por lo que pudiera ofrecerme estaba lejos aún de saciarse.

—No pasa nada —contesté sin faltar a la verdad—, es que pensé que íbamos a pasar la noche solas. ¿No tenías una sorpresa preparada para mí?

Al oír mis palabras, los labios de Daniela se relajaron y perdieron parte de la tensión que los atenazaba. Tomándome de la mano, me hizo seguirla en silencio mientras yo notaba asombrada cómo pueden cambiar los roles de un

instante a otro: cuando se trataba de amor, yo tenía el bastón de mando; en el dormitorio, Daniela era la maestra.

Y yo ardía en deseos de aprender.

Es algo que no deja de asombrarme. Con Luis, e incluso con Alberto a pesar de lo breve de nuestra relación, cada coito parecía el mismo coito, repetido una y otra vez en lo que podría ser una especie de día de la marmota sexual.

Con Daniela, por el contrario, cada encuentro es diferente y parece dotado de una significación especial. Casi parecería que obedece a una coreografía que mi amante ha diseñado especialmente para sorprenderme. Sin embargo, y al mismo tiempo, resulta evidente que para ella todo es natural, que le sale de dentro, y que cada sorpresa se debe tan sólo a lo mucho que le gusto y a la naturalidad con la que es capaz de disfrutar de su sexualidad. Siento envidia hacia ella. Daniela se deja ir cuando yo me sujeto, actúa cuando yo pienso, habla con su cuerpo mientras el mío calla.

Cada vez que entro en su cama lo hago sabiendo que voy a descubrir algo distinto, una nueva dimensión de entrega y comunicación entre dos seres. Esta misma tarde, quería romper con ella, ahora me parece mi más preciado tesoro. Sé que soy inconsistente, que mi humor varía a velocidad de vértigo, y eso me da miedo: me asusta tomar en caliente alguna decisión de la que pueda arrepentirme después.

De momento, me desnudo en silencio y aparco mis preocupaciones. Acurrucada entre las sábanas, aguardo a que mi amiga vuelva a mi lado; por lo visto, su sorpresa requiere cierta preparación.

No tengo que esperar demasiado. Daniela regresa del cuarto de baño envuelta

en su albornoz. Camina lentamente con los labios fruncidos en un gesto travieso y, cuando llega a mi altura, saca unas cintas de uno de los bolsillos... y me pide que le deje atarme las manos al cabecero de la cama. ¿Era ésa la sorpresa? Estoy un poco decepcionada, nunca me ha atraído el tema sadomaso y, la verdad, la creía más imaginativa.

—¿No confías en mí? —pregunta ella poniendo falsa cara de desconsuelo al ver mi gesto poco resuelto.

—Sí, claro.

Sé que no me he portado muy bien durante la cena, de modo que decido confiar en su sabiduría, recordando que, hasta la fecha, nunca he quedado defraudada. Así que en menos de un minuto tengo las manos atadas al cabecero y los tobillos a las patas de la cama. De este modo, mi cuerpo forma una equis, y cuando Daniela me despoja de la sábana con la que me cubría, me doy cuenta de que estoy a su merced, de que soy su juguete y puede hacer conmigo cuanto quiera... y la sensación resulta insospechadamente estimulante.

Pero Daniela se toma su tiempo antes de “abusar” de su víctima. Primero me observa despacio, se deleita en mis curvas, se regodea con la visión de mi piel desnuda. Experimento un pueril acceso de pudor cuando pienso que mi sexo, en aquella postura, queda completamente expuesto a sus miradas. Sin embargo, estoy privada de movimiento, no puedo hacer nada para protegerme ni para evitar lo que vaya a suceder a continuación.

Y por lo visto, todo va a empezar de un momento a otro, porque cuando se cansa de ese juego, Daniela se sitúa frente a mí a los pies de la cama y, con gesto teatral, deja caer su prenda. Por supuesto, está completamente desnuda, pero desde luego no es eso lo que me arranca una exclamación de asombro. Lo que me deja petrificada, lo que hace que mis ojos se abran como platos es ver que, atado a la cintura con algo parecido a un arnés... lleva lo que parece un

consolador enorme en forma de pene. Acabo de descubrir la sorpresa que llevaba aguardando toda la noche.

—¿Qué es eso? —pregunto sin dar crédito a lo que veo.

—Para ser una hetero practicante —sonríe ella disfrutando de mi desconcierto—, hay que darte muchas explicaciones.

Daniela se inclina sobre la cama y, andando a cuatro patas, se acerca hacia mí despacio sin dejar de sonreír, su nuevo miembro viril erecto entre sus piernas y apuntándome como un signo de exclamación.

—¿Qué vas a... hacer?

—Nena —dice usando una voz impostada y burlona—, te voy a follar como nunca te han follado.

Es la primera vez que me habla de un modo tan crudo y directo... y me gusta. De pronto me doy cuenta de que estoy muy excitada, ¿cómo puede ser posible? Cientos de veces he hecho el amor con hombres de verdad armados con penes de verdad, y nunca me había sentido tan dispuesta, tan impaciente. De hecho, cuando Daniela empieza a besarme despacio en el cuello, tengo que reprimirme para no decirle que no es necesario, que deseo con toda mi alma que me penetre de una vez, que me haga suya y que utilice mi cuerpo a su antojo.

Es una locura, pero ahora entiendo mejor algo que muchas veces me había preguntado cuando, viendo a una chica guapa y femenina junto a otra con aspecto masculino, me extrañaba de que a una lesbiana pudiera interesarle una mujer que a todos los efectos parecía un hombre. Para eso, pensaba, ¿no sería más normal relacionarse con un hombre auténtico?

La respuesta la tengo ahí mismo, porque cuando finalmente Daniela se coloca a horcajadas sobre mí, se acomoda entre mis piernas y, armada de su falo

postizo, me penetra hasta el fondo, siento un calor y una plenitud indescriptibles. No, no quiero un hombre, no me gusta aquello porque mi amante finja por unos minutos ser un semental masculino. Más bien me gusta porque es Daniela la que me somete y cabalga sobre mí, porque en todo ello hay algo de revolución y venganza, de transgresión de las normas, porque me vuelve loca que una chica tan hermosa como ella me posea, me haga suya, me lleve al éxtasis sin remedio.

Sí, Daniela es hermosa, resulta femenina incluso con un pene entre las piernas, podría llevar bigote postizo y seguiría siendo encantadora. Es delicioso ver sus pequeños pechos moverse acompañados al ritmo de sus embestidas, notar sus manos amasar los míos, saber que no puedo hacer nada por evitar cualquiera de sus caprichos...

Y sus caprichos me trasladan al cielo, porque ser domada por ella me resulta sensual, erótico, incluso delicado. Su rostro es tan dulce, sus manos sobre mi piel tan cálidas... ¿cómo podría un hombre igualar esto? Mi amante acelera el ritmo de sus caderas al notar mi desfallecimiento, su fantasmal falo se me hinca tan adentro que tengo que gritar mientras me muerdo los labios hasta casi hacerme sangrar. Entonces ella pone sus manos bajo mis caderas y me obliga a alzar el pubis, que queda más expuesto aún a su empuje.

Sin compasión, la hermosa amazona galopa sobre mí arrancándome gemidos entrecortados que sacuden todo mi cuerpo. Cuando el orgasmo me sacude ya no sé qué es Daniela. ¿Es un hombre, una mujer, o un regalo del destino? Exhausta, noto cómo ella se derrumba sobre mí sin dejar de besar mi cuello. Tras concederme unos minutos para recuperar el aliento, oigo su voz susurrando con anhelo en mi oído.

—¿Cambiamos de posición?

Empiezo a creer que no me será tan sencillo prescindir de ella.

—Llevo varios días llamándote, parece que jugamos al ratón y al gato.

Belén me miraba con una sonrisa que dejaba bien a las claras lo mucho que deseaba tener aquella conversación... todo lo contrario que yo. Al final, después de muchas evasivas, no me había quedado más remedio que acceder a tomar un café con ella. Después de todo, seguía siendo mi mejor amiga y no podía evitarla eternamente.

—Tengo muchas cosas que contarte —dijo saltando casi en su silla-. ¿Sabes?, estoy saliendo con un chico.

Sus palabras se me clavaron como dardos envenenados. Belén hacía lo que la sociedad esperaba de ella, empezar una relación con un hombre, algo que podía durar un mes... o toda la vida. ¡Justo lo que yo necesitaba! Me sentí ridícula, humillada y fuera de lugar. Mi amiga tenía una relación seria y en cambio yo... tuve que tragar saliva antes de poder contestar.

—Vaya, no sabía nada... ¿y desde cuándo?

—Hace casi un mes. Últimamente has estado tan *ocupada* que no he tenido oportunidad de contarte nada.

—Puff, vaya sorpresa —dije fingiendo que no había captado la ironía de su tono- ¿y cómo se llama, dónde le has conocido?

Me costaba un esfuerzo ímprobo actuar con naturalidad. Que Belén siguiera en la vida el camino correcto parecía poner mi comportamiento más en entredicho, y de pronto me sentí ultrajada y a la defensiva sin motivo alguno.

—Se llama David y le he conocido en el gimnasio. ¡Es un sol, te va a encantar!

—Seguro que sí —acerté a murmurar entre dientes.

Pocas veces me había sentido tan molesta, me parecía que hacía muchísimo

calor, no conseguía sentarme con comodidad y las manecillas del reloj pasaban con una lentitud exasperante.

—Bueno, y tú dime, ¿qué tal con Daniela?

Aunque lo esperaba, aquel segundo mazazo no pudo ser más inoportuno. De lo último que me apetecía hablar era de mi relación con Daniela, porque además sabía que ellas dos hablaban con frecuencia y podía imaginar perfectamente las conclusiones a las que Belén habría llegado: que éramos una pareja feliz, que estábamos viviendo un sueño y que ambas teníamos mucha ilusión puesta en nuestra relación.

—Bien –fue mi escueta respuesta.

—Ay hija, qué poco comunicativa. Ella cuenta maravillas de ti.

Por eso no quería quedar con Belén, ¿cómo podía mostrarse tan torpe una persona que me conocía desde que éramos niñas? ¿De verdad pensaba que lo mío con Daniela era algo de lo que se pudiera hablar como si tal cosa? Esto no tenía nada que ver con su relación con el tal David, se trataba de algo completamente distinto; era lógico por su parte hablarme de su nuevo novio pero yo... yo me moría de vergüenza al pensar que ella sabía lo que había hecho con Daniela. Dios mío, ¿y si mi amante le había contado que...? Un sudor frío me invadió al pensar que tal vez Belén estuviera al corriente de los detalles más escabrosos de nuestros encuentros.

En momentos así era cuando deseaba cortar con Daniela de una vez para siempre. ¿No podíamos tener nuestra relación en secreto? Al fin y al cabo, ¿qué éramos nosotras? Dos personas que disfrutaban juntas del sexo, eso era todo. De ningún modo había un sitio para ella en mi vida personal, era ridículo planteárselo siquiera. Por eso aquella tarde, sentada con Belén en una cafetería, miraba incómoda a mi alrededor temiendo que alguien pudiera escuchar nuestra conversación.

—Está siendo... divertido —dije finalmente sin encontrar la palabra que estaba buscando.

—¿Divertido? —Belén parecía alarmada e incluso enojada-. ¿No tienes nada más que decir?

—¿Qué más quieres que diga?

Ahora era yo la que empezaba a notar crecer la ira en mi interior, y eso era algo que empezaba a ser habitual en mis entrevistas con Belén. ¿Qué demonios quería mi amiga, que me pusiera en pie y confesara a voz en grito que me estaba acostando con una mujer?

—Lo que pase entre Daniela y yo es sólo asunto nuestro.

Mi tono fue más glacial de lo que yo misma me había propuesto, y Belén se removió inquieta en su asiento.

—Está bien, te pido disculpas. Pensé que entre nosotras no había secretos.

Así había sido hasta hacía poco, y por un instante estuve tentada de pedirle perdón. Sin embargo, permanecí obstinadamente en silencio. Era lo mejor, sin duda: si hablaba con Belén de mi relación de Daniela con la misma libertad que tenía ella para hablar de David, ¿qué sería lo siguiente?, ¿contarle todo a mis padres? Antes me dejaría arrancar las uñas que llegar a ese punto.

Aunque me dolía despedirme de aquel modo de Belén, no puse objeción alguna cuando ella llamó al camarero y le pidió la cuenta. Nuestra entrevista no había durado más de media hora, algo impensable en los tiempos en los que yo era una persona de conducta sexual irreprochable.

—Prometo no volver a molestarte con esto —dijo Belén cuando estuvimos ya en la calle-, pero sí quisiera pedirte una cosa.

¿Otro de sus impertinentes consejos? ¿Acaso le decía yo a ella cómo debía

comportarse con su pareja? No sabía qué le hacía pensar a Belén que podía convertirse en la voz de mi conciencia, pero intentando controlar mi irritación, me dispuse a escuchar lo que tuviera que decirme.

—Me gustaría que fueras sincera con ella.

—¿Qué te hace pensar que no lo soy?

—Pues, la verdad, comprendo que estés un poco sobrepasada con todo esto, pero da toda la impresión de que... te avergüenzas de algo.

Supongo que lo que más me molestaba de Belén era que, en realidad, siempre acertaba con sus intuiciones sobre mí.

—No me avergüenzo en absoluto. Simplemente, es una relación pasajera y sin ninguna importancia.

Belén me miró con una infinita tristeza al oírme decir esto, y lo que más me dolió fue tener la horrible certeza de que, más que por Daniela, sentía pena por mí.

Esa noche, lloré mucho en la cama antes de dormirme. Cada paso que daba me parecía erróneo y me hacía alejarme de mi propio carácter, habitualmente dulce y sosegado. Una nueva Nuria desconocida para mí estaba surgiendo, y su temperamento no me gustaba en absoluto, pues era mentirosa, egoísta y sumamente irascible. Y lo peor era no saber qué hacer para salir de aquel embrollo, porque ninguna de las soluciones me parecía aceptable.

¿Ser sincera y confesar a mis seres queridos que estaba ilusionada por mi relación con otra mujer? Ni pensarlo, me moriría de vergüenza, sería incapaz de soportar la presión de saber que estaba asestando a mis padres un golpe mortal. ¿Dejar de ver a Daniela? La solución parecía más sencilla de llevar a cabo, pero me resultaba igualmente cruel y poco satisfactoria.

Me había acostumbrado a sus besos, a su charla alegre y desenfadada, a meterme en su cama con la sensación de estar haciendo algo prohibido pero maravilloso. ¿Por qué no podíamos seguir como estábamos en ése momento? Las dos éramos felices y lo pasábamos bien juntas, ¿por qué tenía que enterarse nadie de la verdadera naturaleza de nuestra relación?

¡Qué maravilloso habría sido vivir las dos juntas en una isla desierta!

La isla habitada

—Hola... ¿qué tal todo?

—Bien, ¿y tú?

—Con mucho trabajo.

—Vale, pues... hasta luego.

—Hasta la vista.

Era horrible cruzarse con Alberto en la escalera, y últimamente pasaba con una frecuencia sospechosa, ¿estaría forzando él nuestros encuentros? Y si eso era cierto... ¿no podría el universo entero olvidarse un poco de mí durante una temporada?

Por lo visto no, porque cuando llegué a casa de Daniela (ella nunca me pedía explicaciones de por qué yo evitaba que nos viéramos en la mía) encontré a mi amante en pijama, con aspecto de haber dormido poco y con una expresión que barruntaba problemas.

—¿Sucede algo?

—No sé, dímelo tú.

Aquello era completamente nuevo: Daniela en versión depre y con pinta de querer montar una escena. De algún modo, me pareció más humana y real, aunque no tenía idea de qué podía estar pasándole por la cabeza.

—Lo siento –apunté con timidez-, pero no sé qué...

—Así que la nuestra es una “relación pasajera y sin ninguna importancia”.

Maldita Belén, había estado tan sumida en mis propias dudas e incertidumbre que no lo había visto venir. Ahora, tenía delante de mí a Daniela con cara de muy pocos amigos, y debía pensar rápido si quería salir de aquel atolladero.

—Bueno, ya sabes cómo es Belén.

—No, no lo sé, ¿cómo es Belén?

Su tono era acusador, estaba visiblemente dolida, ¿tan importante era para ella nuestra aventura?

—Vamos Daniela, no le des más trascendencia de la que tiene. Después de todo, apenas llevamos dos semanas juntas.

—¿Apenas dos semanas? ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Es que es el calendario el que quita o da significado a una relación?

Ahora sí que parecía indignada, y por un segundo no supe qué contestar, así que me limité a aguantar su chaparrón de reproches.

—Pensé que habíamos conectado de verdad, ¿cuánto tiempo necesitas tú para notar estas cosas? ¿Crees que llevo a todas las chicas a París, crees que me implico tanto con cualquiera?

—No sé qué decir, yo...

—Después de todo lo que hemos compartido estos días –dijo de repente en un tono desolado que me conmovió-, creí que lo nuestro iba en serio.

—Tienes que perdonarme –me excusé-, todo esto es muy nuevo para mí, trata de comprenderlo.

—Creo que he sido muy comprensiva contigo, paciente y respetuosa. Ahora trata de serlo tú conmigo.

Notaba que estábamos entrando en un terreno minado, pero no acertaba a adivinar por dónde podía venir su inminente ataque.

—Te guste o no tendrás que tomar una decisión –continuó recuperando de golpe su entereza-. No puedes seguir con tu táctica del avestruz eternamente.

—No entiendo qué quieres decir.

—Joder Nuria, follamos como locas, nos reímos juntas, nos llamamos constantemente, ¿qué más quieres?

—Pues... simplemente quiero que todo siga igual.

Daniela se acercó a mí y me besó antes de continuar. Tenía una expresión triste, aunque en el fondo de sus pupilas podía distinguir un atisbo de esperanza al que traté de asirme.

—Para mí no eres un simple polvo Nuria. No me hace falta estar un año a tu lado para saber cuánto me importas.

No estaba preparada para eso, no sabía qué responder ni cómo comportarme. Una parte de mí la veía sólo a ella y deseaba estar a su lado eternamente, pero otra veía a mis amigos, a mi familia y mis compañeros de trabajo, y eso me bloqueaba de un modo exasperante. Daniela me miraba esperando una respuesta, ella necesitaba saber que me importaba, que no era sólo el sexo lo que nos unía.

Paradójicamente, la única manera en la que supe comunicárselo fue estrechándola entre mi brazos y empujándola hacia el sofá mientras con voz desmayada alcanzaba a susurrar:

—Te deseo... te deseo tanto...

Nos hemos quitado la ropa mutuamente con furia, como si el tiempo no nos alcanzase, y esa sensación de premura hace que este encuentro me parezca dotado de un simbolismo especial. ¡Es extraordinario poder distinguir tal riqueza de matices al tocar a otra persona! Comparado con esto, lo que hacía con Luis o con Alberto tiene el mismo erotismo que besar una estatua de mármol.

Durante los minutos que duran nuestras batallas amorosas, me siento capaz de cualquier cosa, sé que la amo y que podría matar por ella. El problema viene después, con la vuelta a la realidad. Es entonces cuando pienso que esto es sólo sexo, que no puedo permitir que me afecte de un modo personal. Pero, ¿cómo conseguir eso cuando tienes a tu lado al ser más encantador de la tierra?

—No, espera, échate en el suelo, así.

Ejerciendo de maestra de ceremonias, Daniela me hace tumbarme cuan larga soy sobre la tarima, y el contacto de mis nalgas y mi espalda sobre la madera no me resulta desagradable. Supongo que habríamos estado más cómodas en su cama, pero nuestra urgencia es tal que las dos comprendemos que sería una tarea superior a nuestras fuerzas llegar hasta allí.

Como siempre, me dejo guiar por ella, entre otras cosas porque me encanta jugar a ser la chica torpe que necesita ir descubriendo el mundo con su ayuda. Entre jadeos, mi amante pone sus manos sobre mis rodillas y abre mis piernas hasta donde le es posible. Luego, se acomoda lo mejor que puede, sentándose y cruzando sus piernas con las mías. Al principio no sé lo que pretende, hoy no lleva puesto el arnés con el consolador, y sólo cuando nuestros respectivos sexos entran por primera vez en contacto, comprendo que no es imprescindible un pene para que dos personas gocen al unísono.

¡Qué sublime sensación, sentir su humedad sobre la mía, saber que mi vagina está rozando con la suya! Es un momento mágico y totalmente inesperado para mí, jamás pensé que la mera proximidad de alguien especial me produjera tal relámpago de un modo instantáneo. En efecto, ha sido tan intenso como sentir una descarga eléctrica, una descarga que recordaré el resto de mi vida.

El único problema es que, tumbada como estoy, no acierto a ver qué puedo

hacer, aparte de aguardar instrucciones. Pero mi preocupación pronto desaparece: todo resulta mucho más sencillo de lo que en principio me había parecido. Con habilidad, Daniela empieza a mover sus caderas, y el delicioso vaivén que siento me hace abrirme como una flor, arquear los riñones y proyectar mi pelvis hacia la suya para lograr la mayor superficie posible de contacto. Lo siento por la vanidad masculina, pero me basta un instante para comprender que el tamaño no importa y que una mujer no necesita ser penetrada con un misil tierra aire para ser feliz. Por el contrario, el mero hecho de ver a Daniela tan cerca de mí, el sentir que nuestras oquedades se han encontrado y que vamos a alcanzar el orgasmo las dos juntas, me pone en un estado tal de excitación que incluso tengo que pedir a mi compañera que vaya un poco más despacio.

—¿No te gusta? —me pregunta con viva decepción.

Por toda respuesta me incorporo, la beso como nunca he besado a nadie y, a continuación, recupero la posición inicial, intentando que la unión de nuestros cuerpos sea tal que ya nunca nos podamos separar.

Noto su calor sobre mi clítoris, intento buscar el suyo con los labios de mi sexo abierto y rezumante. Abrazada a una de mis piernas, Daniela mueve sus caderas con un ritmo pausado que me enloquece, a un lado, al otro... No puedo soportarlo: como mis manos no llegan hasta ella pellizco mis propios pezones, gimo, lloro, suplico sin consuelo. ¿Es posible que cada sesión erótica con mi amiga me parezca más intensa que la anterior? ¿No será un engaño de mis sentidos? Soy incapaz de responder a eso, sólo puedo seguir moviéndome, cada vez más cerca, cada vez más empapada y embriagada de felicidad.

El estallido tiene tal poder que me deja mareada. Ha llegado como si viniera desde muy lejos, anunciándose poco a poco pero soltando luego toda su fuerza con una contundencia incontestable. Se me antoja eterno, perfecto, y cuando

poco a poco recupero la conciencia de mi cuerpo, entre brumas logro ver que Daniela sigue moviéndose, emitiendo pequeños hipidos y gozando de su propio éxtasis.

Obsequiosa, hizo mis nalgas y me pego a ella tanto como puedo.

Hasta que conocí a Daniela, el sexo siempre había sido una parte secundaria de mi vida. De hecho, creo que en otro tiempo podría haber dicho sin mentir que todo parecía razonablemente perfecto una vez que concluía mi participación en tales lides. La vida volvía a tener color y el problema quedaba aparcado hasta que Luis, días después, se acercaba de nuevo a mí zalamero.

Ahora, curiosamente, sucedía exactamente al revés. Mientras duraban nuestros escarceos, todo me parecía perfecto, el mundo era un lugar maravilloso y los problemas no existían. Sin embargo, cuando me recuperaba del último orgasmo, empezaban los miedos, la realidad se imponía y poco a poco se iba diluyendo lo que minutos antes me había parecido sublime.

Aquella tarde no fue una excepción, y cuando ya vestidas y con una pizza entre medias Daniela me miró con seriedad, supe que la conversación que habíamos tenido esa misma tarde estaba lejos de haber quedado zanjada:

—Quiero que hagas algo por mí.

Mis ojos la interrogaron en silencio, pues la prudencia me aconsejaba esconder mis cartas tanto como me fuera posible.

—Quiero que me demuestres que no te avergüenzas de lo nuestro.

Empezaba a ser irritante, ¿por qué no le bastaba a ella con la calidad de los momentos que pasábamos a solas? En los tiempos que vivimos parece que la gente no puede ser feliz si no comparte con el mundo entero cada instante de su

vida. Aunque sabía que mis reproches no eran del todo justos, intenté eludir el problema que Daniela me planteaba:

—Para mí no es tan fácil como crees. Si conocieras a mis padres y al resto de mi familia lo entenderías.

—No te estoy pidiendo que salgas del armario. Ésa es una decisión muy personal que sólo a ti te corresponde y que no puedo obligarte a tomar.

—¿Entonces?

—Sólo te pido que no reniegues de lo nuestro. A veces tengo la sensación de que una parte de ti censura lo que hacemos.

Aunque sabía perfectamente a qué se refería, preferí fingir que no entendía de qué me estaba hablando.

—Con mis amigas, con Belén... las tres saben perfectamente lo que hay entre nosotras, las tres lo aprueban y, sin embargo, también con ellas te muestras esquiva y reacia a admitir la verdad.

No pude objetar nada a sus palabras; una cosa eran mis padres y otra Belén, ¿por qué incluso con ella me parecía preferible ocultar la impactante aventura que estaba viviendo?

—Tienes razón, lo siento. Te prometo que el próximo día que veamos a tus amigas me comportaré de un modo más natural.

—Me alegra oír eso, pero más que ellas me preocupa Belén. Últimamente vuestras relaciones no han sido muy fluidas y sé que está disgustada. ¿Por qué no la llamas y quedamos las tres juntas? Así podríais hacer las paces.

—¿Las tres juntas? Está bien, como quieras.

Ya creía haber salvado la situación sin haber sufrido demasiados daños cuando Daniela, pensando unos segundos, añadió mirándome con picardía:

—O mejor aún, podrías llamarla e invitarla a cenar fuera el viernes. Dile que lleve a su nuevo novio, así podremos conocerle.

Una angustia inexplicable pero imposible de obviar me invadió al oír sus palabras, ¿una cena de parejas en un lugar público! No podía ser, era demasiado pronto para eso, Daniela tenía que comprenderlo.

—Respóndeme a una pregunta —insistió sin embargo ante mis torpes excusas—. Si tú estuvieras saliendo todavía con Alberto y supieras que Belén había empezado una historia con un chico, ¿cuánto tardaríais en quedar juntos los cuatro?

De nuevo me sentí sin argumentos. En ese caso, yo misma habría organizado el evento lo antes posible. Lo malo era que no podía reconocerlo abiertamente sin ponerme en evidencia, así que todo lo que pude hacer fue guardar silencio y bajar la mirada.

—Si ni siquiera puedes hacer eso por mí —dijo entonces mi amiga con un tono de voz que me asustó—, tal vez deberíamos plantearnos si merece la pena que sigamos viéndonos.

Como de ningún modo quería dejar de ver a Daniela, no me quedó más remedio que llamar a Belén y concertar una cita de parejas para ese mismo viernes.

Llegados a este punto, soy consciente de que puede haber quien piense que soy una boba por temer tanto un encuentro tan inocente. Es posible que así sea, pero si se piensa que he recibido una educación tradicional, que yo misma siempre había deseado casarme y formar una familia y que hasta hacía menos de un mes jamás había creído tener (al menos conscientemente) la menor inclinación homosexual... entonces, tal vez, se entienda mejor el rechazo con

el que esperaba la llegada de nuestra doble cita.

Había una idea que no conseguía quitarme de la cabeza. Belén y yo nos conocíamos desde niñas, nos lo contábamos todo sin tapujos y compartíamos secretos, alegrías y tristezas. Siempre recurriamos la una a la otra para contarnos nuestros problemas con los hombres y ahora, de repente y ya cerca de los treinta, yo iba a conocer a su novio y ella a mi... ¿novia?

¿Era eso lo que me provocaba tanto miedo? Quizá el hecho de trascender las cuatro paredes de la casa de Daniela le diese una dimensión nueva a nuestra relación, como si lo que hasta ese instante aún se podía calificar de simple pasión sexual empezase a tener ramificaciones mucho más profundas.

Fuese cual fuese el verdadero motivo de mi desasosiego, lo único cierto es que cuando salí aquella tarde me sentía con los nervios a flor de piel, y que de buena gana habría puesto cualquier excusa y me habría quedado encerrada en casa y sin responder siquiera al teléfono.

Para colmo de males, en el portal me encontré con Alberto, que celoso y encandilado al verme tan arreglada intentó conseguir una cita conmigo “por los viejos tiempos”.

Su mueca de decepción al escuchar mi negativa me acompañó durante todo el camino.

Como era habitual en ella, Belén llegaba tarde, así que mientras esperábamos Daniela y yo pedimos una copa en el bar del restaurante. Mi amante estaba espectacular: llevaba un vestido rojo escotadísimo que dejaba sus hombros desnudos y permitía contemplar el nacimiento de sus senos, y al verla lamenté profundamente no poder pasar la noche a solas con ella en su apartamento. Para consolarme, razoné que, si quería que hubiera más visitas a su casa,

aquel era el módico precio que tenía que pagar.

En cuanto a mí, y como mi armario (el de la ropa) era mucho más reducido que el de Daniela, repetía el conjunto de blusa y minifalda con el que había triunfado la ya lejana tarde de nuestro partido de tenis, aquella en la que mi vida empezó a cambiar sin remedio.

—Odio la costumbre de Belén de llegar siempre tarde —protesté pasando por alto que yo tampoco solía ser muy puntual.

—Cálmate Nuria, estamos aquí para pasarlo bien.

—Es que parece que su tiempo vale más que el nuestro.

Daniela me miró reprendiéndome. Habíamos acordado que aquella primera salida juntas desde el inicio de nuestro romance debía servir para relajarnos, no para crear tensiones, así que intenté serenarme. Al fin y al cabo, sólo seríamos tres chicas y un chico que salen de marcha una noche de viernes, ¡lo más natural del mundo!

Finalmente, Belén apareció con casi media hora de retraso. Tras ella, venía un hombre moreno, alto y bastante atractivo, lo que de un modo inexplicable me resultó irritante.

—Chicas, éste es David; David, éstas son mis amigas, Nuria y Daniela.

David nos besó a las dos y se excusó por habernos hecho esperar. ¡Qué extraña me sentía! ¿De verdad estaba sucediendo aquello? Sin duda, el joven estaba al tanto de la relación que nos unía a Daniela y a mí. Podía imaginar perfectamente sus pensamientos, “éstas son las bolleras, qué desperdicio de hembras”. Sólo faltaba que, durante la cena, el muy cretino nos hiciera alguno de los tópicos comentarios que sólo a un estúpido pueden ocurrírsele: ¿quién hace de hombre?; ¿de verdad sois lesbianas? ¡si sois guapísimas!; a lo mejor es que no habéis conocido al tío adecuado...

Casi le odiaba cuando nos sentamos a la mesa, aunque supongo que debería decir que en ese instante odiaba al mundo entero. Belén me había mirado de soslayo, sin atreverse a decir nada que pudiera molestarme, y ahora estábamos allí los cuatro, y ella tenía un hombre mientras que yo me había presentado acompañada por una mujer... ¿cómo podría explicárselo a mi madre si apareciera en ése momento?

A mi pesar, pronto tuve que reconocer que David no sólo era guapo. Siendo justa debía reconocer que también resultó un buen conversador, simpático y deseoso de agradar. Si le extrañaba nuestra relación, lo ocultó a la perfección. Mientras yo me torturaba tratando de imaginar qué pensaba de mí, él se limitaba a comer con buen apetito y, cuando nos hablaba, nada en su forma de mirarnos hacía suponer que nos juzgara o se sintiera incómodo a nuestro lado. Eso me ayudó a relajarme, y el delicioso vino blanco que entraba con una facilidad pasmosa (y al que habría que sumar la copa que me había tomado previamente en el bar) hizo el resto.

Poco a poco fui incluyéndome en la conversación, y cuando llegó el segundo plato incluso llegué a reír una o dos veces con sinceridad. Tal vez, sólo tal vez, el mundo no fuera un lugar tan malvado. A lo mejor a nadie le importaba mi vida, que después de todo sólo a mí me pertenecía. Si sólo iba a vivir una vez, razoné, ¿no debería poder elegir libremente cómo quería hacerlo?

Sintiéndome un poquito reconciliada con cuanto me rodeaba, me serví un poquito más de vino.

—Ten cuidado Nuria —rió Belén-, tú no estás acostumbrada.

—Belén se pone muy graciosa cuando bebe —intervino David poniendo su mano sobre la de mi amiga.

Parecían muy felices juntos, y darme cuenta de eso me hizo sentir un poco tonta, porque lejos de preocuparse por mi vida sexual, quedaba claro que

David estaba más bien interesado en la suya propia. Supongo que es frecuente creernos el centro del universo cuando en realidad para los demás somos generalmente tan insignificantes como una mota de polvo.

De reojo, miré al joven y a Daniela alternativamente: los dos resultaban especialmente atractivos. Décadas de educación me habían enseñado a preferir a David pero, por alguna razón, mi corazón me decía ahora lo contrario, mi instinto empujaba contra corriente y mi cuerpo se rebelaba sin que yo se lo pidiera. Realmente, aquel hombre era guapo y varonil, podría gustar a cualquier chica. Sin embargo, Daniela era... era...

—Belén me ha dicho que lleváis poco tiempo juntas.

Por primera vez alguien hacía alusión al tema que me obsesionaba desde que había empezado la velada, y como mis dos amigas parecían andar con pies de plomo, tuvo que ser David quien lo pusiera sobre el mantel. En su descargo debo decir que lo hizo de un modo tan natural que, para mi sorpresa, no me hizo sentir molesta, o al menos no tanto como había temido.

—Mañana hacemos tres semanas —respondió mi amante mientras consultaba con atención la carta de postres.

Entonces sucedió algo que no esperaba y que me quitó el aliento porque, justo cuando el camarero llegó hasta nuestra mesa, Daniela puso su mano sobre la mía y me preguntó sonriendo:

—¿Qué te parece si compartimos el tiramisú?

Me quedé de piedra. Afortunadamente, no es tan extraño ver a dos simples amigas cogidas de la mano. Aun así, no creo que Daniela pueda adivinar nunca hasta qué punto tuve que recurrir a toda mi fuerza de ánimo para no evitar su contacto. Para ella tal vez resultase algo insignificante, pero para mí aquel gesto encerraba toda una revolución: suponía levantarse contra las normas,

desafiar al mundo y reconocer de una vez por todas que yo era distinta de lo que parecía a simple vista.

Cuando el camarero tomó nota y se retiró, reanudamos nuestra charla... pero por lo visto Daniela no tenía ninguna intención de soltarme.

—¿Y cómo os conocisteis?

La pregunta de David hizo que me pusiera un poco colorada, así que para disimular mi turbación me serví otro poquito de vino.

—En un cumpleaños en casa de Belén —respondió Daniela, a la que evidentemente aquel tema de conversación no incomodaba en absoluto—, aquella noche había espantado ya a varios moscones...

—Sí —rió David—, a veces resultamos unos plastas, te pido perdón en nombre del género masculino.

—Te perdonamos, tú nos resultas simpático. El caso es que estaba a punto de marcharme cuando, sentada en una silla y apartada del bullicio de la fiesta, vi a la chica más bonita del mundo.

Mientras hablaba, Daniela había entrelazado sus dedos con los míos y su pulgar había empezado a trazar cariñosos círculos sobre el dorso de mi mano... cosa que no pudo pasar desapercibida al camarero que solícito nos traía los tiramisús. Saber que las caricias de mi amante sólo podían tener un significado y que era imposible confundirlas con una inocente amistad me produjo una extraña sensación, de incomodidad pero también de... sensualidad.

Sí, sensualidad, porque fuese o no por efecto del vino, lo cierto era que jamás Daniela me había parecido tan seductora y apetecible. Sus dedos entre los míos me anticipaban placeres que sin duda llegarían pocas horas después, y el saber que era yo la persona a la que dedicaba sus atenciones me producía una

gran satisfacción y un innegable... ¿orgullo?

¡Qué confusa estaba! Había bebido demasiado, de otro modo no se podía explicar que, en apenas un par de horas, mi hostilidad inicial hacia aquella cita se estuviera transformando en una especie de idílico cuento de hadas. Tenía que ir con cuidado, no probar una gota más de vino y no hacer ni decir nada de lo que pudiera arrepentirme al día siguiente.

Sin embargo, no podía evitar que en aquel instante todo me pareciera perfecto, hasta tal punto que, cuando de nuevo estuvimos solos los cuatro, descubrí que me apetecía enormemente seguir escuchando de labios de Daniela palabras tan lisonjeras para mí.

—Pero aquella noche no se acercó a ella —terció Belén.

—No, sabía gracias a ti que no era el momento adecuado, así que me conformé con observarla atentamente. En lo primero que me fijé fue en sus vertiginosas curvas —todos rieron mientras yo me ponía del color de la grana— pero lo que me hizo enamorarme de ella fueron sus oscuros ojos tristes, su mirada lánguida y su boquita en forma de corazón.

De pronto todos estaban muy serios. Las palabras de Daniela me traspasaban de lado a lado, ¿era posible el amor a primera vista? Yo nunca lo había creído, pero lo cierto es que ella había ido a por mí con una determinación impensable, sobre todo teniendo en cuenta mi supuesta heterosexualidad.

Sin decir nada más, mi amante se inclinó hacia mí y me besó fugazmente en los labios. Fue un beso delicioso, tan tierno y natural que olvidé preocuparme por si nos habían visto desde las otras mesas. Belén nos sonreía afectuosamente, mi cerebro era un bullir constante de ideas contradictorias y mi corazón latía agitado.

Si me hubieran preguntado en ese instante, habría contestado sin ninguna duda

que estaba enamorada de Daniela.

—Estás arrebatadora.

—Tengo un poco de celulitis —reconozco con gesto compungido.

—Ni siquiera lo había notado. Pruébate otro.

Por primera vez, estamos en mi casa. Los últimos días me he sentido tan próxima a Daniela que he sido yo misma la que la ha invitado a cenar en mi pequeño apartamento. Si nos descubre Alberto... mala suerte, no puedo seguir escondiéndome de él eternamente.

Ebria de excitación, me dirijo a mi cuarto mientras Daniela, en vaqueros y con una camisa de hombre que por alguna extraña razón le hace parecer incluso más femenina, aguarda cómodamente sentada en mi salón con una copa de wiski en la mano. Ella misma ha puesto un poco de música de fondo y después me ha pedido que le haga un pase de ropa interior, y aunque al principio experimento un poco de vergüenza al desfilas en bragas y sujetador para ella, pronto descubro que el juego es mucho más de mi agrado de lo que hubiera imaginado.

Lo malo es que no tengo demasiados modelitos apropiados para tales circunstancias, así que mientras me quito el conjunto que llevo puesto examino mi vestuario y lamento no ser una chica más coqueta. Estoy segura de que Daniela podría estar horas probándose para mí su ropa interior, ¡soy tan sosa!

Es un sentimiento nuevo el que me recorre por dentro: por primera vez... tengo miedo de perderla. Hasta hacía poco, tenía el convencimiento íntimo de que aquello era algo pasajero que no podía prolongarse mucho, pero desde la cena con David y Belén, algo ha cambiado en mí. Día a día me noto más en sintonía con Daniela, cada vez me parece que la necesito más... cada vez soy

más feliz a su lado.

Desechando un fugaz presentimiento de desastre inminente que no acierto a interpretar, me pongo un conjunto de seda negro que sólo he utilizado una vez. Con los hombres, al menos con los que yo he conocido, un juego como aquel acabaría prácticamente nada más haber empezado. Con ellos todo es premura, precipitación, necesidad de explotar y liberar tensiones. Con Daniela, por el contrario, sé que el clímax llegará poco a poco, que la atmósfera irá cogiendo temperatura progresivamente y que, por tanto, voy a tener tiempo suficiente para disfrutar de mi condición de modelo de lencería.

—Ummmm, me encanta.

—¿De veras?

Yo misma me he visto bonita en el espejo de mi habitación. Llevo un sostén que realza mis generosos pechos, y aunque hoy me parece que tengo un poco más de tripita de lo habitual, creo que mi figura resulta sexy y provocativa. A juzgar por la expresión de Daniela mientras me paseo delante de ella una y otra vez, no soy la única que lo piensa.

—Tengo uno más atrevido, ¿me lo pruebo?

—Por supuesto —contesta ella mientras da un sorbo a su copa y me guiña el ojo con complicidad.

A saltitos salgo del salón y vuelvo a mi cuarto. He dejado para el final lo mejor, un modelito de color rojo que me compré para una noche especial con Luis... y que nunca llegué a estrenar. De hecho, tengo que quitarle la etiqueta antes de ponérmelo. El sujetador es tan mínimo que me cuesta enfundar mis pechos en él; últimamente, parecen más voluminosos y firmes que nunca. En cuanto a la braguita, es incluso más pequeña que la parte de arriba. Por detrás se limita a una simple tira que se oculta por completo entre mis nalgas, y por

delante, requiere que dedique unos cuantos minutos para esconder mi abundante vello púbico. En otro momento, habría pensado acomplejada que Daniela, con su pubis depilado y su elegante figura, luciría mejor que yo este conjunto tan provocativo. Sin embargo, últimamente todo parece sonreírme, así que cuando me miro en el espejo no puedo dejar de asombrarme: ¿de verdad soy yo ese bombón que me devuelve la mirada sonriente?

—¿Nuria? —oigo entonces su llamada.

Mi amante se impacienta, y tratando de imitar a las modelos profesionales salgo a su encuentro. Con una desinhibición que desconocía poseer, camino delante de ella, paso por su lado, llego hasta el final del salón...

—¡Guau! Estás... increíble...

Los ojos de Daniela hablan por sí solos, y su placer al contemplarme enciende mi cuerpo como una tea. Disfruto de cada segundo como si fuera el último, me contoneo como una gata en celo, subo una pierna sobre una silla y me pongo de espaldas para que admire la rotunda redondez de mis glúteos. Para mi pesar, es el último de mis modelos, después de aquello no podría seguir el desfile con las bragas y sujetadores que llevo a diario a la oficina.

—Lo siento —me excuso volviéndome hacia ella-, ya no me queda nada que probarme.

—Pues es una pena —sonríe-, tengo que llevarte sin falta a una tienda de lencería que conozco.

Una semana antes, la idea de ir juntas a semejante lugar me habría parecido inadmisible. Esta noche, me apetece tanto que casi tengo deseos de vestirme y salir corriendo con ella para poder así reanudar nuestro juego.

Sin embargo, Daniela parece tener mejores planes que yo, porque después de dar otro sorbo de wiski (apenas se moja los labios, estoy segura de que sólo

se ha servido la copa para crear más ambiente) me mira arrugando la naricilla y me dice con voz suave:

—Ahora, desnúdate.

En sus labios, esas simples palabras me parecen dotadas de un erotismo infinito. De algún modo, estamos viviendo la situación inversa a la de nuestra primera noche juntas, cuando Daniela posó para mí mientras la fotografiaba. Hoy es ella la espectadora y yo la protagonista, y enseguida descubro que me muero de ganas de que mi amiga me contemple desnuda de un modo largo y prolongado.

Sin hacerme de rogar, libero mi torso del ajustado sujetador y mis senos aparecen erguidos y orgullosos a su vista. Noto los pezones erectos sin que siquiera me haya tocado, y sin esperar a que me lo pida me inclino y me despojo también de la minúscula braguita. De pie ante ella, me estremezco cuando siento su mirada recorrer despacio cada centímetro de mi piel. Ardo en deseos de sentarme en su regazo, de que me toque con esas manos suaves que son capaces de afinar mi cuerpo como un músico su instrumento. Sin embargo, permanezco quieta, disfrutando del momento y dispuesta a cumplir cualquiera de sus órdenes.

—Ahora —dice entonces tragando saliva y sin moverse-, acaríciate para mí.

—¿Qué?

Creo que no la he entendido, y durante unos segundos me parece que Daniela va a echarse a reír. Pero no lo hace, y cuando vuelve a hablar sus palabras me golpean como un latigazo.

—Quiero que te masturbes para mí.

Decididamente, esta mujer va a terminar conmigo. Yo, que siempre he sido conservadora y poco imaginativa en materia sexual, a su lado me siento como

una niña que no sabe nada de la vida. Esta vez, no obstante, me temo que me pide algo imposible:

—No... no puedo.

—¿Por qué? —me pregunta con una expresión de sincera extrañeza.

—Pues... me da vergüenza.

—¿Vergüenza? —Daniela sonrío de un modo encantador y cálido-. A mí me encantaría hacerlo para ti, ¿nunca lo has probado?

Niego con la cabeza, acomplejada por mi propia inexperiencia, ¡si supiera qué pocas veces he recurrido a la autosatisfacción! Y lo peor es que, esas pocas ocasiones, el fracaso fue total.

—Cariño —sigue Daniela sin moverse de su sitio-, tocarse delante de tu pareja es algo delicioso, ¿quieres que lo haga yo primero?

Un poco asustada, trago saliva. Por mucho que me extrañe a mí misma, lo único cierto es que en ese preciso momento me siento muy excitada. La idea de ver a Daniela acariciarse para mí es tan sugerente que me pregunto cómo no se me ha ocurrido antes. Estoy tentada de aceptar su oferta pero entonces, de repente, algo hace click en mi interior.

En efecto, en alguna parte dentro de mí hay una nueva Nuria, todavía pugnando por salir pero dando ya puñetazos para romper las ataduras. Por primera vez en mi vida me siento audaz, valiente y decidida.

—No —respondo con voz apenas audible-, voy a... voy a probar yo primero.

Estoy aterrada. Daniela se ha arrellanado en su sillón, ha dado otro sorbito a su wiski y ha puesto tal expresión de concentración que me siento taladrada por su mirada. Siempre de pie, me llevo una mano a mis pechos y, abriendo ligeramente las piernas, coloco la otra sobre mi pubis con la sensación de

estar haciendo algo ilegal.

Despacio, con los ojos cerrados y convencida de que todo va a ser un fracaso, acaricio mis senos y noto cómo los pezones se endurecen con una vivacidad insospechada. Mi respiración es lenta pero agitada, mi pecho sube y baja, estoy nerviosa y segura de que me va a ser imposible...

Yo misma me sorprendo cuando compruebo la humedad de mi vagina. He introducido un dedo allí de un modo mecánico y rígido, pensando en acabar cuanto antes con aquello, y de pronto me he dado cuenta de que la sensación ha sido sumamente placentera.

Jamás lo habría sospechado, ¡siempre me ha costado tanto entrar en situación! Ahora, curiosamente, me siento tan estimulada que pronto un segundo dedo ha acudido en ayuda del primero, y cuando un gemido ahogado escapa de mis labios me pregunto sorprendida si he sido yo quien lo ha emitido.

Mi amiga no pierde detalle de la operación, su barbilla se ha descolgado y ha dejado su vaso en el suelo. Con las manos sobre los brazos del sofá, crispas sus dedos con fuerza cuando ve los míos entrar y salir con cadencia creciente. En apenas un instante, he alcanzado tal grado de ebullición que tengo que detener un poco el ritmo, asustada de mí misma.

—Termina —me dice Daniela sin aliento y con un rubor encantador en las mejillas—, termina...

Jadeando, retomo mi trabajo, pero esta vez abro los ojos y fijo mi mirada en sus dulces pupilas de color azul. Es arrebatador tocarme así para ella, y no sé cómo de repente noto que mis dos manos están entre mis piernas, acariciando mi vello, rozando los labios de mi vulva, entrando y saliendo de mis entrañas mientras mi cuerpo entero parece recorrido por un seísmo.

Sólo la suave música de fondo acompaña los ruidos de mis convulsiones. Mis

senos tiemblan como flanes, mis muslos están tensos como cuerdas de arco y mis fluidos los empapan con su inconfundible olor, y es un olor de desafío, de victoria y de incontestable amor a la vida.

Por unos segundos pierdo el contacto visual con Daniela. Soy incapaz de atender a otra cosa que no sea mi propio placer, es increíble que su mera presencia me sirva para alcanzar tales cotas de goce. Disfruto de un orgasmo corto pero de una intensidad brutal, los dedos de mis pies se arquean y creo que voy a caerme, los mechones rebeldes de mi pelo saltan sobre mi frente, mi vientre se inflama y me parece el centro del universo.

Cuando finalmente recupero la compostura, me acerco a Daniela, que me mira con ojos brillantes y extasiados. Nunca me he sentido tan dichosa, y al sentarme en su regazo pienso maravillada que eso es sólo el principio de la noche.

—Ahora —digo con voz todavía entrecortada—, te toca a ti.

Los días que siguieron fueron los más felices de mi vida. Daniela y yo pasábamos juntas todo el tiempo que nos era posible, y todo parecía perfecto entre nosotras. Teníamos inquietudes similares y, a pesar de nuestra diferencia social, parecíamos hechas la una para la otra. A las dos nos encantaba dar largos paseos por el centro de la ciudad, ver películas antiguas mientras comíamos palomitas abrazadas y despertarnos pronto por la mañana para aprovechar el día.

Nunca pensé que fuera posible acostumbrarse tan deprisa a algo tan nuevo. Apenas llevábamos un mes juntas y ya me parecía increíble que fuera yo la misma que había malgastado tanto tiempo en su relación con Luis. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

De cualquier modo, seguía sin considerarme lesbiana. Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que, en realidad, todo se limitaba a encontrar a la persona adecuada. En mi caso ésa persona había resultado ser, por caprichos del destino, una mujer, pero suponía que perfectamente podría haber sido un hombre. Por supuesto, así mi vida hubiera sido mucho más sencilla.

Y es que sólo había un nubarrón para tanta felicidad: mi familia. Ya no me importaba lo que pensase de mí Alberto, ya no temía reconocer ante Belén lo mucho que me gustaba Daniela, ya no me ocultaba a mí misma los verdaderos sentimientos que mi amante me provocaba. Pero, por lo que se refería a mis padres, seguía igualmente bloqueada. El mero hecho de pensar que alguien conocido pudiera vernos, que algún vecino hablase con ellos y les contase con quién andaba su hija últimamente, me ponía en tal estado de ansiedad que necesitaba sentarme y respirar hondo unos minutos hasta recuperarme.

Sin embargo, todo era tan nuevo y perfecto aquellos días que enseguida olvidaba mis preocupaciones. La diosa fortuna parecía haberse encaprichado conmigo, tenía a mi lado a una persona maravillosa y era fácil pensar que todo se iría arreglando como por arte de magia. Necesitaba concentrarme en ser feliz y creer que mi felicidad sería eterna, y durante unos días pareció que podría conseguirlo.

Pero entonces, sobrevino el desastre.

El desastre

El viejo doctor me miró con una sonrisa paternal antes de darme la noticia:

—Enhorabuena señorita, está usted embarazada.

Poco podía imaginar él lo que significaban para mí esas simples palabras. ¿Embarazada?, ¿cómo era posible? Siempre había tomado las precauciones debidas y, después de años junto a Luis sin ningún problema, de pronto me pasaba esto.

Salí de la consulta en tal estado de agitación que a punto estuve de ser atropellada por un autobús. ¡Embarazada! Tanto tiempo soñando con ser madre y me pasaba justo en esas circunstancias, ¿sería una jugarreta del destino? Debía serenarme y pensar con calma lo que debía hacer a continuación.

Por supuesto, ni por un segundo me planteé la posibilidad de interrumpir el proceso, y en este caso no puedo achacar la decisión a la presión de mi familia. Como he dicho, hacía años que deseaba tener un niño entre mis brazos, y sólo la ambigüedad de mis relaciones con Luis me había impedido lanzarme a dar el paso. Ahora, aunque no lo había planificado y me parecía el peor de los momentos, de pronto me encontraba encinta, y por muchos quebraderos de cabeza que ello me supusiera lo único que tenía claro era que el aborto no representaba una opción para mí.

Una vez decidido este asunto, otros mucho más problemáticos aparecían en el horizonte. ¿Debería decírselo a Alberto? Un sudor frío recorría mi cuerpo al pensar en ello. Normalmente, los hombres no tienen un instinto paternal muy marcado, pero aun así me parecía poco honesto por mi parte ocultarle algo tan importante, teniendo en cuenta además lo interesado que parecía en mí.

Pero no era la reacción de mi vecino la que más me preocupaba, porque mucho más que lo que él tuviese que decir me inquietaba saber cómo

reaccionaría Daniela a la noticia. No porque pudiera sentirse traicionada o algo similar, al fin y al cabo nunca había vuelto a tener relaciones con Alberto después de nuestro primer encuentro, tras el famoso partido de tenis. En ese sentido, ella no podía reprocharme nada, pero no por eso me sentía más tranquila. Por más que lo intentaba, no conseguía intuir cuál sería su respuesta: ¿se alegraría, tendría el mismo deseo de ser madre que yo? ¡Daniela era tan independiente y llevábamos tan poco tiempo juntas!

De cualquier modo, lo que me mataba, lo que me hacía sentir unas náuseas que a buen seguro no se debían tan sólo a mi estado, era preguntarme cómo podría darles la noticia a mis padres. Si el mero hecho de saber que su niña se había quedado preñada sin estar casada ya iba a suponer una tragedia de tintes griegos, ¿qué sucedería si yo me sinceraba y confesaba no tener ningún interés en el padre? Por supuesto, quedaba descartado durante un tiempo indefinido hacer la menor mención a Daniela, salvo que planeara matar a mis progenitores de un disgusto y heredar antes de tiempo.

Pasé la noche dando vueltas en la cama intentando encontrar la mejor solución al problema. Era una pena que Belén estuviera de viaje con su nuevo novio, porque incluso su apoyo me faltaba en un momento tan delicado para mí. Ninguna decisión me parecía la correcta; tomase el camino que tomase, siempre habría alguien que saldría perjudicado. Era imposible contentar a todo el mundo, y pensar que algo tan hermoso como era gestar una nueva vida llegara acompañado de tal preocupación hacía que las lágrimas cayeran sin consuelo por mis mejillas.

Estaba tan asustada que, en realidad, ni siquiera me había preguntado qué era lo que deseaba yo realmente.

Me temblaban las piernas cuando llegué a casa de Daniela al día siguiente.

Nada más verme comprendió que algo grave sucedía, y alarmada me hizo sentarme y me ofreció un vaso de agua.

—Cariño, estás blanca como el papel, ¿qué sucede?

No había una manera suave de explicar lo que me tenía en tal estado, así que sin más preámbulos y mirando al suelo como una niña pillada en falta, confesé mi secreto:

—Estoy embarazada.

Ya estaba dicho, y de inmediato me sentí un poco más aliviada, aunque jamás habría podido adivinar que, el día tantas veces imaginado en que le soltaba a mi pareja las dos grandiosas palabras... resultase completamente imposible que ésta fuera el padre. En cuanto a Daniela, me miraba con tal expresión de sorpresa que me vi impelida a dar unas explicaciones que no había solicitado.

—Te juro que no he vuelto a estar con Alberto, es que tengo unas reglas muy irregulares, al principio no me asusté y...

—Pero cielo —me cortó ella—, eso es maravilloso, es una noticia excelente.

Ante mi asombro, Daniela me dio un tierno abrazo y me besó el cuello y las mejillas mientras con sus manos acariciaba mi vientre y mis pechos:

—Ya me parecía a mí que estas dos bellezas habían crecido mucho últimamente.

Ni en el mejor de mis sueños habría podido imaginar que mi amiga reaccionara de un modo tan entusiasta. La idea no sólo no parecía incomodarle sino que, incluso, podría decirse que estaba radiante de felicidad.

—¿No... no te importa que...?

—¿Importarme? Me encantan los niños, pero por motivos obvios no ha sido fácil para mí conseguir uno de esos diablillos. Ahora, de repente apareces tú y

llevas dentro un regalo inesperado, ¡es perfecto!

Estaba tan contenta que por un momento me sentí contagiada de su alegría. ¡Qué bonito podría ser, criar las dos juntas a nuestro bebé, olvidándonos del mundo y de todos sus habitantes!

—Tengo que llamar a Lourdes para contárselo, lo siento pero no puedo esperar.

Antes de que pudiera detenerla, mi amiga cogió el teléfono y llamó a su única hermana, de la que me había hablado en alguna ocasión. Siempre habían estado muy unidas, y aunque desde hacía dos años vivían en ciudades diferentes, hablaban casi a diario y no tenían secretos la una para la otra.

Con una mezcla de dicha y desasosiego la oí comunicar la buena nueva. Daniela hablaba de mí como si ya fuéramos una pareja sólida y estable, pero aunque su reacción me infundía fuerza y me llenaba de satisfacción, un runrún de inquietud seguía lacerando sin piedad mis nervios, ¡ojalá mi familia fuera tan comprensiva como la suya con nuestra situación!

Cuando colgó el teléfono, Daniela volvió a estrecharme entre sus brazos, levantándose en alto y haciéndome girar a su alrededor.

—Tienes que instalarte aquí cuanto antes, ya verás lo bien que te voy a cuidar. Mi hermana me ha prometido venir a conocerte la semana que viene y...

—Escucha Daniela, yo...

—¿Sí?

Su sonrisa se había congelado, pero aún no había desaparecido del todo. ¡Dios, cuánto amaba ese rostro, y qué complicado me parecía todo!

—Tendría que... decírselo a Alberto —dije sin saber muy bien cómo empezar.

—Por supuesto —reconoció ella tras pensarlo unos segundos—, me parece justo.

Si decide implicarse, no podemos dejarle de lado. En caso contrario, no te preocupes, mi situación es muy desahogada.

—Eres un encanto, no sé qué decir.

—¿Pensabas que iba a abandonarte? —Daniela volvió a arrimarse a mí y, esta vez, me besó en los labios antes de continuar-. Por si aún no lo has notado... te quiero.

¿Por qué sentía tanta tristeza en un momento que era sencillamente perfecto? Llevaba en las entrañas un inesperado milagro y estaba junto a la persona más importante de mi vida, ¿cómo era posible sentir tanto miedo?

—Sé que es un poco pronto para esto pero... —de pronto Daniela hincó teatralmente una rodilla en el suelo antes de seguir hablado- Nuria Román, ¿quieres pasar el resto de la vida conmigo?

Entre bromas, mi amiga me proponía algo serio que sin duda ella deseaba sin vacilación. Ahora sí que estaba a punto de echarme a llorar. ¡Cómo me hubiera gustado ser tan valiente como ella, ser capaz de ponerme el mundo por montera y seguir simplemente mi propio instinto! Lamentablemente, yo no era así, y por más que rebuscase en mi interior no era capaz de encontrar las fuerzas que necesitaba.

—¿Sucede algo?

Daniela había vuelto a levantarse y ahora me miraba muy seria, aguardando mis palabras con inquietud.

—Yo... yo te quiero pero...

—No, no, no. No me hagas esto Nuria —exclamó entonces negando con la cabeza desconsoladamente-, todo iba tan bien, no dejes que esto...

—No quiero cortar contigo —aseguré sin aliento-, sólo quiero...

—Qué? ¿Qué es lo que quieres?

Era una buena pregunta, y para no variar ni siquiera yo sabía la respuesta correcta. Llevaba un día entero dándole vueltas y no había sido capaz de tomar una decisión definitiva. Yo amaba a Daniela, pero más aún amaba a mi hijo, y tal vez debiera ser éste mi única preocupación. ¿No sería más adecuado para él vivir en un hogar tradicional, con un padre y una madre? No podía exponerle a una sociedad hipócrita y cruel, ni privarle de la presencia de sus abuelos maternos, que a buen seguro me repudiarían si llegasen a conocer la verdad sobre mi vida.

—¿No podríamos seguir como hasta ahora? —pregunté con angustia sabiendo que la vida se me iba detrás de cada palabra.

Daniela suspiró profundamente y se sentó con la cabeza entre las manos. Cuando volvió a levantar su rostro hacia mí, vi su mirada velada por la preocupación pero al mismo tiempo más firme que nunca.

—La semana que viene vendrá mi hermana, ¿querrás conocerla?

—Claro —aseguré con sinceridad—, por supuesto.

—Luego, en menos de quince días cogeré las vacaciones —siguió Daniela con un tono tenso que me daba miedo—. ¿Me llevarás a conocer a tus padres?

Su pregunta se me clavó como un cuchillo. Me faltaba el aire, tenía que hacer unos esfuerzos brutales para no echarme a llorar y las piernas se negaban a sostenerme. Con un hilo de voz, contesté a su pregunta en un tono apenas audible:

—No puedo hacer eso... lo siento.

Daniela volvió a levantarse y empezó a caminar a mi alrededor a grandes pasos mientras yo cedía a las lágrimas sin remedio. Estaba irritada conmigo misma por mi falta de coraje, pero al mismo tiempo sabía que no había

solución posible: algo me bloqueaba y ni en un millón de años sería capaz de tomar una decisión como la que me pedía mi amiga.

—Comprendo que es duro Nuria, pero se trata de tu vida, no puedes dejar que otros decidan por ti.

—Yo te quiero —contesté con voz desgarrada—, pero trata de entenderme, para ti es fácil...

—¿Fácil? ¿De verdad crees que mi vida ha sido fácil?

Nunca la había visto tan enfadada. ¿Me creía yo que mi estúpido pueblecito natal era el mayor de los problemas? Ella había tenido el mismo miedo que yo muchas veces, el mismo deseo de negar la realidad y esconder la cabeza para rehuir los problemas. Pero siempre había sabido sacar fuerzas de flaqueza, y el premio merecía la pena: la libertad y la posibilidad de escoger sin importarte las consecuencias.

—Por favor, Nuria, no me eches de tu lado —dijo entonces volviendo a abrazarme y recuperando toda su dulzura.

—Pero yo no quiero echarte... es que...

Creo que sólo entonces cobró forma en mi cabeza la solución que antes apenas había intuido. Yo podría convencer a mi familia de que no amaba al padre de ese niño y de que prefería cuidarlo sola. Eso sería un golpe para ellos, pero confiaba en que poco a poco podrían superarlo. Nadie tendría por qué conocer mi relación con Daniela, nos veríamos siempre que fuera posible, guardaríamos nuestro amor para nosotras solas y...

—Escucha Nuria —mi amante había vuelto a separarse de mí, y de inmediato me pareció sentir que un abismo aterrador se instalaba entre nosotras—, sé que te prometí ir a tu ritmo, pero tengo treinta años, y hace ya mucho que me juré a mí misma que no volvería a esconderme.

Estaba en el medio del salón, atenta a sus palabras y convertida en estatua de sal. Cada sílaba era un puñetazo en mi estómago, cada gesto una daga que acababa con mi vida. Sin embargo, no era capaz de coger lo que me ofrecía, y una parte de mí se rebelaba contra mi propia conformidad, que me hacía rendirme sin luchar por lo que realmente me importaba.

—Yo te adoro Nuria, pero no puedo aceptar lo que me propones. No quiero perderme el primer cumpleaños de tu hijo, ni su primera enfermedad. No puedo estar con una persona que se avergüenza de mí y no puedo ayudarte a educar a un niño enseñándole que ser diferente es malo y hay que ocultarlo.

Mis propias lágrimas me impedían ver su rostro mientras me hablaba, pero no me hacía falta para saber que ella también estaba llorando. No de un modo evidente y con hipidos, como yo, pero seguramente con el mismo sentimiento de fracaso. Haciendo un esfuerzo, recuperé parte de mi energía y conseguí articular una pregunta que era más un lamento y una petición de auxilio:

—Entonces, ¿se acabó?

—Eso depende de ti —contestó ella despacio y con una tristeza infinita—, siempre encontrarás mi puerta abierta... pero te quiero demasiado como para conformarme con tus migajas.

No podía creerlo, ¿de verdad me estaba despidiendo de ella para siempre? Me parecía que era otra persona la que recogía el bolso, la que echaba una mirada desconsolada al sofá donde por primera vez... ¡era demasiado injusto! Si ella me amaba y yo le correspondía, ¿qué estúpida ley humana podía separarnos? Todo era tan sencillo y complicado al mismo tiempo...

Con pasos desfallecidos pasé por su lado y, sin mirarla, me fundí en un abrazo con ella. Sentí su cuerpo trémulo de emoción, y durante unos segundos cerré los ojos y me quedé acurrucada como un pájaro bajo la tormenta, ¡hubiera dado cualquier cosa por quedarme allí para siempre! Sin embargo, algo tiraba

de mí, un hilo invisible pero de acero compuesto por años de educación, por el rostro severo de mi madre, por el temor a ir a contracorriente y ser objeto de burla, por el deseo de ofrecer a mi hijo un hogar estable y absolutamente irreprochable.

Cuando cerré la puerta de Daniela a mis espaldas, tuve que apoyarme sobre la madera para no caer. El momento bisagra había pasado, y yo lo había dejado escapar.

Alberto y yo nos casamos dos meses después. Mi vecino reaccionó de un modo parecido al de Daniela ante la noticia: nunca se había planteado seriamente ser padre, pero reanudar nuestro romance le pareció tan increíble que no se paró a pensar en mi extraño comportamiento de los últimos tiempos.

En cuanto a mis padres, como imaginaba montaron en cólera al saber que su única hija iba por ahí acostándose con hombres sin estar casada. Alberto no les gustó especialmente, pero era mejor que nada (y desde luego mucho mejor que una chica) así que poco a poco las aguas parecieron volver a su cauce. Yo gozaba de buena salud, engordaba día a día y mi embarazo marchaba a la perfección. Mi marido era atento y cariñoso conmigo, me hacía el amor con pasión y me colmaba de atenciones.

Con Belén, sin embargo, perdí definitivamente el contacto.

—Has tardado mucho en venir a la cama.

—Estaba recogiendo la cocina.

Las manos de Alberto cubren mis pechos pesadamente a través del camisón. ¿Cuánto hace de nuestro último coito?, ¿tres, cuatro días? En silencio, a oscuras y de un modo que se me antoja mortalmente repetitivo, mi marido

acaricia con torpeza la cara interna de mis muslos durante unos minutos.

Luego, se remueve en la cama y se sitúa encima de mí. Todavía podemos hacer el amor en la postura del misionero, aunque pronto lo abultado de mi vientre me obligará a ser yo la que se coloque encima. Noto su pene adentrarse en mi interior sin demasiadas contemplaciones. Alberto resopla sobre mi cuello, besa mis senos y embiste.

Ya tengo decididos el nombre del bebé: Irene si es niña y Alejandro si es chico. También he mirado un par de guarderías, estas cosas hay que planificarlas con tiempo, que luego sólo quedan plazas en los peores sitios y...

—Ufff, uff, cariño... ha sido bestial.

Alberto se derrumba a mi lado y sigue acariciándome despacio. Sabe que nunca he sido muy apasionada, pero incluso en la oscuridad no puede dejar de notar que cada día estoy más ausente.

—Es el embarazo, estoy muy cansada —digo girando hasta darle la espalda.

Durante un rato me abraza desde atrás, los dos de costado y su mano acariciando mi vientre hinchado. Luego, con un suspiro que no sé muy bien cómo interpretar, gira sobre sí mismo y vuelve a su lado de la cama.

Ninguno de los dos merece esto.

Cuatro años después

Me separé de Alberto poco después del segundo cumpleaños de Irene. Sólo puedo hablar bien de mi ex marido: en esta historia es una víctima cuyo único pecado fue el de quererme demasiado como para hacerse preguntas. Cuando la situación se volvió insostenible, de común acuerdo decidimos que era mejor divorciarnos mientras nuestra hijita aún era lo suficientemente pequeña como para no resultar muy afectada.

A mi familia le costó aceptarlo, pero al final tuvieron que reconocer que era mejor tener dos padres que viven separados pero se tratan amistosamente cuando se ven, que dos padres que se gritan y discuten continuamente. Además, como Alberto se mostró tan magnánimo al repartir nuestros bienes (aceptó dejarme la casa sin exigir que le devolviera lo que había puesto durante nuestros dos años de convivencia) mi situación resultó ser menos peliaguda de lo que hubiera podido pensarse.

Eso sí, tuve que admitir que mis padres se instalaran durante una temporada conmigo. En el pueblo nadie sabía nada de mi divorcio, y como lo cierto era que no me venía mal una ayudita con la niña, acepté su oferta sin poner objeciones. Además, tenía a Irene, que era el cielo hecho persona, llenaba mis días y daba sentido a mi vida.

Por las noches, sin embargo, me sentía perdida, fracasada y ruin. Nunca le pedí perdón a Alberto por la puñalada que le asesté a traición, nunca tuve una charla entre amigas con Belén para solucionar nuestros problemas, nunca olvidé a Daniela...

A veces, cuando todo el mundo estaba acostado y sabía que nadie podía descubrirme, encendía el ordenador en mi cuarto con la sensación de estar cometiendo un pecado. En una carpeta encriptada y de difícil acceso, tenía guardado el que era, después de Irene, el mayor de mis tesoros: la foto de

Daniela desnuda en mi regazo, la última que nos hicimos cuatro años antes.

Había borrado todas las demás fotos que conservaba de nuestro mes de relaciones, pero un impulso extraño me había impedido deshacerme de ésta. Supongo que era un modo de demostrarme a mí misma que mi recuerdo era real y no un producto de mis anhelos frustrados. ¡Qué guapa estaba Daniela, y qué bonito era su cuerpo desnudo! Sus ojos despedían tal luz y confianza... En cambio yo aparecía seria, como si adivinara que algo malo iba a pasar.

Mirando fijamente la fotografía, con un nudo en la garganta me preguntaba dónde estaría mi amiga. Montones de veces cada día sentía el impulso de ponerme en contacto con ella, pero siempre desechara tal posibilidad. ¿Qué podía ofrecerle yo, en qué había cambiado mi situación? Además, era imposible imaginarla sola cuatro años después de nuestra breve historia, ¡un mes es tan poco tiempo! Me sentía una tonta, enamorada de una instantánea mientras la modelo, a buen seguro, había rehecho su vida y apenas se acordaba de la chica boba y asustadiza a la que una vez trató de tender la mano.

¿Seguiría conservando Daniela su fe en el futuro? A veces temía haberla destruido con mi cobardía, igual que destruí mi felicidad. Cuando notaba que las lágrimas llegaban, apagaba el ordenador y me acostaba en la cama, pero esas noches me era imposible conciliar el sueño. Las preguntas se agolpaban en mi mente, la soledad parecía inundarme y un dolor sordo se instalaba en mi pecho con crueldad.

Aparte de Irene, ¿qué me quedaba? ¿Qué sería de mí cuando mi hija creciera y se marchara? ¿Bastaba un único mes de felicidad para justificar una vida entera de decepción?

Mi madre insistía en que saliera por ahí, en que debía conocer a alguien. Yo agradecía su interés (viniendo de ella era una concesión impensable), pero en lo más profundo sentía que ningún hombre podría llenar el vacío que sentía

dentro, así que intentaba refugiarme en mi hija, que crecía alegre y ajena a mi sentimiento de fracaso.

Me preocupaba mucho, mi hija. Cuando fuera mayor, ¿qué deseaba yo para ella? No me importaba que fuese rica o que tuviera un buen trabajo: quería simplemente que fuese feliz, y que cuando el verdadero amor pasara por su puerta, cuando le llegara el momento bisagra en el que su vida estuviera a punto de cambiar por completo... tuviera el valor de elegir por sí misma y sin miedo.

—¿Puedo subir a los columpios mami?

—Claro cielo, yo te empujo.

Aunque este sábado le tocaba a Alberto quedarse con Irene, mi ex me ha pedido cambiar el día: hace poco ha empezado a salir con una chica y yo me alegro sinceramente por él. No me importa sacrificarme por mi hija, mi vida social es un desastre pero, teniendo en cuenta que entre semana salgo tardísimo de trabajar, lo menos que puedo hacer es dejar un poco libres a mis padres, que ya empiezan a estar un poco mayores y pelean con su nieta de lunes a viernes sin desmayo.

Es curioso pero, mientras le doy impulso a mi niña, pienso que después de todo algo bueno ha salido de esta historia: en efecto, Irene parece sacar lo mejor de sus abuelos. Conmigo siempre habían parecido rígidos e inflexibles, casi daban un poco de miedo. En cambio, esta mocosa de cuatro años y figura regordeta hace con ellos lo que quiere. Los ha convertido en sus esclavos, los ha puesto a sus órdenes... los ha humanizado.

Columpiando a mi hija con cuidado, descubro de repente que ella que no es como yo. Irene es una superviviente, una triunfadora, y saberlo me colma de

alegría y justifica de algún modo mi existencia.

—¡Más de prisa mami!

—¿No te da miedo subir tan alto?

No, claro que no tiene miedo. Yo soy la miedosa, la que nunca se atreve a arriesgar, ¡me alegra tanto que ella no sea como yo! Siguiendo sus órdenes como si ella fuera la adulta, la empujo más alto, y su risa inunda el pequeño parquecillo de un modo reconfortante. El día es luminoso, el cielo luce un espléndido azul, ¿habrá esperanza para mí?

—¿Me compras un helado mami?

Aunque es casi la hora de comer, decido que por una vez bien podemos hacer una excepción. Estamos en un parque cercano a casa, y con la llegada del verano han llegado los primeros kioscos donde los niños se arraciman en busca de chuches.

Negocio con Irene y consigo comprarle el helado más pequeño, no queremos que la abuela se enfade y para eso hay que comerse luego todo el plato. Mi niña me guiña un ojo travieso y echa a correr delante de mí, el helado en una mano y su ropa de fin de semana en serio riesgo de sufrir un accidente.

Echo a caminar con ella cuando una voz a mi espalda me deja clavada en el sitio:

—Tienes una niña preciosa.

No puedo creer que el momento con el que he fantaseado durante cuatro años se haya producido finalmente. En mi cabeza, he anticipado esta conversación millones de veces, sopesando cada palabra, midiendo cada silencio. Sin embargo, ahora que sé que ha llegado el momento, me siento tan indefensa que a duras penas consigo girar sobre mí misma.

El oído no me ha engañado. Delante de mí, con una sonrisa encantadora y el pelo rubio un poco más largo de lo que en ella era habitual, está Daniela. Me cuesta respirar, el corazón me late a mil por hora y las yemas de los dedos me duelen como si me los estuvieran presionando, ¿cómo es posible, cuatro años después?

—Hola —es todo lo que consigo articular después de meses de ensayo.

—Hola. ¿Me presentas a tu hijita?

Estoy a punto de echarme a llorar de alegría, pero entonces sucede algo terrible: saliendo de no sé dónde se acerca a nosotros una chica morena y muy guapa. Cuando llega a nuestra altura, Daniela nos presenta, pero soy incapaz de retener su nombre.

Soy consciente de haberme puesto coloradísima, ¿en qué demonios estaba pensando? ¿De verdad creía que todo era tan sencillo? Como era de esperar, Daniela tiene pareja, igual que Alberto. Todo el mundo ha pasado página, yo soy la única estúpida cuyo reloj se ha detenido, la única incapaz de mirar adelante con confianza. Hago un esfuerzo para no echarme a llorar, ¡tengo poco más de treinta años y me siento acabada! Siento pena por mí misma, tanto tiempo soñando con este encuentro y cuando al fin llega resulta ser una cruel burla del destino.

—¿Vamos mami?

Irene, extrañada al ver que no la seguía, ha vuelto sobre sus pasos y se ha cogido de mi mano.

—¡Qué ricura de niña! —exclama la novia de Daniela, que no por eso deja de parecerme menos odiosa.

—Es clavadita a ti —observa mi amiga.

Irene las besa como si tal cosa, es una niña confiada. No sabe todavía que a

veces las cosas pueden torcerse y que las relaciones son algo complicado y doloroso. Inquieta, miro mi reloj:

—Me alegro mucho de haberte visto, pero me temo que llegamos tarde.

—Claro, no quiero entretenerte –los ojos de Daniela no han perdido ni un ápice de su ternura al mirarme-. Yo también me alegro mucho de haberte visto.

—Colúmpiame otra vez mami –tira mi hija de mi mano mientras siento que la vida se me escapa.

—No podemos cariño, es muy tarde.

—¡Una vez sólo, una vez sólo!

—Está bien –concedo finalmente sin saber cómo salir del paso-, pero un minuto nada más.

¿Se han mirado Daniela y su novia mientras yo discutía con mi hija? Por mucho que me duela su complicidad, es evidente que sí, porque de pronto la joven morena le ofrece la mano a Irene y le propone ser ella quien le lleve a los columpios, algo a lo que mi pequeña accede sin demasiados miramientos, ¡qué traicioneros son los niños!

Así que, en un instante, Daniela y yo hemos quedado a solas, y nunca me he sentido tan triste. Cada poro de mi piel es consciente de que, de haber sido más decidida, yo hubiera podido ocupar el lugar de la joven morena. ¡Cómo odio a esa mujer! Todo habría podido ser perfecto, y entonces esta mañana de sábado estaríamos las tres solas en el parque. ¿Qué me importaría entonces si mis padres aprobaban o no nuestro amor? ¿Para qué les necesitaría? Es desesperante, haber errado de aquel modo. Si la vida me concediera otra oportunidad, sin duda sabría aprovecharla. Pero allí está esa chica morena, que se aleja con mi hija y me quita toda posibilidad de victoria. Al fin y al cabo, pienso con amargura, tengo lo que me merezco.

—¿Eres feliz con Alberto?

Mi amiga me mira con verdadero interés. Como siempre, no se anda por las ramas, y aunque han pasado cuatro años siento que tiene derecho a preguntarme sin rodeos.

—Nos separamos. No funcionó.

—Vaya, lo lamento de veras.

Parece sinceramente apenada por mí, y no sé si eso me gusta o no. ¿Qué esperaba, que diera saltos de alegría al oír la noticia?

—Escucha, si puedo ayudarte en algo...

—No gracias, estoy bien. Mis padres están aquí conmigo.

—¿Tus padres?

Las dos nos reímos al unísono. Volver a escuchar su risa me duele de un modo salvaje. Sospecho que este encuentro va a sumirme en una depresión brutal, lo mejor que puedo hacer es ponerle punto y final, pero no tengo fuerzas para ello.

—Ironías del destino, ¿verdad? —digo encogiéndome de hombros.

—¿Has vuelto a ver a Belén?

—No... hemos perdido el contacto.

—Se ha ido a vivir fuera con David. Está embarazada.

Otra persona que acaba la historia felizmente. También me alegro por ella, estoy tan cansada que no puedo permitirme envidiar la suerte de los demás.

—Bueno —suspira entonces Daniela-, nosotras también llegamos tarde.

—Es muy guapa —digo mientras hago un gesto con los ojos hacia la morena que columpia a mi hija.

—Sí, supongo que ella es la hermana triunfadora, y eso se nota —sonríe Daniela.

Un momento, ¿su hermana? El corazón me da un vuelco bestial mientras trato de recordar el nombre que dijo Daniela al presentarnos. Estaba tan abrumada por la idea de besar a la mujer que usurpaba mi puesto que mi cerebro se había nublado pero... ¡sí, era Lourdes! ¡Lourdes, la hermana que cuatro años antes iba a venir a la ciudad expresamente para conocerme!

Es ridículo, que Daniela vaya esta mañana acompañada de su hermana no quiere decir que su vida sentimental esté vacía. Sin embargo, tan deprisa como ha llegado el dolor aparece ahora la ilusión, el nubarrón que cubría mi horizonte parece desintegrarse y dejar observar el sol por unos instantes.

Pero mi amada ha empezado a caminar en dirección a su hermana y a mi hija. Treinta segundos más y todo habrá acabado. La segunda oportunidad que me ha sido sorpresivamente concedida pasará de largo, tengo que hacer algo, tengo que gritar, quemar mis naves. Ya no me siento cobarde, por la sencilla razón de que no puedo soportar más tristeza, no puedo hundirme más en el fango ni echarla más de menos. Si me rechaza, tendré toda una vida para lamerme las heridas, pero al menos podré decirme a mí misma que lo he intentado.

—Daniela...

Mi amada se vuelve hacia mí, ¿es una sombra de esperanza lo que ilumina su rostro al oír mi voz?

—¿Puedo... puedo invitarte a cenar esta noche?

Mi pecho está a punto de estallar, el latido de mis venas golpea mi cuello con violencia y cada segundo me parece un siglo. Daniela sonríe, sus labios dicen algo que apenas entiendo, su cuerpo parece proyectarse hacia el mío.

—Una vez te dije que mi puerta siempre estaría abierta para ti.

¿Es posible tanta dicha? Tengo que respirar profundamente y buscar con la vista a mi hija en su columpio para convencerme de que aquello está pasando realmente. Daniela da un paso tímido hacia mí, estamos de nuevo tan cerca que casi podemos tocarnos, pero ninguna de las dos se atreve a dar el primer paso. Súbitamente, recuerdo que esta noche no puedo contar con Alberto para cuidar a Irene.

—Un instante, tengo que encontrar una canguro.

Nerviosa, rebusco en la agenda de mi móvil mientras Daniela aguarda a mi lado, con una sonrisa radiante y con ojos que echan chispas al mirarme. Ya he dicho que en los últimos años no he tenido mucha vida social, así que ahora no tengo demasiadas opciones. Tras pensarlo un momento, asumo que no me queda más remedio que abusar un poquito más de su ayuda esta noche. Los dedos me tiemblan mientras selecciono el contacto y aguardo la señal de llamada. Cada tono es una tortura que aumenta la angustia del momento, pero ni por un segundo me planteo dar marcha atrás:

—¿Mamá? Ya sé que os había prometido la tarde libre pero... ¿te importaría quedarte con Irene esta noche? Sí, tengo una cita...

Daniela me mira sorprendida, y cada palabra mía tiene la virtud de ensanchar más y más su sonrisa. Eso me da el último empujón y me infunde el valor que necesito para contestar a las inevitables preguntas de mi madre:

—No mamá, no he quedado con el hijo de tu amiga... Se trata de... -respiro hondo, tomo aire y, cuando hablo de nuevo, no reconozco mi propia voz-, escucha mamá, yo... yo soy lesbiana.

Ya está, ya lo he soltado, y lo primero que siento es sorpresa por lo sencillo que ha resultado. Cruzar la línea puede costar una eternidad... o un par de

segundos. De pronto me siento reconciliada con la vida, es como si todo cobrara sentido de repente, como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo gracias a aceptar esa simple verdad que durante tanto tiempo he intentado sofocar en mi interior.

No sé si mi madre ha contestado algo, pero lo cierto es que no me importa. Casi como si hubiera hecho una travesura, cuelgo el teléfono, y mientras mi niña y Lourdes caminan hacia nosotras me acerco a mi amada y la beso en los labios. Es un beso que borra de un plumazo cuatro años de frustraciones y dolor, un beso que me redime por dentro y me convierte en una mujer libre y poderosa, una mujer de la que su hija podrá estar un día orgullosa.

Por fin, Daniela y yo hemos conseguido acompasar el ritmo de nuestros pasos.

FIN

Si has llegado hasta aquí, lo primero que debo hacer es darte las gracias. Es una satisfacción indescriptible saber que hay alguien al otro lado que al menos ha pasado un buen rato leyendo tus historias. Por otra parte, si te ha gustado este relato, tal vez podría interesarte echar un vistazo a otras novelas de la misma temática que tengo publicadas en Amazon:

[El cajón de las cosas sin decir](#)

[Bailarina o pirata](#)

[Te amo, luego existes](#)

[Eva en el laberinto](#)

Gracias por tu tiempo y espero que hasta pronto.